



AGUSTÍN CUEVA

Marxismo y política
en América Latina

Andrés Tzeiman

Ediciones Abya-Yala

AGUSTÍN CUEVA

Marxismo y política en América Latina

Andrés Tzeiman

AGUSTÍN CUEVA

Marxismo y política en América Latina



2017

AGUSTÍN CUEVA

Marxismo y política en América Latina

© *Andrés Tzeiman*

Primera edición: 2017
Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson, bloque A
Apartado postal: 17-12-719
Teléfonos: (593 2) 250 6267 / (593 2) 396 2800
e-mail: editorial@abyayala.org
www.abayala.org
Quito-Ecuador

Foto de portada: Ulrike Mengel, 1993, retrato del estudio de Agustín Cueva en su departamento en el edificio San Remo en Quito, Sobre el escritorio la máquina eléctrica Olivetti y su atril para correcciones

Fotos interiores: Archivo Erika Hanekamp

Derechos de autor: 052029
Depósito legal: 005961

ISBN: 978-9942-09-466-7

Tiraje: 300 ejemplares

Diseño, diagramación e impresión: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, octubre de 2017

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad de los autores

Índice

<i>Capítulo 1</i>	
A modo de introducción: confesión de culpa	7
<i>Capítulo 2</i>	
Mucho más que un pecado de juventud: cultura e identidad nacional en Ecuador	17
Influencias en los años sesenta: ciencias humanas europeas y vanguardia artística latinoamericana	19
<i>Entre la ira y la esperanza: alienación e inautenticidad de la cultura ecuatoriana</i>	23
La <i>generación del 30</i> : los sectores medios y la “ideología del mestizaje”	29
Los años sesenta: una nueva actitud ante el mundo	34
Persistencias: cultura y realidad nacional.....	37
<i>Capítulo 3</i>	
Análisis sociopolíticos de realidades nacionales: Ecuador y Chile	41
Ensayos de interpretación de la realidad ecuatoriana	44
El proceso político chileno: la lucha de clases “con empanadas y vino tinto”	58
Contrastes nacionales: el camino hacia América Latina	65
<i>Capítulo 4</i>	
Latinoamericanización del debate (I): reflexiones teóricas acerca del desarrollo, la dependencia y el modo de producción	71
Chile y México: contextos de <i>latinoamericanización</i>	71

Dos conceptos fundamentales: <i>modo de producción y formación económico-social</i>	77
Derivas de un “malestar teórico”: la(s) polémica(s) con los dependentistas	86
La <i>vía oligárquico-dependiente</i> : una forma de desarrollo y construcción nacional	96
 <i>Capítulo 5</i>	
Latinoamericanización del debate (II): aportes teóricos sobre las nuevas dictaduras militares y el concepto de Estado	105
Discusiones teórico-políticas a propósito de las nuevas dictaduras militares en América Latina.....	108
“Crear un hueco”: reflexiones teóricas sobre el concepto de Estado en clave latinoamericana.....	123
 <i>Capítulo 6</i>	
Una crisis de alta intensidad: triple cuestionamiento a las democracias en los años ochenta	133
Los límites político-económicos de las “transiciones a la democracia”	135
Cambio de época en las ciencias sociales latinoamericanas: transformaciones en las condiciones de producción académica ..	141
Debates en (y con) los años ochenta: acerca del <i>gramscismo</i> y otros demonios	146
 <i>Capítulo 7</i>	
Agustín Cueva, nuestro contemporáneo	161
I. La derechización de Occidente: crisis, nacionalismo y xenofobia	166
II. La dependencia y lo político	169
III. La democracia y su apellido.....	170
 Bibliografía de Agustín Cueva	173
 Bibliografía general	177

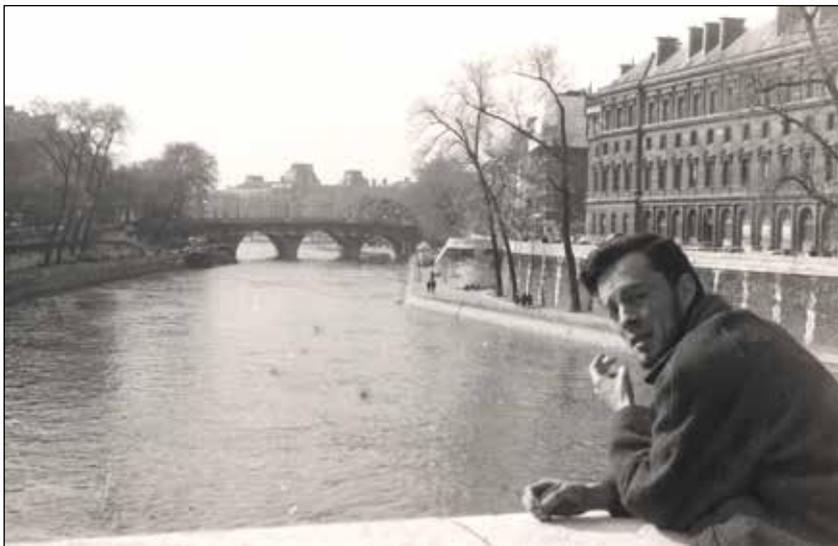
1

Capítulo

A modo de introducción: confesión de culpa

“La tesitura de nuestro ser, como la de todo ser histórico, está necesariamente constituida por contenidos universales y formas singulares, que en su compleja trabazón dialéctica conforman la particularidad, o sea la verdadera identidad de América Latina”

Agustín Cueva, en *América Latina, en la encrucijada de su contradictoria unidad*.
(Apuntes de orden metodológico)



París, aprox. 1963. Entre 1960-1963, Agustín Cueva hizo su Diplomado en Ciencias Sociales en la Ecole des Hautes Etudes Sociales de París.

Tal como lo expresara el filósofo francés Louis Althusser (1974) en el prefacio del célebre libro titulado *Para leer El capital*, no existen las lecturas inocentes de una obra. Toda lectura, indefectiblemente, es una lectura culpable. Este libro, dedicado a estudiar algunos aspectos de la obra del intelectual ecuatoriano Agustín Cueva (1937-1992), no será entonces una excepción a la regla. Más bien todo lo contrario. Por ello, optamos por comenzar estas páginas haciendo una *confesión de culpa*. Pues ante un autor tan complejo, y frente a una obra tan prolífica como es la de Agustín Cueva, resultaría difícil aducir bajo la forma de una *evidencia* un ejercicio de lectura determinado. En ese sentido, desconocemos qué diría el propio autor ante la interpretación que ensayaremos en este trabajo. Al mismo tiempo, sería engañoso si sostuviéramos que no tendríamos interés en conocer sus pareceres acerca de las conceptualizaciones que trataremos de resaltar y recuperar aquí sobre sus principales escritos. En cualquier caso, y más aún, ante la imposibilidad de cumplir con sendos objetivos, consideramos válida la posibilidad de tomar su obra como un pensamiento vivo. A partir del cual esbozar una lectura que dé cuenta críticamente de su legado, a la vez que intente reflexionar en torno de sus trabajos, remitiéndonos a través de ellos, aunque de forma mediada, a los problemas de nuestro presente.

No buscaremos entonces realizar aquí un estudio filológico. Tampoco abordar la obra de Cueva en los términos de una historia de las ideas. El propósito de estas páginas será, alternativamente, hacer un recorrido por buena parte de sus trabajos (pertenecientes a las distintas etapas de su vida intelectual), colocando principalmente el foco de interés en una búsqueda que consideramos característica en el itinerario intelectual de aquel pensador.

El eje vertebrador de este libro se situará en un aspecto que se hace presente —con diferentes resultados en sus distintas producciones— en el conjunto de la obra de Cueva. Así, hilvanaremos este trabajo a través de una tensión que creemos forma parte de toda su trayectoria intelectual. La *clave de lectura* que atravesará de conjunto al libro, será la tensión existente en el pensamiento del sociólogo ecuatoriano entre,

por un lado, la adopción del corpus conceptual de Marx, Engels y Lenin (los tres autores clásicos que Cueva privilegia en el seno de la tradición marxista), acompañada por una defensa acérrima de ese armazón teórico para el análisis de los fenómenos sociales; y por el otro, la vocación por realizar aquel bagaje categorial en una realidad como la ecuatoriana (en particular) y la latinoamericana (en general) que en muchos aspectos se ha mostrado díscola e irreverente ante las elaboraciones teóricas marxianas. Una tensión que constituye, en palabras del propio Cueva, el siguiente “magma ideológico”:

La historia de América Latina, ciertamente, no configura una “originalidad” irreductible a las categorías tildadas de “europeas”; pero tampoco es una repetición mecánica y solo desfasada en el tiempo del devenir del Viejo Continente. Tiene sin duda una *especificidad* de la que la teoría está obligada a dar cuenta, y todo el problema consiste en saber de qué manera (Cueva, 1979a, p. 65; énfasis del original).

Ese problema, tal como es reconocido por el mismo Cueva, provoca un choque de pulsiones en su obra, que según nuestro modo de ver —hecha ya la *confesión de culpa*— resulta sumamente productivo en ella, en la medida en que inscribe en el campo de la teoría marxista la preocupación por lo político y por lo nacional en América Latina. Pues si bien en sus trabajos Cueva nunca deja de lado la inserción de las naciones latinoamericanas en el sistema capitalista en su dimensión internacional, sus análisis de la estructura social de nuestros países siempre preservan un enfoque que intenta reponer la manera particular en que las leyes de tendencia del capitalismo se realizan en una nación determinada o en el conjunto de la región. Una preocupación que rechaza la idea de singularidad u originalidad absoluta. Pero que al mismo tiempo encuentra en un concepto en particular, el de *formación económico-social* —sobre el que prestaremos mucha atención en este libro—, la vía por medio de la cual indagar en la especificidad de los problemas latinoamericanos.

No obstante, la adopción de las herramientas teóricas proporcionadas por los clásicos del marxismo arriba mencionados en algunos casos provoca la emergencia de ciertas dificultades. La utilización

de algunas categorías no del todo apropiadas para conceptualizar los fenómenos latinoamericanos, genera obstáculos teóricos que, debemos decir, en algunos trabajos de Cueva causan dislocaciones cuyo producto termina siendo la imposibilidad de captar con precisión determinados problemas teórico-políticos. En el correr de estas páginas, nos dedicaremos con atención al “manejo creativo” del marxismo que, al decir de Fernando Tinajero (2012, p. 13), elabora Cueva para comprender la realidad de América Latina. Pero también presentaremos pasajes de su obra en los que el autor incurre en sesgos teóricos cuyas implicancias analíticas no siempre derivan en comprensiones fecundas de las problemáticas latinoamericanas.

Retomando, la tensión a la que hacemos alusión y que adoptamos como eje vertebral de este trabajo, está también expresada en las palabras del propio Cueva con las que lo comenzamos. Toda una definición, con la cual podemos continuar nuestra presentación del prisma bajo el cual intentaremos analizar aquí el conjunto de su obra. Es decir, planteamos como punto de partida la constitución de un problema que atraviesa a Cueva en su trayectoria como pensador, y que por lo tanto, es característica sino del conjunto, de buena parte de su producción intelectual. Nos referimos al carácter conflictivo que significa la búsqueda por la identidad de Ecuador y de América Latina. Una indagación que para ser considerada como tal, debe necesariamente reconocer la existencia de elementos particulares. Pero que al mismo tiempo no puede eludir las marcas de procesos universales, cuyas derivas también le son propias.

En tanto consideramos que dicho interrogante a propósito de *la tesitura de nuestro ser*—tal como es definida por Cueva en la cita inicial—, es decir, en torno de la relación entre elementos universales y singulares, desata un conflicto que es nodal en el conjunto de su producción teórica, entenderemos esa pregunta como un elemento articulador a partir del cual sistematizar sus trabajos y brindarle a su obra un esquema general de intelección. Pues así como la identidad latinoamericana en sus complejas expresiones políticas, sociales y culturales impulsó las inquietudes teóricas de Cueva, también resultó constitutiva de su identidad

como intelectual. Tal es así, que en un texto metodológico de su autoría, titulado *El método dialéctico: un requisito teórico y a la vez político*, en la primera frase plantearía de la siguiente manera la disyuntiva personal que caracterizó su itinerario como pensador: la de ser un sociólogo empeñado en comprender la problemática latinoamericana, cuyo propósito fue descifrar las posibilidades de transformar la realidad de la región a la luz del marxismo-leninismo (Cueva, 1979a, p. 60).

En ese sentido, y tal como lo indica el intelectual ecuatoriano Luis Verdesoto, la indagación de Cueva acerca de la identidad latinoamericana se enfrentó con el siguiente desafío:

En Cueva, frente a la angustia producida por la búsqueda del conocimiento y la heterogeneidad sin límites de los objetos de investigación, el marxismo emergió en su estructura de pensamiento como posibilidad de totalización y como una radical opción por la unidad (Verdesoto, 1993, p. 21).

Es decir, la tensión que habita la trayectoria de Cueva es la de haber escogido una herramienta que le permitió totalizar una identidad (y una realidad) heterogénea y multiforme, cuyos análisis lo incitaban a acudir al estudio de diversas esferas de la vida social. De esa manera, su vocación por comprender los problemas latinoamericanos encontró en el marxismo la herramienta a través de la cual producir la *trabazón dialéctica* que le permitiera unificar lo múltiple. Esto es, totalizar elementos cuya inconmensurabilidad colocaba limitaciones al análisis de fenómenos de otro modo inaprensibles.

A través de esta forma de lectura que hemos asumido como puntapié inicial intentaremos hacer un aporte a la comprensión de la obra de Cueva. Ya que si bien existen otros interesantes trabajos dedicados al abordaje de su pensamiento, los mismos no han sido tan abundantes como su prolífica producción intelectual creemos lo amerita. Y fundamentalmente, porque esos trabajos abocados a indagar en su obra no se han caracterizado por producir matrices globales de comprensión de la

misma¹. Por eso, con el objeto de realizar una contribución en ese sentido, nuestro propósito en este libro será construir una interpretación general de la obra de Agustín Cueva. Adoptando para ello como esquema de intelección la tensión ya expuesta entre marxismo (en especial, reiteramos, los aportes de Marx, Engels y Lenin) y América Latina.

Con ese propósito, prestaremos especial atención a una característica de los trabajos de Cueva que no solo revela su vocación latinoamericana, sino también, y fundamentalmente, su forma general de abordar los fenómenos sociales. Nos referimos a la valoración sustantiva de la riqueza y complejidad del desarrollo histórico que existe a lo largo de su obra. En Cueva no hay lugar para explicaciones mecánicas de la historia. Menos aún para recorridos manifiestos. La riqueza y complejidad de los procesos históricos se expresa en un análisis permanente de lo político y de la lucha entre las clases como productores de destino. Eso no significa que nuestro autor incurra en una visión indeterminada de la realidad. Implica más bien que las determinaciones y sobredeterminaciones constituyen a lo político y la lucha de clases como actores protagónicos en el curso de la historia.

Por eso, en el transcurso del libro, trataremos de privilegiar los aportes de Cueva a la teoría política, en tanto contribuciones que tensan al máximo el mencionado vínculo conflictivo entre marxismo y América Latina. El análisis de lo político y de las contradicciones de clase como dinamizadores de la historia ocupará en estas páginas un lugar destacado, no solo desde su productividad en la lectura de fenómenos históricos,

1 En el transcurso de este libro, citaremos diversos trabajos dedicados a analizar la obra de Agustín Cueva, la mayoría de ellos escritos por colegas suyos, quienes compartieron con él distintas etapas de su trayectoria intelectual. La excepción la constituye, sin dudas, el riguroso trabajo de la socióloga argentina Fernanda Beigel (1995), destinado fundamentalmente a realizar un recorrido por los principales trabajos de Cueva, acompañado de una periodización de su obra. Consideramos, sin embargo, que allí el acento principal está colocado en los debates del sociólogo ecuatoriano con las teorías de la dependencia. Trataremos en este trabajo de extendernos hacia otras discusiones teóricas, así como también abordar textos que no están presentes en aquel valioso estudio.

sino también como germen de instrumentos teóricos. Pues el marxismo de Cueva, creemos, se aleja del dogmatismo por la vía de una atención permanente a la “incorregible imaginación de la historia”², entendiendo a ésta, por supuesto, como historia de luchas sociales y políticas, de conflictos entre las clases. Por ese motivo aquí indagaremos la tensión entre marxismo y América Latina en el pensamiento de Cueva por medio de un análisis cuyo principal foco de interés estará colocado en la dimensión específicamente política de su obra (aunque desde luego, ello no nos hará perder de vista el afán totalizador de sus ideas, en la medida en que representa una marca indeleble en su matriz de intelección).

Ahora bien, con el objeto de producir este recorrido general por la obra de Agustín Cueva, intentaremos en el curso de este libro abordar buena parte de los trabajos más renombrados del conjunto de su trayectoria intelectual. Así, comenzaremos por sus reflexiones juveniles, expresadas en sus análisis sobre la cultura ecuatoriana. Y llegaremos hasta los años de madurez, al final de su vida, en el ocaso de los años ochenta y comienzos de la década del noventa, tiempos en que América Latina experimentaba sus “transiciones a la democracia”.

De esa manera, pretendemos transitar en el transcurso de este trabajo las tres etapas en las que es posible periodizar el pensamiento de Cueva. Una primera, que podemos situar entre la segunda mitad de la década del sesenta y la primera del setenta, dedicada al estudio de la realidad (cultural y política) ecuatoriana, y referenciada principalmente en sus trabajos *Entre la ira y la esperanza* y *El proceso de dominación política en Ecuador* (primer y segundo libro publicado por Cueva respectivamente). Una segunda, que se inicia promediando la segunda mitad del setenta y se extiende hasta los primeros años de la década siguiente. En esta segunda etapa se produce una *latinoamericanización* de su pensamiento, reflejada fundamentalmente en sus libros *El desarrollo del capitalismo en América Latina* y *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. En

2 La expresión entrecomillada pertenece a Louis Althusser (1983), quien la empleara a propósito de su concepción del marxismo como teoría “finita”.

dicho período predomina, como lo veremos más adelante, el *locus* del desarrollo, la dependencia y el debate sobre los modos de producción en la región, así como también se produce la discusión sobre los regímenes dictatoriales instaurados en el continente promediando los años setenta, junto con ciertos aspectos sobre el concepto de Estado. Finalmente, hablamos de una tercera etapa, dedicada a analizar el proceso de conservadurización en Occidente y en nuestra región, que va desde la mitad de los años ochenta hasta la muerte de Cueva en 1992. Un momento en el que las transiciones a la democracia en América Latina ya mostraban sus limitaciones, el neoconservadurismo prolongaba su ofensiva a escala mundial y la academia había perdido por completo los visos de radicalidad que la habían caracterizado en los años sesenta y setenta. Los trabajos más expresivos de este período son *Las democracias restringidas de América Latina* y *América Latina en la frontera de los años 90*.

Aun cuando hacemos referencia a ciertos recortes temporales de carácter general para arbitrar las etapas mencionadas, ponderaremos aquí por sobre ellos los problemas teórico-políticos y tematizaciones que tienen primacía en cada uno de los períodos establecidos. Pues ello nos remite a un aspecto fundamental de la forma en que Cueva realizó sus intervenciones en el mundo intelectual: polemista por naturaleza, incisivo, cuestionador, su producción teórica siempre se encontró inmersa en los debates más trascendentes de los diferentes procesos históricos que le tocó atravesar. Motivo por el cual sus trabajos, muy especialmente, no pueden ser entendidos en soledad. Más bien, deben ser comprendidos en el marco de agudas discusiones teóricas y políticas, suscitadas en distintos contextos. Una característica de su obra que nos obligará en este libro a referirnos a otros autores del ámbito de las ciencias sociales, con los que Cueva mantuvo fructíferos intercambios. La publicación de sus trabajos en diferentes países de la región —que exceden ampliamente las fronteras de su Ecuador natal—, así como la traducción de muchos de ellos a otros idiomas, permitieron que numerosos intelectuales puedan acercarse a la obra de nuestro autor. Sin embargo, fue sin dudas la labor intelectual desarrollada en Chile y México en contextos muy particulares, aquello que permitió que este pen-

sador ecuatoriano entablara diálogos permanentes con otros destacados científicos sociales de la región. Recordemos en ese sentido, que Cueva ejerció la docencia en Chile –más precisamente en la Universidad de Concepción– entre 1970 y 1972, en un momento de efervescencia política y de una prolífica producción intelectual en el país trasandino, y en el que allí residían investigadores provenientes de distintos puntos de América Latina. Lo mismo puede decirse acerca de su presencia en México entre 1972 y 1992 –más allá de haber vivido durante esos años por cortos períodos de tiempo en otros países, como Brasil y Ecuador–. En el país azteca trabajó en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), más específicamente en el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA). En ese sentido, debemos considerar principalmente que durante esas dos décadas, residieron allí como investigadores muchos de los referentes intelectuales más salientes del pensamiento crítico de nuestra región. En ambos casos (Chile y México) hablamos de contextos académicos y de producción intelectual que por supuesto, incidieron en los debates en que Cueva participó, y que trataremos de rescatar en el curso de este libro³.

Pues bien, en el reseñado paisaje de épocas bien disímiles en que Cueva desarrolló su práctica intelectual, el objetivo de este trabajo será

3 En el transcurso de los capítulos, iremos completando los datos biográficos referidos a la trayectoria intelectual de Agustín Cueva. Pero adelantamos aquí algunos que nos brindan un panorama inicial y general sobre su itinerario. Entre 1967 y 1970 trabajó en la Universidad Central de Quito, donde fue Profesor y Director de la Escuela de Sociología, Profesor de Economía y responsable de la Revista *Hora Universitaria*. Luego, se dirigió a Chile, donde fue Profesor de Teoría Literaria en la Universidad de Concepción entre 1970 y 1972. De forma posterior, emigró hacia México, país en el que desarrollaría la mayor parte de su vida intelectual. Allí, fue catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM e investigador del CELA entre 1972 y 1992. Entre 1980 y 1986, también fue Profesor de la División de Estudios de Posgrado en la Facultad de Economía de la UNAM. Para más datos biográficos sugerimos consultar los textos de Alejandro Moreano (2007, 2009), Fernando Tinajero (2012) y René Báez (2013). También recomendamos con ese propósito acudir al anexo de la Tesis de Maestría de Fernando Carrera Testa (2006), donde fue incluido un curriculum vitae completo de Agustín Cueva.

entonces realizar una lectura transversal de la obra de este pensador ecuatoriano, estableciendo como eje vertebral del análisis aquella vocación que abre lugar y condensa la pulsión más fecunda de *nuestro Cueva*: entender el modo específico en que las contradicciones sociales se expresan y desarrollan en América Latina, y comprender el terreno de lo nacional como el espacio donde se realiza el marxismo, donde las clases se organizan y luchan políticamente en tanto sujetos, escogiendo alternativas históricas para acabar con la dominación capitalista.

2

Capítulo

Mucho más que un pecado de juventud: cultura e identidad nacional en Ecuador

“He pintado como si gritara desesperadamente, y mi grito se ha sumado a todos los gritos que expresan la humillación, la angustia del tiempo que nos ha tocado vivir.

Con la esperanza de llegar un día a construir un mundo en el que las culturas trabajadas por los pueblos –como el alfarero hace su cántaro–, sean cuidadas como el campesino cuida con amor la tierra y la semilla”.

(Oswaldo Guayasamín, extraído de *Guayasamín. El tiempo que me ha tocado vivir*)



Erika Hanekamp y Agustín Cueva, aeropuerto de Quito en octubre de 1990. Fotografía: Lucía Chiriboga

En la introducción escrita en San Pablo en 1987 para la quinta edición de su primer libro *Entre la ira y la esperanza*, redactada veinte años después de su publicación original, Cueva caracteriza ese trabajo como un “pecado inconfesable de juventud” (Cueva, 1987a, p. 7). Una aseveración que seguramente no haga justicia con la obra del propio autor ni tampoco con el rol desempeñado por la literatura en el contexto de la década del sesenta. Más aún si consideramos los puentes entre el ejercicio de la crítica en los campos de las ciencias sociales y la literatura tendidos durante esos años.

Nos interesa aquí subrayar esta primera etapa del pensamiento de Cueva, pues entendemos que la atención prestada en ella hacia los fenómenos del arte y la cultura representa una parte constitutiva en su formación intelectual. En ese sentido, creemos que tanto el análisis de esas dimensiones de la vida social, como el estudio de las obras literarias abordadas por el autor en sus escritos juveniles, suponen un aspecto trascendente en el itinerario del pensador ecuatoriano. Es que sostenemos, tal como lo hemos señalado más arriba, que existe una pulsión en la obra de Cueva vinculada al análisis riguroso de la especificidad latinoamericana. Por eso, desde nuestro punto de vista resulta importante resaltar las lecturas y el clima cultural que formaron parte de su trayectoria en los años sesenta, y que el propio autor retrata en la mencionada introducción a *Entre la ira y la esperanza*. De esa manera, intentaremos en este capítulo recuperar tanto las influencias teóricas y culturales que constituyeron el pensamiento de Cueva en la década del sesenta, como reponer algunas de sus reflexiones de esos años sobre el arte y la cultura en el Ecuador. Aunque el propósito de presentar todos esos elementos, no tendrá aquí la vocación de realizar una mera reconstrucción biográfica o de una trayectoria (más allá de que pueda hacer un aporte en ese sentido). Más bien, trataremos de recuperar tales elementos ya que desde nuestra perspectiva ellos no resultaron simples desviaciones juveniles, sino marcas constitutivas en las anteojeras conceptuales de Agustín Cueva, que lo acompañarían en todo su derrotero intelectual posterior.

Influencias en los años sesenta: ciencias humanas europeas y vanguardia artística latinoamericana

Tal como mencionamos en la introducción, Agustín Cueva realizó la mayor parte de su labor intelectual en el terreno de la sociología. En ese sentido, vale recordar que sus estudios de grado en la Universidad Católica de Ecuador en la segunda mitad de los años cincuenta —hasta que resultara expulsado de allí por su alineamiento con la izquierda— fueron primero en Derecho, y luego, en Ciencias Públicas y Sociales. Una formación que continuaría en su estadía en París entre 1960 y 1963, donde residió como estudiante de posgrado en la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* y obtuvo el diploma de Estudios Superiores en Ciencias Sociales (Moreano, 2009; Tinajero, 2012). Rescatamos estos breves datos biográficos vinculados a sus estudios en sociología y ciencias sociales, para compararlos con las características de los primeros pasos dados por el pensador ecuatoriano en su trabajo intelectual. En esa tónica, en el mencionado texto preliminar a *Entre la ira y la esperanza*, Cueva va a realizar un recorrido por las influencias teóricas que lo condujeron a la redacción de su primer libro, las cuales, como veremos, se distanciaron bastante de la sociología entendida en un sentido estricto.

Podríamos entonces distinguir dos vertientes que influyeron en la formación de Cueva en los años sesenta. Una primera la identificamos en un arco amplio de autores y campos temáticos, pertenecientes a las ciencias humanas vigentes en aquel momento en el pensamiento crítico europeo. La obra de Sartre, los escritos literarios de Lukács, los primeros libros de Roland Barthes y los estudios antropológicos de Claude Lévi-Strauss, son algunos de los íconos que Cueva rescata como sus principales lecturas en el promedio de la década del sesenta. Partiendo de estas influencias, podemos ya advertir que sus preferencias no se acercaban a los clásicos de la tradición sociológica, menos aún al *mainstream* de esa disciplina. Respecto a aquellas iniciáticas inclinaciones y al contraste con la mirada estigmatizante que se construiría posteriormente en torno a su figura intelectual, el propio Cueva indica acerca de ello lo siguiente:

Lecturas de base muy poco ortodoxa para un autor al que algunos consideran (caricaturalmente) como la encarnación de cierto pensamiento “dogmático”; y, si se quiere redondear la paradoja, textos muy poco sociológicos para ser los favoritos de alguien que se supone es un sociólogo profesional.

Sobre esto último quiero insistir. En efecto, ahora que recapacito con el beneficio del tiempo transcurrido, me doy cuenta de que nunca me entusiasmaron mayormente los autores más directamente ligados con mi profesión (Cueva, 1987a, p. 8).

También dará un testimonio de esas inclinaciones juveniles en un ensayo que compone su último libro –*Literatura y conciencia histórica en América Latina*–, el cual fuera escrito ya avanzada la enfermedad que le ocasionaría la muerte, y publicado de forma póstuma, un año después de su fallecimiento, en 1993. Allí, en un trabajo dedicado a las polémicas en las que participara a propósito de la figura del intelectual ecuatoriano Pablo Palacio, recordará su tendencia “heterodoxa” en el seno del marxismo en los años sesenta, vinculada a su prematuro interés por los fenómenos artísticos y literarios:

Llegué casi a terminar un libro llamado *El arte, la literatura y los marxismos*, anunciado como de próxima circulación en el número 7-8 de *Indoamérica* (junto con *Más allá de los dogmas*, de Fernando Tinajero) (...) Mi propósito original era defender una teoría marxista “heterodoxa” (joven Lukács, Sartre, Goldmann y otros miembros de aquella familia) frente a un Lukács que ya no conservaba las rigideces del período Stalin-Zhdanov (...) (Cueva, 1993: 152; énfasis del original).

Es interesante destacar que el propio Cueva contrasta su atracción por figuras “heterodoxas” como Sartre y Barthes, con el escaso poder de seducción que le provocaban exponentes sociológicos o politológicos, centrales en aquel entonces, como Maurice Duverger o Paul Lazarsfeld. De hecho, en relación a éste último, no dejaría de señalar que las clases que impartiera ese reconocido sociólogo en la Sorbona francesa le resultaron una “verdadera tortura”. Un sufrimiento que se contraponía con el profundo interés que le causaran en París sus contactos con el pensador

de derecha Raymond Aron. No es llamativo que, según Cueva, ese intelectual fuera considerado en la academia francesa de los años sesenta más como un publicista o un ideólogo que como un sociólogo.

A propósito de este primer grupo de lecturas e influencias sesentistas quisiéramos remarcar, junto con Fernando Tinajero (2012), dos aspectos vinculados con la relación que tempranamente Cueva estableciera con el marxismo y con la sociología, muy ligados a su experiencia parisina. Por una parte, hablamos ya en los inicios de la década del sesenta de una enorme apertura intelectual. Pues su formación no se va a restringir a un único campo disciplinar, sino que se va a nutrir de múltiples insumos del heterogéneo espectro de las ciencias humanas que circulaban entonces en la academia europea: la estética, la antropología, la filosofía existencialista, entre otros. Los nombres de filósofos e intelectuales arriba mencionados, pertenecientes al pensamiento europeo de los años sesenta, no hacen más que ilustrar aquella apertura intelectual a la que nos referimos. En ese sentido, es interesante señalar, vinculado con lo expuesto en la introducción, que si bien Cueva se identificaría a sí mismo ya en los años setenta como “marxista-leninista”, las lecturas que lo apasionaron en la década del sesenta y que aquí destacamos contrastan con esa identificación. Más bien dichas lecturas se acercaban a la interesante confluencia que en ese decenio se producía en la academia francesa entre marxismo y ciencias humanas. Produciendo posteriormente, de ese modo, un encuentro entre su férrea adscripción a los clásicos del marxismo y ciertas tendencias que decididamente se ubicaban por fuera de dicho espectro.

Por otra parte, ya desde sus primeros trabajos Cueva va a confrontar con una tendencia prevaleciente en la sociología profesional de su tiempo: el empirismo y sus formas tecnificadas de validación del conocimiento. Por ello, en la ya señalada introducción a *Entre la ira y la esperanza* va a resaltar su inclinación por una forma del trabajo intelectual relacionado con el planteamiento de grandes interrogantes (aun bajo el riesgo de que sean “hipótesis inverificables”). Y contrapondrá esa inclinación suya con un campo disciplinar que, pese a utilizar métodos so-

fisticados y recopilar innumerables conjuntos de datos, planteaba desde su punto de vista problemas superfluos o ya suficientemente comprendidos sin la necesidad de acudir a “especialistas” (Cueva, 1987a, p. 9).

Pero además de aquellos insumos del pensamiento europeo, corresponde señalar una segunda vertiente de influencias en Agustín Cueva. Hablamos de su inserción en un escenario cultural latinoamericano en el que, tal como él mismo lo indica, “era impensable la escisión entre vanguardia artística y vanguardia política” (Cueva, 1987a, p. 11). Pues el propio intelectual ecuatoriano señala que *Entre la ira y la esperanza* fue el producto de un clima de época en el que proliferaban los debates literarios, y en el que las ciencias sociales, aun desde su especificidad, encontraban un insumo de primer orden y un intercambio fructífero con las obras literarias en boga en América Latina.

De esa manera, la lectura de José María Arguedas, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa o Jorge Luis Borges, así como el oído volcado hacia la música de Violeta Parra o Atahualpa Yupanqui, o bien, los ojos puestos en el *cinema novo* brasilero, resultaron parte de un influjo cultural que tuvo impacto en la obra sociológica de Cueva.

Pero no debemos equivocarnos. Todos estos insumos provenientes de la cultura y la ciencia europea y latinoamericana, marcas de su apertura intelectual, no lo desplazaron de aquel que resultó el interés primordial de su primera etapa intelectual: la realidad nacional del Ecuador. Y particularmente, no lo desviarían en relación con aquella temática que ocupara el centro de sus reflexiones en la segunda mitad de los años sesenta: el fenómeno de la cultura en su país de origen. De ese modo, entre sus primeros escritos, podemos destacar aquellos publicados en la Revista *Indoamérica*, un emprendimiento editorial que Cueva planeara en 1964 junto al ensayista ecuatoriano Fernando Tinajero y la crítica literaria francesa Françoise Perus, cuyo primer número saliera a la calle al año siguiente⁴. No resulta menor su participación en aquel

4 Para obtener un panorama sobre el conjunto de las revistas que vehiculizaron las producciones estéticas y de reflexión político-cultural en el universo intelectual

proyecto, pues a través de esa revista y de los artículos publicados en ella, comenzaría un itinerario intelectual dedicado al análisis de la cultura y la sociedad ecuatoriana. Un recorrido inicial que tendría como corolario la publicación en 1967 de su primer trabajo de envergadura: *Entre la ira y la esperanza*.

Entre la ira y la esperanza: alienación e inautenticidad de la cultura ecuatoriana

El libro *Entre la ira y la esperanza* constituye un intento por reconstruir la historia de la cultura ecuatoriana desde los tiempos de la Conquista hasta los años sesenta. Un experimento intelectual que demuestra la osadía característica de Agustín Cueva ya en sus primeros trabajos. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, lo fundamental de ese libro —más allá de sus ambiciones como proyecto— se halla seguramente, siguiendo a Fernanda Beigel (1995), en los dos objetivos principales que lo signaron.

Por un lado, destacamos que Cueva presenta en su primer libro el modo en que concibe el problema del arte y la cultura. En ese sentido, en este texto se cristaliza una mirada según la cual las expresiones artísticas y culturales no son otra cosa que productos humanos, cuya raíz, por tanto, es de carácter histórico y social. Así, lo interesante en el planteo de Cueva es que aun cuando presta especial atención al vínculo intrínseco del arte y la cultura con los procesos sociales, no posee una lectura reduccionista del fenómeno que subestime el valor de las *formas* para privilegiar en su lugar los aspectos materiales de lo social. Por

ecuatoriano de los años sesenta (como *Pucuna*, *Bufanda del Sol*, *Ágora*, entre otras publicaciones), sugerimos consultar el libro de Rafael Polo Bonilla (2012) titulado *La crítica y sus objetos. Historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990)*, especialmente su primer capítulo. Allí, Polo Bonilla habla de un “momento tzántzico” de la intelectualidad ecuatoriana para hacer referencia al contexto sobre el cual estamos trabajando en este capítulo. Más adelante nos dedicaremos específicamente a la inserción de Cueva en ese marco epocal.

el contrario, lo formal ocupa un espacio sustantivo en el análisis, mas colocado siempre en determinadas coordenadas que funcionan como condiciones históricas de posibilidad.

En un trabajo dedicado a la relación entre política e ideología en la obra de Cueva, la socióloga Fernanda Beigel explica de la siguiente manera la postura de aquél acerca del fenómeno de la cultura:

La posición teórica que Cueva asume en relación con los vínculos entre literatura y sociedad se basa en una fuerte crítica a la corriente que pretende mostrar a la literatura como forma pura o como “valor en sí”, independiente de toda relación social. Asume así una perspectiva de “lectura externa” o sociológica de los fenómenos literarios para combatir el encierro de las “lecturas internas” que sólo rastrean el significado de una obra en el interior de su discurso. *Pero no por ello deja de atender a la especificidad de la práctica literaria y aborda las características específicamente estéticas de cada obra* que se constituye para él en “hito” y atrapa su atención (Beigel, 2001, p. 186; énfasis nuestro)⁵.

Además de presentar su manera de concebir los fenómenos del arte y la cultura, existe en este primer libro de Cueva un aspecto clave para nuestra lectura global de su obra. Sostenemos que allí irrumpe una problematización sobre el arte y la cultura como forma de disputar políticamente la identidad nacional. Es decir, consideramos que la historia artística y cultural del Ecuador planteada en *Entre la ira y la esperanza* trata de cuestionar la interpretación dominante sobre ella en aquel entonces. Vale recordar —de acuerdo con lo señalado en el apartado precedente acerca del clima cultural latinoamericano contemporá-

5 Consideramos importante agregar a este análisis, que en algunos pasajes de los textos de Cueva sobre la cultura existen ciertos sesgos teóricos hacia una lectura *determinista* o *teleológica* de ese fenómeno (ver Cueva, 1987, p. 61; Cueva, 1988a, p. 127). No obstante la aparición de esos sesgos, coincidimos esencialmente con Beigel en que es un sello distintivo en la obra del ecuatoriano no haber dejado en ningún momento de abordar la manera específica en que se produce el vínculo entre cultura y sociedad, prestando especial atención a lo formal en el terreno de la cultura.

neo al momento juvenil de su obra—, que en los años sesenta los aires de transformación social posteriores a la Revolución Cubana, resultaron un contexto promisorio para debatir con los relatos históricos dominantes sobre las culturas nacionales en América Latina.

En ese sentido, el dilema principal que recorre las páginas de *Entre la ira y la esperanza* es el carácter alienado e inauténtico de la cultura ecuatoriana en las épocas de la Colonia y la pos independencia, y las dificultades atravesadas por las clases populares del Ecuador para construir una cultura que exprese auténticamente los sentimientos y la realidad nacional, así como la situación social de los sectores oprimidos de ese país. Con ese propósito, Cueva ubica los fenómenos artísticos en una perspectiva histórica marcada por los grandes hitos de la historia nacional y regional. La conquista, las rebeliones de independencia, las gestas liberales y la constitución de la clase trabajadora como sujeto político, resultan los ejes articuladores del recorrido histórico ensayado en este trabajo⁶.

De esa manera, ingresando ya en el recorrido realizado en *Entre la ira y la esperanza*, Cueva inicia allí su trayecto histórico por el arte ecuatoriano en la época de la Colonia. Advierte que en aquel contexto la forma artística predominante por excelencia es la poesía. Sugiere que ella funcionó como “un velo protector contra la realidad”, al resultar un canto a Dios, a los santos y a los reyes. La poesía, sostiene, “campo de mistificación”, se convirtió en un antídoto contra lo vivido, al negar las experiencias vitales de las mayorías. El arte colonial, con dicha *forma* como máxima expresión, refleja entonces una situación de total *alie-*

6 Creemos que la hilvanación de cuatro conceptos (historia, cultura, nación y campesinado-indígena) llevada a cabo por Cueva en *Entre la ira y la esperanza* tiene un parentesco notable con la indagación de José Carlos Mariátegui en la realidad peruana, en aras de comprender tanto la conformación de la identidad nacional como el papel del campesinado-indígena en tanto verdadero representante de la Nación. Tan solo a modo de ejemplo, remitimos en esa línea a los diversos artículos de Mariátegui escritos en los años veinte que han sido incluidos en el libro *Peruanicemos el Perú* (Mariátegui, 2007).

nación. Mientras para el artista europeo del Medioevo pintar sobre lo eclesiástico resultaba una creación socializada a su cultura, su pueblo y su raza, para el americano no significaba otra cosa que rendir culto al conquistador, ratificando la *alienación*. Elegirse artista era entonces para el indígena una de las tantas maneras de objetivar su *enajenación*.

Tal como lo presentamos en el párrafo precedente, la *alienación* constituye para Cueva la principal característica del arte colonial. Fundamentalmente expresada en la primacía de un género literario como la poesía, que permite, según el autor, soslayar lo cotidiano para dar lugar a temas sublimes. Pero al mismo tiempo, y primordialmente, porque no da cuenta de la singularidad de la realidad social en la región, tanto en la poesía como en la pintura y otras expresiones artísticas. Dice Cueva, refiriéndose a la pintura:

(...) más ausente no puede estar la particularidad americana, y no solo en el sentido trivial de ausencia de “temas” locales, sino –y eso sí es grave– como *falta de sensibilidad original* (...)

Y remata:

Si algo refleja el arte colonial del medio en que se produjo, no es otra cosa que una *total alienación*: técnica, cromática, de temas; todo nos remite a una situación existencial poblada de manos indias y mestizas produciendo dioses blancos con todos los detalles blancos exigidos por el blanco colonizador (Cueva, 1987a, p. 37; énfasis nuestro).

El sociólogo ecuatoriano también encuentra una explicación de esa *falta de sensibilidad*, de esa *situación de alienación*, en ciertas condiciones materiales de la producción artística en la época colonial. Condiciones que se diferencian notablemente de aquellas que son propias de la sociedad burguesa. La situación del artista en la sociedad colonial indica que para la realización de su práctica debe obedecer a un receptor estipulado hasta el último detalle, donde no posee libertad para el ejercicio de la creatividad. Afirma Cueva: “Las posibilidades del arte de entonces estaban, pues, rigurosamente codificadas, y la libertad del artista (como las otras libertades) no sólo limitada por los cuatro costa-

dos: simplemente era una noción desconocida en aquel momento cultural” (Cueva, 1987a, p. 39).

Así, en la sociedad colonial –donde el reino burgués de la libertad aún resulta inexistente– el papel asignado socialmente al artista no residía en crear ni en innovar, sino en imitar drásticamente los pedidos recibidos. Por ese motivo, Cueva sostiene que las artes eran comprendidas en aquel momento preferentemente como oficios artesanales, motivo por el cual no resultaba extraño encontrar cuadros que carecieran de firma, expresión de la poca relevancia otorgada al pintor o al escultor. Una situación que, como señaláramos más arriba, contrasta con lo sucedido en Europa, donde al menos el arte medieval era parte de un credo social común. Incluso, llega a aseverar, esta alienación se extendió al campo de la arquitectura, donde si bien en la etapa colonial se presenciaron importantes obras, eso no fue continuado en el siglo XIX. Lo cual es expresión de que la habilidad manual no es representada en el desarrollo de una sensibilidad y una cosmovisión propia, sino más bien una asimilación o repetición de lo exterior.

Sin embargo, esta situación se modificaría en la etapa preindependentista. Se produce en ese entonces un pasaje de la poesía al ensayo y el panfleto, al sentir los impulsores de la independencia la necesidad de desplazarse del encubrimiento propio de la poesía, a una *forma* que les permitiese aproximarse sin relevos a los fenómenos de la realidad. Esto tiene que ver, según nuestro autor, con el ingreso de una nueva clase social a la arena literaria, no solo por el protagonismo que empieza a ganar el mestizaje, sino también porque comienza a abrirse lugar una literatura que denuncia a los detentadores del poder político. Asimismo, tiene que ver con el largo proceso de “secularización de la cultura” que es habilitado por la finalización del coloniaje.

La independencia, para el sociólogo ecuatoriano, significó un “renacimiento de la conciencia mítica”. Si bien subraya que las nuevas clases dominantes tienen razones para convertir a la actividad literaria en instrumento de consolidación del poder, ello no implica una vuelta al anterior estado de cosas. Y sostiene: “(...) si la poesía lírica de la Colonia

parte de temas ‘sublimes’ irreales, la épica posindependentista se elabora en cambio a partir de hechos reales sublimados” (Cueva, 1987a, p. 45). La epopeya de aquel entonces permite la entrada en escena de la historicidad en la literatura, la cual ya no es, como en la Colonia, un “antídoto contra lo vivido”, sino más bien una narración mítica de lo vivido.

El período histórico que sigue en el análisis a las rebeliones de independencia es el de fines de siglo XIX y comienzos del siglo XX. Es decir, el de las revoluciones liberales. Éstas marcan, para Cueva, el inicio de la edad de la narrativa. Y son el contexto donde se produce la democratización insuficiente pero innegable del Ecuador, en el que las nuevas clases dominantes se apoyan en los de abajo haciendo una alianza teórica con ellos. Surge en ese marco un movimiento literario que ya no se desarrolla al amparo de una clase superior, facilitando de esa forma el acercamiento a los sectores populares del país. Estamos hablando de un punto de inflexión en la literatura ecuatoriana, pues según Cueva, esta autonomía de los literatos en relación con las clases dominantes permite un corrimiento con respecto a una mejor aplicación de los valores del grupo dominador. Hablamos de un nuevo contexto, que el sociólogo ecuatoriano colocará bajo la lupa, pues emerge en él un nuevo actor en la cultura ecuatoriana, por el que demostrará un particular interés: la *generación del 30*.

En definitiva, aquello que caracterizó a la cultura ecuatoriana hasta bien entrado el Siglo XX fue la alienación e inautenticidad de los sectores dominantes, cuya identidad quitaba sus ojos de la realidad americana para posarlos sobre la forma de vida europea. En un trabajo que forma parte del volumen *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Cueva sintetizaría esa situación de la siguiente manera:

Hasta los albores del siglo XX, la literatura ecuatoriana se caracterizó por su inautenticidad y permanente enajenación. Colonizadora y colonizada a la par, la de la época “virreinal” no hizo más que reflejar la situación social y psicológica de quienes la produjeron: *los criollos*, tan espinados en dar las espaldas a todo lo americano, como deseosos

de ostentar una vocación europeizante, traducida por la imitación desesperada de cuanto producían los autores metropolitanos (...) Seguía produciéndose una literatura que no respondía a la verdadera circunstancia social, psicológica y cultural del país (Cueva, 1986, p. 72; énfasis del original).

En el apartado siguiente intentaremos presentar la mirada de Cueva sobre la *generación del 30*. Un movimiento que produciría ciertas rupturas en relación con la situación de alienación e inautenticidad imperante en la cultura ecuatoriana hasta entonces, tal como fuera descrita por él mismo autor en la cita anterior.

La generación del 30: los sectores medios y la “ideología del mestizaje”

La revolución liberal de 1895 en Ecuador abrió lugar a la emergencia de sectores medios que pujaban con vigor por conseguir una igualdad económica que se colocara a la par de la democratización política. La figura de Eloy Alfaro y su asesinato son expresiones del carácter trunco de ese proceso. Mas ello no significa que las clases medias quedaran en ese tiempo por fuera de la escena política. La década del veinte en Ecuador resultó bastante agitada y tuvo como su momento más álgido las insurrecciones populares de 1922. Tal es así que, según Cueva (siguiendo a Fernando Tinajero), ese es el año en que aquel país andino ingresa en la modernidad política, social y cultural. Y define culturalmente a esa década del siguiente modo:

La década de los veinte es la del predominio de la poesía, las vanguardias, el experimentalismo, los manifiestos, en contraste con el austero decenio de los treinta, más recio, prosaico si se quiere (aunque no exento de lirismo y romanticismo), de denuncia y combate, así como de recuperación de múltiples estratos de nuestra autoctonía (Cueva, 1993, p. 121).

La década del veinte está marcada entonces por la insurrección popular de 1922 y por el *reformismo juliano* (movimiento representante de la oficialidad militar de clases medias), que llega al poder en 1925,

como corolario de la irrupción de las clases medias en la vida política ecuatoriana. A partir de los años veinte, se fue forjando “una cultura antioligárquica, democratizante y laica, que en sus líneas más generales, fue la expresión del malestar de vastos sectores medios ante la crisis del orden oligárquico que justamente se inicia en aquellos años y se profundiza en la década siguiente” (Cueva, 1976a). Asimismo, los años veinte están vinculados con un contexto internacional del cual la cultura ecuatoriana acusa recibo, a través de las influencias de procesos que se desarrollaban más allá de los límites nacionales. La revolución mexicana con su mística campesina y la revolución rusa, dejan huellas en la visión de mundo de esta generación (Cueva, 1986, p. 123). Según Cueva, por lo tanto, la *generación del 30* no se constituye en una serie discursiva estrictamente literaria, sino más bien en varias series, que incluyen el discurso sociológico y sobre todo el político (Cueva, 1993, p. 123). Será en la década del treinta –en contraste con la escasa producción de los años veinte– cuando florecerá una avasalladora cantidad de trabajos literarios extendidos hasta 1950. Sostiene Cueva:

Desde esa fecha, y libradas ya de las taras coloniales, las letras ecuatorianas se enrumban por un sendero original y vigoroso, convertidas en instrumento de análisis de nuestro ser social y de denuncia de sus lacras, así como en fundamento de un nuevo humanismo, alimentado por la rebeldía y la esperanza revolucionaria de un mundo mejor. *El período comprendido entre 1930 y 1950 es, sin lugar a dudas, el más fecundo de la literatura nacional y el de más alta calidad* (Cueva, 1986, p. 73; énfasis nuestro).

En ese sentido, nuestro autor rescata especialmente los aportes de la *generación del 30* a la literatura y la cultura del Ecuador. En dos aspectos. El primero se vincula con su emergencia en un contexto de crisis social y política, y de reconocimiento de desigualdades sociales y falta de democratización económica, que le permite incorporar como protagonistas centrales en sus obras a aquellos sujetos sociales que habían estado ausentes en la producción anterior de la cultura nacional. La irrupción de las clases sociales subalternas –con su naturaleza y sus formas de vida– en la literatura de esta generación, resulta una marca

distintiva que la caracteriza. En ese sentido, Cueva se refiere de la siguiente manera a las obras de la *generación del 30*:

(...) unidas por un propósito común: crear no solo un nuevo lenguaje, más cercano de *las* hablas ecuatorianas, sino también incorporar a la cultura literaria y artística “nacional” personajes, idiosincrasias y culturas hasta entonces menospreciadas: las de los indios, los cholos, los montubios (o montuvios: campesinos tradicionales de la Costa y ciudadanos tan de segunda, que ni siquiera tienen ortografía), los mulatos, los negros y los habitantes suburbanos y proletarios del país. Todo ello, dentro de una nueva visión de la historia, de la sociedad en general y de sus múltiples conflictos (Cueva, 1993, p. 128; énfasis del original).

El segundo aspecto que rescata Cueva de esta generación literaria es el análisis crítico que realizan del lugar de las clases medias en la estructura social ecuatoriana, así como también del papel desempeñado a nivel social y político por la “ideología del mestizaje”. Del mismo modo que la Colonia y la posindependencia expresaban un tipo de alienación e inautenticidad (vinculada al colonizador primero, y luego a las clases dominantes criollas), esta generación se encargará de presentar críticamente la alienación e inautenticidad que han experimentado las clases medias a través de la “ideología del mestizaje”.

En definitiva, a través de esos dos aspectos, Cueva observa que en esta generación emergen corrientes literarias que buscan dar cuenta de la realidad nacional. En el campo de la literatura realista, destaca particularmente en varios de sus trabajos la figura del escritor ecuatoriano Jorge Icaza. En *Entre la ira y la esperanza*, por ejemplo, señala que dicho autor se caracteriza por tener “oídos atentos al grito andino” (Cueva, 1987, p. 63). Y tal es la trascendencia que le otorga en la cultura ecuatoriana, que en 1968 Cueva dedica un ensayo completo a analizar su obra—titulado, precisamente *Jorge Icaza*, y publicado luego en *Lecturas y rupturas*—, en tanto exponente más radical, y quien por ende, mayor interés le provoca del conjunto de escritores pertenecientes a la *generación del 30* (Cueva, 1986, pp. 69-109). Consideramos importante mencionar el relieve que nuestro autor otorgara a Icaza (fundamentalmente en el

mencionado ensayo, pero extensible al conjunto de su obra), pues desde nuestra perspectiva, en buena parte de los trabajos de aquel escritor se condensan los dos aspectos críticos que, tal como señaláramos, caracterizaron a la *generación del 30*.

Por una parte, Cueva destaca a Icaza como la cifra máxima del indigenismo ecuatoriano. Pues aquello que nos importa subrayar a propósito del análisis sobre Icaza, es la intención de encontrar expresiones artísticas del Ecuador que arraiguen en las experiencias, sentimientos y cosmovisiones de los sectores populares de esa nación. En la medida en que la verdadera tradición y originalidad de aquel país andino se halla en los pueblos indígenas y campesinos, sostiene el sociólogo ecuatoriano, el arte en esa nación debe contemplar el *tempo* y los padecimientos de tales sujetos sociales. Definiendo a la cuestión indígena como el problema vital de la nación, pone en valor la obra de Icaza al observar que en ella se retratan con crudeza y de manera contundente las atrocidades a las que han sido expuestos los indígenas en la sierra ecuatoriana, tanto en los argumentos y tramas, como en el lenguaje (nacional y no cervantino) y las *formas* empleadas (contestatarias en relación con las utilizadas hasta entonces). Dos de sus libros son destacados principalmente: *Barro de la sierra* y *Huasipungo*. Cueva retrata a esta última novela del siguiente modo:

Pintura enérgica de la vida del indio explotado por terratenientes, curas y autoridades civiles; escrito, además, en un lenguaje descarnado, totalmente anti literario para el gusto tradicional; fue objeto de severas críticas y hasta de explicaciones oficiales: la miseria del aborígen jamás

7 Además de Icaza, Cueva identifica como parte de la *generación del 30* a los siguientes autores ecuatorianos: José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert, Angel F. Rojas, Alfredo Pareja Diezcanseco, Demetrio Aguilera Malta, Adalberto Ortiz y Pedro Jorge Vera. Pero aclara que Icaza es el único de este movimiento que puede ser considerado indigenista, distinguiendo además, junto con Mariátegui, literatura indigenista de literatura indígena (Cueva, 1986, pp. 159-160). Icaza, sostiene Cueva, representa la primera, no la segunda, pues todavía es una literatura de mestizos, y no de los sectores indígenas (Cueva, 1986, pp. 85-86).

había escandalizado a los explotadores, pero el que se la denunciara les pareció un caso de alta traición a la patria... (Cueva, 1986, p. 59).

Cueva observa en la obra icaziana la puesta en escena de los conflictos más agudos que atraviesan al Ecuador. Así, afirma sobre su obra: "(...) conforma un verdadero fresco, coherente y multifacético a la vez, de la sociedad ecuatoriana (...) hay en ella una visión completa de las relaciones sociales de su país" (Cueva, 1986, p. 92). Y nuevamente, con un aire similar al de Mariátegui en los primeros tres de sus *Siete ensayos*, se refiere a la novela *Cholos* escrita por Icaza, haciendo referencia a la forma en que en ella el problema del indio y de la tierra remite a la estructura económico-social de la nación:

(...) Icaza se propone mostrar que el latifundista es ante todo un ser social, cuya conducta no está determinada por razones morales, ideológicas ni raciales, sino por la estructura socio-económica, las relaciones que ella engendra y la situación que cada uno ocupa dentro de la misma (Cueva, 1986, p. 93).

Por la otra parte, también es materia ineludible en la obra de Icaza la inautenticidad propia de la cultura mestiza. Cueva se refiere a trabajos como el mencionado *Cholos, media vida deslumbrados* o *El chulla Romero y Flores* en tanto expresiones donde aquel escritor pretende ilustrar la alienación social y cultural del mestizo. En ese sentido, el elemento principal que le interesa de estos escritos es la *ambigüedad social* que define al mestizaje. Es decir, la posibilidad del mestizo de convertirse ya sea en latifundista explotador o en líder revolucionario. Y en particular, en el caso de la identificación del mestizo con las clases dominantes, remarca la importancia de la *apariencia* como forma de recubrir la identidad, intentando eliminar sus rasgos de origen. En definitiva, le preocupa nuevamente la *alienación e inautenticidad*, esta vez de los sectores medios.

Pero desplazándonos ya de Icaza (y en particular del referido ensayo de 1968 dedicado a su figura), vale señalar que la preocupación de nuestro autor por la cuestión del mestizaje ya estaba presente en anteriores trabajos, y no solamente en *Entre la ira y la esperanza*. En el año 1965, para la mencionada Revista *Indoamérica* –perteneciente,

recordamos, a esta misma época en la que se dedica al análisis de la cultura ecuatoriana— escribe un trabajo donde se ocupa de desplegar una severa crítica a las clases medias y su *ideología del mestizaje*. Dicho texto, titulado *Mito y verdad de la “cultura mestiza”*, plantea precisamente el problema de la *inautenticidad* de las clases medias. Allí, se pregunta si efectivamente puede existir una cultura mestiza, mientras la clase media tiene como principal preocupación borrar las huellas de su antepasado aborígen. Sostiene, así, que el mayor temor de dicha clase social es encontrarse consigo misma, y se interroga: “A veces me pregunto si la verdad presente de la clase media no será la de vivir enajenada, alimentada por mitos que no son suyos” (Cueva, 2001, p. 54)⁸.

En síntesis, en la búsqueda que emprende Cueva por la historia de la cultura ecuatoriana, la *generación del 30* y la literatura realista constituyen una estación de suma importancia. Pues resultan piezas claves en la disputa histórica por la identidad nacional. La emergencia de sectores medios que puján por una democratización integral de la sociedad y la posibilidad que ello brinda a la escenificación de las clases populares en la cultura del Ecuador, se erigen como un campo de atención sustantivo en esta etapa de su obra. Pero este movimiento generacional, desarrollado entre 1930 y 1950, se agotaría en esa última década, y habría que esperar hasta los años sesenta para que soplaran nuevos vientos en la cultura de ese país.

Los años sesenta: una nueva actitud ante el mundo

La década del sesenta resulta un momento de conmoción en la cultura latinoamericana. Pues el contexto político y social hizo sucumbir al conjunto de las prácticas sociales, poniendo en jaque sus niveles de autonomía relativa y agudizando su vínculo con otras esferas de lo social. El

8 La publicación citada que presentamos en las referencias bibliográficas al final de este libro recoge la edición original del texto, en Revista *Indoamérica*, Año 1, julio-diciembre, N°4-5, 1965.

arte y la literatura no fueron excepciones en ese sentido, más bien todo lo contrario. En consonancia, dicho contexto resulta parte fundamental del análisis que Agustín Cueva realiza sobre lo sucedido en Ecuador en los años sesenta. No solo porque las vanguardias artísticas latinoamericanas influyeron en la intelectualidad local (como señalamos en el primer apartado de este capítulo), sino también porque se constituyó una nueva actitud ante el mundo, hija de este tiempo de transformaciones. Una actitud que el propio Cueva describe de esta manera:

Los años sesenta fueron la época de auge de la guerrilla latinoamericana, que en el Ecuador se expresó por lo menos como proyecto y “actitud vital” (como entonces se decía) y desde luego como guerrilla literaria: más que totalizar el mundo, queríamos destruirlo (Cueva, 1986, p. 191).

En ese marco, nuestro autor fue partícipe del capítulo ecuatoriano de aquel clima cultural de los años sesenta. Tal es así, que en ese entonces simpatizó con el *tzantzismo* —y también, con su Revista *Pucuna*—, un grupo iconoclasta del Ecuador aparecido en 1962 que era una vanguardia dedicada a impugnar todo lo viejo y enmohecido de la sociedad ecuatoriana, a la vez que funcionaba como una antena de las principales corrientes artísticas del mundo y de la región (Cueva, 1988b, p. 58). Un colectivo que producía fundamentalmente poesía, escrita y escenificada, construyendo con ella, según Cueva, el acto más renovador de las letras ecuatorianas luego de la *generación del 30* (Cueva, 1986, p. 191). Sus principales animadores estaban dotados de una creatividad subversiva que les significaría el maltrato, la persecución y el aprisionamiento por parte del gobierno en el año 1965.

También debemos mencionar que en aquellos años sesenta Cueva integró los Coloquios sobre Arte y Literatura que se realizaban en el *Café 77* de Quito (cuartel general de los *tzántzicos*, ubicado a una cuadra del Palacio Presidencial de esa ciudad). Allí confluían artistas e intelectuales para debatir sobre diversos dilemas culturales que, como señala Fernando Tinajero, con agilidad derivaban hacia acaloradas discusiones políticas. A su vez, Cueva participó de la Asociación de Escritores y Ar-

tistas Jóvenes del Ecuador, llegando a ser su primer Presidente en 1965 (Tinajero, 2012, pp. 13-14).

En ese contexto, Cueva produce su lectura sobre la situación de la cultura ecuatoriana en los años sesenta. Sostiene que en esa década la poesía permite al Ecuador recuperar artísticamente y de forma contundente la identidad propia. Es el momento, desde su perspectiva, en que se desemboca en la verdadera originalidad ecuatoriana, pues finalmente se construye una expresión artística de los sectores subalternos del Ecuador. Son los tiempos en que comienza a producirse una “poesía de combate”, referenciada fundamentalmente en el *Tzantzismo*, que busca anclar en los aspectos más indignantes de la realidad ecuatoriana, partiendo del terreno abonado por la emergencia de la narrativa realista.

De esa manera, en los sesenta se saldan cuentas con la claudicación de la *generación de los años '30*, que si bien –como vimos en el apartado precedente– abrió un surco en la literatura ecuatoriana –haciendo ingresar en el campo de las artes a los sectores populares–, con su agotamiento y su producción descendiente en los años cincuenta había dejado inconclusa la tarea de expresar la realidad del indígena, es decir, su propia ánima. En contrapartida, la poesía sesentista, según Cueva, permitió recuperar al hombre, la historia y la geografía del Ecuador, revirtiendo finalmente la marca alienada de la Colonia, y logrando a través del arte humanizar y revalorizar lo que antes se hallaba velado en la práctica artística.

A su vez, en este contexto se pone en juego el rol pedagógico de la literatura como elemento de transformación social, cuya repercusión en las formas del arte resultaba ineludible. Cambió, afirma nuestro autor, la “función de la literatura”, al ampliar su espectro de llegada, excediendo los pequeños grupos y pasando a difundirse entre un público mucho más “vasto y vital”. El movimiento estudiantil, la clase media y los sindicatos obreros comenzaron a tener acceso a la vida cultural. Un fenómeno que, según Cueva: “(...) implicó una suerte de profunda revolución cultural en nuestra intelectualidad, que así modificó no sólo sus formas de escribir y de sentir, sino también sus maneras de vivir” (Cueva, 1986,

p. 192). Esto no supuso borrar la especificidad de la práctica artística para fundirla en la acción política. Significó, más bien, en un contexto tan singular como el de la década del sesenta, de *drama social*, ponderar las potencialidades del arte como difusor pedagógico de ideas y valores. Una actitud que, por supuesto, tal como lo indica el autor, implicó una transformación de las formas artísticas hasta entonces prevalecientes.

En consonancia, según Cueva las voces narrativas o poéticas de valor en el Ecuador sigloventino surgieron todas de un sentimiento de rebeldía. En ese sentido, en el campo de las artes plásticas destaca la obra de un ícono de la pintura y la escultura ecuatoriana de protesta, Osvaldo Guayasamín:

Sus figuras torturadas, plegadas como si sintiesen una incomodidad que anuncia la rebeldía; en lucha permanente contra espacios opresivos, sepulcrales a veces; son la mejor expresión, y la más bella, de la historia nuestra. De la historia de lucha del hombre contra una situación que lo oprime y determina (Cueva, 1987a, p. 66).

En síntesis, Cueva encuentra cristalizado en la producción de las artes y las letras de los años sesenta el hallazgo de una sensibilidad original, autónoma, anticolonial y antimperial, que sintetiza la lucha frente a la total alienación que caracterizó al arte en la época colonial y posindependentista. La identidad nacional-popular, negada en etapas históricas anteriores, irrumpe en el Ecuador expresando en las obras artísticas y literarias sesentistas aquella realidad que hasta entonces —exceptuando valiosos aportes de la *generación del 30*— había estado velada. Transformaciones en las formas, en los lenguajes, y también, en los canales de difusión de las producciones y en la actitud hacia el mundo. Todas marcas que modificaron el escenario artístico nacional ecuatoriano, y que protagonizaron la aparición de un nuevo tiempo en ese país.

Persistencias: cultura y realidad nacional

Hasta aquí en este capítulo hemos intentado presentar las principales ideas de Agustín Cueva en la segunda mitad de los años sesenta,

pertenecientes a los trabajos que constituyen sus primeros pasos como intelectual. Los cuales, como hemos observado, estuvieron dedicados primordialmente al análisis de la cultura ecuatoriana. Si bien, como mencionamos más arriba, el propio Cueva en la introducción a la quinta edición de *Entre la ira y la esperanza* sostiene que ese trabajo resultó “un pecado inconfesable de juventud”, creemos que tanto ese libro como el resto de sus escritos de esta primera etapa de su obra, resultaron mucho más que eso. Más bien consideramos que forman parte de un momento inicial de su trayectoria intelectual, que no solo impactará en su derrotero posterior, sino que también instalará en su pensamiento preocupaciones y modos de analizar la realidad que persistirán en el resto de su obra. Ello no significa afirmar que no se producirían transformaciones en los objetos de estudio que abordara posteriormente, o bien, en la forma de entenderlos. Tampoco debe traducirse como el descubrimiento de un origen *in nuce* de todo un recorrido posterior, ya anunciado por las lecturas e influencias de los años sesenta. Implica más bien entender sus aportes sesentistas como parte de un itinerario, que es producto tanto de una selección deliberada de intereses, como de ámbitos sociales transitados en un contexto determinado, inscriptos en determinadas circunstancias históricas.

Quisiéramos entonces señalar tres aspectos que nos parecen relevantes de estos trabajos juveniles de la obra de Cueva. En primer lugar, resaltamos la inspiración literaria que tiene lugar en la década del sesenta, y que persistirá en los años posteriores, ensanchando su horizonte de visibilidad hacia una mirada más amplia que la de la sociología en sentido estricto. Una visión que incorpora por ende entre sus fuentes tanto las discusiones estéticas vigentes en la teoría crítica europea, como a la vanguardia literaria y artística latinoamericana. Trabajos como el publicado en *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, dedicados a analizar el fenómeno sociológico del subdesarrollo a través de piezas literarias de la talla de *El coronel no tiene quien le escriba* y *Cien años de soledad* (ambas de García Márquez)⁹, son solo muestras de las múltiples fuentes del cono-

9 Véase Cueva (1993, pp. 15-53).

cimiento que Cueva ha utilizado en sus escritos, y que perdurarán hasta su etapa de madurez intelectual. Coincidimos en ese sentido con el señalamiento del intelectual ecuatoriano René Báez a propósito de *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, pero que podríamos extender a numerosos pasajes de su obra: “Quienes hayan recorrido sus páginas podrán testificar cómo su obsesión [la de Cueva] por explicar la condición esencial del continente le lleva a explorar incluso en los intersticios de la ficción y los sueños” (Báez, 2013, p. 12).

En segundo lugar, destacamos de esta etapa la formación de una lectura desde el marxismo que adopta a los fenómenos artísticos y culturales como un elemento sustantivo en el análisis de la sociedad, arraigándolos en los aspectos materiales mas preservando al mismo tiempo su autonomía relativa. Como señala Fernanda Beigel (2001): “Los aportes de Agustín Cueva en el terreno que hoy conocemos como ‘estudios culturales’ y en el campo de la crítica literaria son parte integrante de su cosmovisión y lejos están de ser una ‘digresión’ en su trayectoria”. Quisiéramos mencionar brevemente en ese sentido una discusión que nuestro autor entablara con el intelectual francés Michael Löwy acerca de la periodización del marxismo latinoamericano. Mientras éste último sostiene en su conocido libro *El marxismo en América Latina* que entre 1930 (año en que se produce el fallecimiento de Mariátegui) y la Revolución Cubana de 1959 existe una “edad oscura” en el marxismo de nuestra región (Löwy, 2007), Cueva va a disentir con él. Va a afirmar, en contrapartida, que esa lectura carece de seriedad, pues deja de lado importantes aportes marxistas llevados a cabo en América Latina durante ese período ¿A qué aportes hace alusión? Ni a los de la sociología ni a los de la ciencia política. Se refiere a las contribuciones al marxismo de Pablo Neruda, César Vallejo, Nicolás Guillen, Jorge Amado, Carlos Luis Fallas, el muralismo mexicano, o el arquitecto brasilero Oscar Niemeyer (Cueva, 1988c, pp. 13-15). Si bien no nos interesa detenernos aquí en ese debate ni en describir con detalle ambas posiciones, sí nos importa remarcar a través de esa polémica la trascendencia que tiene la cultura en la obra de Cueva. Pues ella no resulta un aspecto residual o un mero complemento en su visión del mundo, sino más bien una parte consti-

tutiva en su concepción del marxismo que impregnará el conjunto de sus análisis.

Por último, en tercer lugar, valoramos especialmente de sus escritos sesentistas la atención colocada en la historia y la vida nacional, así como también en el carácter singular de las clases populares en el plano de la nación. Si observamos detenidamente los ensayos que componen el volumen *Lecturas y rupturas* (en especial el segundo y el tercero de ellos, escritos ambos en la segunda mitad de los años sesenta), encontramos allí un preludio de la periodización histórica que se desarrollará a modo de análisis sociopolítico en su segundo libro, *El proceso de dominación política en Ecuador*, escrito y publicado en los primeros años de la década del setenta. Sostenemos, por lo tanto, que existe un *continuum* entre los trabajos dedicados a la cultura ecuatoriana y la mirada que desde la sociología política Cueva desarrollará cuando intente estudiar los procesos políticos vertebrales en la historia del Ecuador. Asimismo, estos estudios en el campo de la cultura se trasladarán a la comprensión de la forma específica en que se constituyen los sujetos políticos en el plano nacional, contemplando especialmente en ella el grito andino contra la humillación y la explotación, que expresaran Icaza y Guayasamín en sus respectivas obras artísticas. Pues, al igual que Mariátegui, Cueva no se desentenderá del carácter predominante de la población indígena en el mundo popular ecuatoriano, aunque como veremos en el próximo capítulo, no dejará de percibir las complejidades que esa estructura social colocaba a la perspectiva revolucionaria.

De ese modo, creemos que los tres puntos señalados, desarrollados a lo largo de este capítulo, vinculados a los problemas de la cultura y la nación, no quedarán en el olvido en la trayectoria de Cueva. Por el contrario, sostenemos que ellos imprimirán un sello distintivo en sus trabajos en el campo de las ciencias sociales, colocando especial atención en la especificidad de lo nacional, tensando en muchos casos las categorías marxistas de las que se nutre en los autores clásicos. Pasaremos en los siguientes capítulos a analizar esos trabajos posteriores.

3

Capítulo

Análisis sociopolíticos de realidades nacionales: Ecuador y Chile

“(…) siendo la mira inmediata del proletariado la conquista del poder político, su exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también reside en él un sentido nacional (…)”.

(Karl Marx y Federico Engels, en *Manifiesto Comunista*)

“Marx, con el fuego de su pensamiento poderoso, ha iluminado después de él todas las revoluciones. Pero el marxismo como tal no ha producido nunca una revolución. Ello ha ocurrido, en cambio, cuando el marxismo ha leído en la historia nacional la forma subterránea de la revolución”.

(René Zavaleta Mercado, en *Ni piedra filosofal ni summa feliz*)



De izquierda a derecha: Agustín Cueva, Fernando Tinajero, Gladys Jaramillo en Quito, 1987

En el capítulo anterior presentamos las temáticas e influencias teóricas a través de las cuales en la década del sesenta despunta en el pensamiento de Agustín Cueva una preocupación por la cuestión nacional, expresada en sus primeros trabajos en el estudio de la cultura ecuatoriana. Pero sus preguntas por la realidad nacional no se agotarían en los dilemas propios del ámbito de la cultura. También en la segunda mitad de los años sesenta comenzaría a elaborar sus reflexiones en torno a los fenómenos políticos más relevantes de la historia del Ecuador. Tal es así que en la ya mencionada Revista *Indoamérica*, en el año 1967, escribiría un artículo acerca del *velasquismo*¹⁰ (en referencia a los distintos gobiernos de José María Velasco Ibarra, a los que nos dedicaremos en las siguientes páginas de este capítulo). Mas ese impulso tampoco se detendría allí. Pues en el año 1969, en la Revista *Hora Universitaria* de la Universidad Central de Quito, publicaría otro trabajo sobre la realidad política de Ecuador, esta vez abocado a analizar la crisis económica y social desatada en ese país en los años sesenta¹¹. Y ese interés por la política ecuatoriana no cesaría. Continuaría, reflejándose en aquel que sería uno de los libros más importantes en la trayectoria intelectual de Cueva: *El proceso de dominación política en Ecuador*, publicado por primera vez en el año 1972. Seguramente ese trabajo sea el corolario, la expresión más acabada, de sus estudios sociopolíticos sobre la realidad ecuatoriana desarrollados en este período.

Por otra parte, aun cuando no haya sido el producto de un trabajo sistemático como lo fueran sus estudios acerca del caso ecuatoriano, en esta etapa de su obra también tendría lugar un escrito destinado al análisis de otra realidad nacional. En la primera mitad de la década del setenta, más precisamente en 1974, Cueva escribiría un artículo dedi-

10 Ese artículo se tituló *Más allá de las palabras. Introducción a la mitología velasquista*, y fue publicado en el número 7-8 de *Indoamérica*.

11 Dicho trabajo, titulado *La crisis de los años 60*, reaparecería luego en el volumen colectivo denominado *Ecuador: pasado y presente*, publicado por primera vez en el año 1975. En ese libro también participarían con artículos de su autoría los siguientes intelectuales ecuatorianos: René Báez, Leonardo Mejía, José Moncada, Alejandro Moreano y Fernando Velasco. Véase VV.AA., 1995.

cado a reflexionar, a modo de balance, sobre el proceso político chileno de la Unidad Popular¹². Recordemos que entre 1970 y 1972 el autor de *Entre la ira y la esperanza* vivió y cumplió labores en docencia e investigación en el país trasandino, nutriéndose allí de las lecciones que aquella experiencia política brindaba a los sectores populares latinoamericanos.

Este capítulo se dedicará entonces —como señala el título— a indagar en los análisis sociopolíticos de Cueva sobre las realidades nacionales de Ecuador y Chile. En ese sentido, trataremos de reponer el hilo general de aquellas reflexiones, con dos objetivos. Por una parte, intentaremos rescatar sus aportes conceptuales a la realización de análisis en clave de teoría política. Consideramos que en estos trabajos son utilizadas relevantes categorías cuyo propósito es el de comprender la dimensión específicamente política de los fenómenos sociales, colocando especial atención sobre la autonomía relativa de lo político y de lo ideológico en los procesos sociales. En particular, destacaremos en ellos la centralidad otorgada por nuestro autor a la relación entre Estado y clases sociales como elemento crucial del estudio de las sociedades latinoamericanas. Por lo tanto, a la hora de reconstruir los argumentos desarrollados en los textos de referencia, nos focalizaremos en rescatar los conceptos de teoría política en ellos puestos en valor.

Por otra parte, llevaremos a cabo una distinción entre los análisis de Ecuador y Chile. Una distinción que no le adjudicamos a Cueva, sino que ensayaremos nosotros, en función de la centralidad que otorgamos a sus *análisis de coyuntura en clave nacional*. Nos detendremos para ello en la forma disímil en que en sendos textos es comprendida tanto la

12 Además de este artículo, Cueva escribió un año antes, en 1973, otro trabajo acerca del proceso político en el país trasandino, precisamente titulado *Chile* (Cueva, 1973). Ese texto fue incluido en una compilación, junto con artículos de otros autores, publicada bajo el nombre *Radicalización y golpes de estado en América Latina*. Sin embargo, para el análisis que realizaremos en este capítulo nos remitiremos solo al artículo denominado *Dialéctica del proceso chileno: 1970-1973*, pues creemos que en él se encuentran no solo totalmente contenidas, sino también más ampliamente desarrolladas, las principales ideas e hipótesis planteadas en el mencionado escrito producido con un año de anterioridad.

historia de los sectores populares, como sus proyecciones como alternativa de poder. Observaremos que la utilización de elementos teóricos no tendrá la misma productividad en ambos estudios, de acuerdo con la forma desigual en que en cada uno de esos países se constituyeron los sujetos políticos subalternos.

De acuerdo con los propósitos señalados, comenzaremos entonces por los trabajos dedicados al análisis de la realidad ecuatoriana.

Ensayos de interpretación de la realidad ecuatoriana

En 1928 José Carlos Mariátegui escribió una obra que se convertiría en un parteaguas en el pensamiento crítico latinoamericano. Tal es así que sus célebres *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* pueden ser considerados como el momento fundacional del marxismo latinoamericano, en la medida en que significaron una verdadera lección acerca de cómo la herencia teórica de Marx y Engels debía ser realizada en el análisis de las sociedades de nuestra región. Es decir, utilizando las categorías de los autores clásicos del marxismo, mas respetando la historia y los sujetos históricos de la transformación presentes en una formación económico-social.

En ese sentido, en un artículo titulado *El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales*, Cueva señala aquella que para él fuera la gran virtud de José Carlos Mariátegui:

¿En qué radica entonces la grandeza de JCM [José Carlos Mariátegui]? Ante todo, en habernos legado el primer esquema marxista de interpretación de las modalidades específicas de desarrollo del capitalismo en América Latina (...). Al hacerlo, JCM ligó por vez primera el discurso marxista a nuestra realidad, evitando que aquel discurso flotara como una sustancia etérea incapaz de incorporarse al referente empírico que pretende explicar. ¿Nacionalización del marxismo? Si se quiere, sí (Cueva, 1988c, p. 13).

Pues bien, creemos que en el conjunto de su obra Cueva se hace carne de aquellas indicaciones. Pero al mismo tiempo, consideramos que existe en particular un trabajo suyo que (aun cuando no de forma expresa, y quizá, tampoco deliberada) tiene una inspiración en aquella vocación de los *Siete ensayos* mariateguianos por ligar el discurso marxista a nuestra realidad, nacionalizando el marxismo. Nos referimos a *El proceso de dominación política en Ecuador*. Un libro cuyo propósito fue el de hacer un análisis sociopolítico de la sociedad ecuatoriana, remontándose históricamente a la ruptura del orden colonial, para llevar adelante un recorrido que llegara a los fenómenos contemporáneos a la redacción de ese texto, en los inicios de la década del setenta. En ese sentido, nuestro propósito en este apartado será repasar de forma breve dicho trabajo (respetando la cronología histórica presentada por el propio autor), tratando de destacar aquellos aspectos que significan aportes en términos de teoría política, marcando a su vez ciertos límites conceptuales allí encontrados.

Como decíamos en el párrafo precedente, *El proceso de dominación política en Ecuador* tiene como punto de partida la ruptura del orden colonial. Aquel momento histórico es definido por Cueva fundamentalmente como aquello que no es, es decir, como negación de la revolución popular. La independencia ecuatoriana es entendida como una exitosa insurrección de los marqueses criollos contra la Corona de España, que implicó por lo tanto “el último día de despotismo y el primero de lo mismo”. Pues no significó el fin de la opresión, sino más bien la sustitución en sus agentes, desplazándose desde el funcionario metropolitano hacia el encomendero criollo. Esta situación tendría importantes consecuencias en el desarrollo del Ecuador, lo cual se expresa en el análisis de nuestro autor en su lectura de las transformaciones que la independencia generaría en el seno de las clases dominantes del país. Es que en la medida en que la ruptura con la metrópoli permitió la eliminación de las restricciones en el comercio exterior, ese proceso habilitaría el aumento de la actividad económica en el agro costeño, conformándose allí a partir de ese momento un importante sector financiero.

Este resquebrajamiento de la estructura social heredada de la colonia, producido en el posindependentismo, significaría la incipien-

te conformación de una nueva estructura de clases en Ecuador. Cueva sostiene que en ese momento se constituye una nueva clase dominante, se genera el embrión de una pequeña burguesía “moderna”, y se abren lugar sectores populares que ya no están institucionalizados bajo el dominio eclesiástico, sino en el marco de relaciones sociales de producción capitalistas. Así, se conforma de manera embrionaria una burguesía constituida por propietarios de plantaciones, grandes comerciantes y banqueros; una pequeña burguesía de comerciantes de pequeña escala; y una clase trabajadora de asalariados agrícolas o trabajadores por cuenta propia y *subproletarios* surgidos en torno a la actividad portuaria de Guayaquil.

Sin embargo, aquello que nos parece más relevante en relación con los cambios producidos por la independencia, es la lectura de Cueva acerca del impacto que aquel fenómeno supone en términos del ejercicio de la dominación en el plano específicamente político. Pues plantea que pese a los cambios ocurridos como producto del desarrollo costero, los terratenientes de la zona andina siguen conservando la hegemonía política a escala nacional. Esto implica en el análisis del sociólogo ecuatoriano en este trabajo, una primera aproximación a la *autonomía relativa de lo político* así como a la *asincronía* que existe entre las distintas esferas de análisis de la vida social. En ese sentido, aquel aspecto que más nos interesa destacar en lo que respecta al estudio del período que se inicia con la independencia y que llega hasta el final del Siglo XIX, es la dislocación señalada por Cueva entre los niveles económico, político e ideológico. Es decir, la convivencia de un predominio de la producción capitalista en la costa en el orden de lo económico, con una prevalencia semi-feudal en el terreno político-ideológico. Una distinción que no es meramente analítica, sino más bien política, en tanto expresa la puja entre las clases dominantes de la costa y la sierra en la etapa mencionada.

No obstante, la historia ecuatoriana tendría un punto de inflexión con la revolución liberal del año 1895. Cueva afirma que dicho suceso resulta un hito histórico, al transferir el poder del Estado a la burguesía agro-exportadora y producirse un quiebre en el predominio

conservador hasta entonces vigente. Aquella revolución, según el intelectual ecuatoriano, tuvo el rol de sacudir la superestructura ideológica de Ecuador, al abrir paso a la libertad de expresión y de culto, al laicismo como pauta de acción estatal y a la democratización de la cultura. Pero resultó al mismo tiempo el sembradío de una nascente contradicción. Pues a la vez que la ruptura del orden conservador forjó un contexto favorable para el desarrollo de ciertos grupos medios que en ese marco lograron constituirse como fuerza social autónoma, provocó un clima de tensión en la medida en que la democratización de la revolución liberal no estuvo acompañada de una transformación en la estructura económica. La demostración más cabal de los límites del despliegue popular en el marco del orden liberal estaría expresada en la masacre de Eloy Alfaro en 1912, a manos de las fuerzas derechistas del Ecuador.

A partir de ese año pasaría entonces a consolidarse el orden liberal, pero deshaciéndose ya de su ropaje revolucionario. Es que la burguesía agro-mercantil, una vez que se había afianzado como clase políticamente dominante, ya no tenía interés en mantener la línea ascendente que desarrollara a partir de 1895. En ese sentido, la faceta conservadora que desplegó el orden liberal a partir de 1912 (en el período conocido como “plutocrático”), merece subrayar dos puntos centrales. Por un lado, una vez consolidado el dominio político de la burguesía costeña, Cueva advierte sobre la conciliación de intereses entre dicho sector y los terratenientes conservadores. En primer lugar, al no haber tocado un ápice del régimen de la propiedad agrícola privada. Y en segundo lugar, al conceder a los terratenientes andinos el predominio a nivel local, mostrando desinterés en trasladar las instituciones políticas y la ideología liberal a la sierra. Por el otro lado, el autor de *Entre la ira y la esperanza* remarca que la burguesía agro-mercantil en este período no compartió el poder del Estado. Esto tiene que ver, desde su perspectiva, con que en un país lleno de localismos y regionalismos, necesitaba un pleno control estatal para cohesionar los heterogéneos elementos de la sociedad ecuatoriana. De esa manera, optó por un control total del Estado, mas al mismo tiempo, por un fuerte compromiso con los terra-

tenientes serranos, aun bajo el conocimiento de los deseos de aquellos por retornar al poder central (Cueva, 1974, pp. 12-15).

Pero aquel aspecto que más preocupa a nuestro autor acerca de este período que se ubica entre los años 1895 y 1925 es el reforzamiento de la *situación de dependencia* del Ecuador, pues el desarrollo agrícola y comercial ligaría mucho más a dicho país con el capitalismo mundial que lo que había ocurrido durante la época colonial. Un fenómeno que se desnudaría por completo con la crisis que en la década del veinte comenzaba a aflorar en Estados Unidos, cuya repercusión a nivel local cumpliría la función de minar la base económica sobre la que se asentaba la dominación política de la burguesía agro-mercantil. Así, en el contexto crítico de los años veinte, el desgaste del dominio económico de aquel sector de la burguesía se encontraría además con otros dos fenómenos sociales emergentes. El primero de ellos, el aumento del grado de organización y agitación del proletariado en el marco de la crisis económica, que tendría como consecuencia en noviembre del año 1922 el estallido de fervorosas insurrecciones populares. La respuesta represiva del régimen obtendría en ese entonces como resultado una verdadera masacre obrera. El segundo fenómeno emergente, como lo señaláramos más arriba, es el de sectores medios (militares, profesionales, intelectuales) que sufrían el notorio contraste entre la democratización cultural y las desigualdades económicas en el orden liberal. De ese modo, se abriría paso el 9 de julio de 1925 el proceso del “reformismo juliano”, a través de un golpe de Estado perpetrado por los oficiales de baja graduación del ejército. Un gobierno que no pretendía quitar el poder económico a la burguesía, sino abrir campo a la clase social a la cual representaban aquellos oficiales: la clase media. De esa manera, el reformismo juliano si bien limitó el poder de la burguesía agro-mercantil, debió ceder ante sus presiones. Aun así, pudo implementar algunas reformas laborales en los sectores público y fabril. Mas para ello tuvo que conformar una alianza con la oligarquía terrateniente en vistas de equilibrar fuerzas con la burguesía costeña. El precio que debió pagar como consecuencia de ese pacto fue bastante oneroso: la no intervención en el agro andino.

En ese sentido, Cueva define a esta situación en la cual Ecuador llegaba a la crisis del treinta como un *equilibrio inestable y precario de fuerzas*. Esto significa, desde el punto de vista del análisis en clave de teoría política, una lectura que privilegia la comprensión de lo político como un campo de lucha dirimido en función de relaciones de fuerzas, que por su propia naturaleza, resultan equilibrios inestables en constante transformación.

Ahora bien, arribamos aquí a un momento sustancial en el análisis del Ecuador realizado por Cueva. La fuerte caída de las exportaciones como consecuencia de la aguda crisis económica internacional, va a develar la índole dependiente de dicho país, desatando una profunda crisis política. Los tres actores que hasta entonces habían gobernado la nación, carecían de la fuerza política y social para hacerlo por sí solos: los terratenientes andinos, la burguesía agro-mercantil y la clase media. Ante este contexto, que el autor llama *crisis de hegemonía*, va a emerger un nuevo elemento social –el subproletariado de las urbes– y va a irrumpir aquel fenómeno político que definirá como “el más inquietante del Ecuador contemporáneo”, al cual dedicará enormes esfuerzos explicativos: el *velasquismo*. En 1934, José María Velasco Ibarra ganaría las elecciones presidenciales con el 80% de los votos, abriendo un surco en la historia de los sucesivos cuarenta años en Ecuador.

En ese sentido, si bien el recorrido histórico realizado en *El proceso de dominación política en Ecuador* continúa su tránsito por los años treinta hasta llegar al año 1972, aquí nos detendremos en particular en el análisis del *velasquismo*. No solo por su carácter singular, y por su impacto en el período histórico que va desde 1930 hasta 1972, sino también porque su conceptualización nos permite seguir retratando las características del pensamiento del sociólogo ecuatoriano, y en especial su capacidad para analizar sociopolíticamente el espacio nacional, aun cuando allí aparezcan tensiones que más adelante nos encargaremos de señalar.

Para explicar el *velasquismo*, Cueva parte de la coyuntura histórica en la que tiene lugar su parición. Así, se remite a la década que transcurre entre 1922 y 1932, en la que según su perspectiva, fracasan

en Ecuador tres fórmulas de dominación política: la liberal (burguesía de Guayaquil), la militar-reformista (pequeño-burguesa) y la conservadora (terratenientes serranos). Se produce entonces en ese período una situación que denomina *vacío de poder*, la cual funciona como el terreno abonado para la emergencia del *velasquismo*. Su aparición obedece, según él, a tres razones. En primer lugar, a la crisis económica del treinta. En segundo término, a una situación en la que el poder social no estaba concentrado en una sola clase social sino en varias. De forma tal que la hegemonía económica estaba en manos de la burguesía agro-mercantil, la ideológica en poder de los terratenientes de la sierra, en un contexto donde se vislumbraba un “arbitro” con posibilidades certeras de intervención política mediante el uso de las armas: la oficialidad de la clase media. El tercer motivo es la existencia de una coyuntura que categoriza como *situación de masas*, caracterizada por: 1) Una composición social de las urbes que volvía obsoleta la tradicional política de élites, y donde se hacía necesario tolerar cierto grado de participación popular en la política nacional; 2) El éxodo rural a las urbes, que creaba nuevas áreas de tensión por la conformación de un sector marginal urbano, y por la depresión en los sectores populares de la ciudad; y 3) La conformación de un grupo de específico comportamiento político: el *subproletariado* (Cueva, 1974, pp. 75-76).

En ese sentido, Cueva detecta en este contexto en Ecuador un fenómeno extensamente estudiado por la sociología latinoamericana. Nos referimos a la ligazón entre la crisis económica y la *situación de masas*. De ese modo, observa cómo se produce una transformación en la fisonomía de la sociedad ecuatoriana, fundamentalmente en las urbes, y con ello, cambios determinantes en el comportamiento de los sectores populares que migran del campo a la ciudad. En un texto posterior (pero que, según aclara el propio autor, es una reproducción parcial de un escrito anterior), titulado *La crisis de 1929-1932: un análisis*, sostiene que la principal repercusión de la crisis económica estuvo vinculada a la caída de los precios de las exportaciones. Pero al mismo tiempo se encarga de exponer separadamente las consecuencias políticas y sociales de ese proceso. De esa manera, resalta que el efecto social más trascen-

dente de la crisis del treinta en Ecuador es la conformación de un sector marginal urbano, al volcarse hacia allí una transferencia de la desocupación del sector rural, que si bien “descongestionaba” al agro, empezaba a provocar ciertas áreas de tensión en las grandes ciudades. Una situación que también tendría su expresión como *crisis política* tras la debacle del régimen juliano, sucediéndose diecisiete gobernantes en el mando del Poder Ejecutivo durante la década del treinta. Así, en el transcurso de 1932 cinco presidentes llegarían a ocupar el Palacio de Gobierno, desencadenándose además en agosto de ese año la conocida como “Guerra de los cuatro días”, que enfrentó a conservadores y oficiales progresistas de clase media. Dicha crisis política, que Cueva define nuevamente como un *vacío de poder*, es para él el caldo de cultivo de la emergencia del *velasquismo* (Cueva, 1991a, pp. 71-73).

De esa forma, considerando ese contexto económico, político y social, Cueva intenta evitar una explicación del triunfo electoral de 1934 y su derrotero posterior basada simplemente en los rasgos de la personalidad de Velasco Ibarra. Por el contrario, busca anclar el fenómeno en las contradicciones de la sociedad ecuatoriana. Por eso, sostiene: “(...) no es cuestión de un simple fenómeno de caudillismo, reductible a la personalidad del líder, sino de un *hecho complejo*, profundamente arraigado en la particularidad histórica de la formación social ecuatoriana” (Cueva, 1974, p. 98; énfasis nuestro)¹³.

13 Esta concepción del *velasquismo* como un *hecho complejo*, se asemeja bastante a la forma en que Marx definiera al *bonapartismo*, negando que éste resultara un *rayo cayendo de un cielo sereno*, y anclando su surgimiento, alternativamente, en el desarrollo de las contradicciones sociales francesas. Recordemos las palabras de Marx en el prólogo a la segunda edición de *El 18 Brumario*: “Víctor Hugo se limita a una amarga e ingeniosa invectiva contra el editor responsable del golpe de Estado. En cuanto al acontecimiento mismo, parece, en su obra, un rayo que cayese de un cielo sereno. No ve en él más que un acto de fuerza de un solo individuo (...) Yo, por el contrario, demuestro cómo *la lucha de clases* creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe” (Marx, 2003, p. 8; énfasis del original).

Desde el punto de vista de Cueva, ese *hecho complejo* debe ser comprendido a partir de la situación de dependencia, la cual provoca en ocasión de las crisis la acentuación de ciertas contradicciones internas específicas, originadas en la heterogeneidad estructural de la sociedad ecuatoriana. El *velasquismo* es entonces para el autor de *El proceso de dominación política en Ecuador* una *fórmula de “transacción”* entre una burguesía agro-mercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa, así como también un *medio de manipulación de masas* predominantemente *subproletarias* (Cueva, 1974, p. 99). Pero aquella categoría que nos parece más adecuada en la conceptualización del intelectual ecuatoriano es nuevamente la de *equilibrio precario*, como expresión de una situación en donde ni las clases dominantes podían constituir un sistema estable de dominación –surcadas al mismo tiempo por contradicciones intestinas irresolubles–, ni las clases subalternas podían ofrecer una alternativa hegemónica.

Una caracterización que revela una valoración especial por parte de Cueva, también aquí, con respecto a la *autonomía relativa de lo político*, en tanto reconoce que el *velasquismo* –aun cuando constituye desde lo estatal “la solución más rentable para las clases dominantes”– se presentó como opción política en un proceso de tensión permanente con los principales grupos dominantes y partidos políticos representativos de ellos. Dando cuenta de esa forma de una característica definicional del Estado capitalista:

(...) la respuesta histórica concreta tendiente a la autoconservación del sistema nunca coincide de manera estricta con el proyecto particular de dominación de uno solo de los grupos hegemónicos (clase o fracción de clase). Por este hecho el *velasquismo* adquiere complejidad y aparece como una fórmula no ortodoxa, casi bastarda de dominación, en la medida en que representa, de una parte, un compromiso entre los proyectos de dominio en competencia y, de otra, una adecuación del conjunto de ellos a las posibilidades objetivas de ejercerlo (Cueva, 1974, p. 81).

Esta idea de falta de correspondencia entre clases dominantes y Estado, nos remite a la concepción engelsiana del fenómeno estatal,

entendido éste último como *capitalista colectivo ideal*. Pues el Estado, según su concepción, no responde directamente a una u otra fracción del capital, sino que su función es la de garante de la relación social de capital. Dice Engels en *Del socialismo utópico al socialismo científico*:

(...) El Estado moderno no es tampoco más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores generales del modo capitalista de producción contra los atentados, tanto de los obreros como de los capitalistas aislados. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el *capitalista colectivo ideal* (Engels, 1986, p. 95; énfasis nuestro).

Vemos como punto de coincidencia con respecto a aquella definición de Engels, la aparición temprana en la obra de Cueva de una concepción no instrumentalista del Estado. Pues éste no se presenta precisamente como un instrumento aprehensible por las clases, sino más bien como una estructura organizada en función de la continuidad de un orden social¹⁴. Un elemento cuya repercusión no se restringe al orden teórico, sino que tiene consecuencias políticas, en la medida en que permite comprender la naturaleza de fenómenos como el *velasquismo*.

Retomando la lectura sobre la autonomía relativa de las esferas, la misma no se aplica solamente a la región de lo político, sino que se extiende a su vez al campo de *lo ideológico*. Pues al mismo tiempo, nuestro autor trata de explicar el “*caos*” *ideológico* que es atribuido a Velasco Ibarra. Es decir, intenta comprender la mixtura ideológica de un líder que ha llegado a invocar para sí de forma irreverente las tradiciones liberal, católica y socialista. Así, el sociólogo ecuatoriano nos habla de un “relajamiento de la cohesión interna de las ideologías” que es propia de una región como América Latina, donde la adopción de ideas “exóticas”, nacidas por fuera de nuestras latitudes, implicó adaptar esos elementos

14 A través de esta ligazón con aquellas apreciaciones de Engels intentamos inscribir las reflexiones de Cueva sobre el Estado en toda una tradición al interior del marxismo que ha dedicado sus esfuerzos explicativos a comprender la complejidad del fenómeno estatal y que bien puede remontarse a aquel pensador decimonónico.

a una realidad tan particular, que se vio obligada a transformarlas. A su vez, repara en que intelectuales y filósofos latinoamericanos han tendido a amalgamar las más diversas ideologías y corrientes de pensamiento, y se pregunta por qué el subproletariado no habría de acudir a ese *sincretismo político* para sacar “lo mejor” y “más puro” de cada doctrina (Cueva, 1974, pp. 92-93).

Hasta aquí en este apartado nos hemos referido a aquellos aspectos de *El proceso de dominación política en Ecuador* (y de otros escritos más breves dedicados al análisis sociopolítico de la realidad ecuatoriana) que consideramos como los más salientes en el sentido de aportar elementos teóricos productivos al estudio de la formación económico-social ecuatoriana. Ahora bien, para finalizar la presente sección de este trabajo, quisiéramos dedicarnos brevemente a señalar algunos pasajes del libro en cuestión en los que son utilizadas ciertas categorías y privilegiadas ciertas concepciones que, según nuestra mirada, sesgan las reflexiones acerca de la relación entre sectores populares y socialismo en la sociedad ecuatoriana.

Creemos que existe un sesgo conceptual que se centra principalmente en la visión acerca de aquel sector de la clase trabajadora que Cueva llama *subproletariado*. Desde el punto de vista del sociólogo ecuatoriano, el problema del marxismo en Ecuador ha sido la composición netamente *subproletaria* de los sectores populares, un grupo según él inadecuado para una politización en un sentido revolucionario. Esa preponderancia contrastó con un débil proletariado y un campesinado que nunca pudo ir más allá de jornadas tan heroicas como carentes de perspectiva revolucionaria (Cueva, 1974, pp. 78-79). Esto ha tenido como consecuencia, según el autor, un desarrollo de las contradicciones sociales en donde la participación alienada del *subproletariado* en conjunto con la marginalidad política del campesinado, han permitido que el control del Estado se haya desplegado al nivel de las contradicciones secundarias (oposición entre terratenientes y burguesía, emergencia de la clase media, movilización subproletaria).

Según nuestra perspectiva, Cueva incurre en esas conceptualizaciones en cierto *reduccionismo teórico* que le impide pensar en las disími-

les articulaciones que puede significar la construcción de un movimiento popular. Es absolutamente pesimista acerca del sector que denomina *subproletariado*, rechazando por completo que pueda cumplir un rol progresivo en el plano de la política. Asimismo, es escasa su indagación en el papel desempeñado por las organizaciones de izquierda a la hora de constituir un movimiento de masas capaz de aglutinar a los distintos sectores de las clases subalternas. Contrasta con ello el apego por momentos a un lenguaje que prefiere inclinarse hacia una mirada peyorativa del fenómeno *velasquista*, antes que tratar de encontrar los motivos del desencuentro entre socialismo y movimiento popular en Ecuador. La idea acuñada por el autor de un régimen de *manipulación de masas*, probablemente no resulte el modo más adecuado de conceptualizar el *velasquismo*, el cual según las características señaladas por el propio autor —y eso es precisamente lo paradójico de este *reduccionismo teórico*—, merece mayor complejidad y rigurosidad.

No tenemos la intención aquí de encontrar una respuesta definitiva o con pretensiones de verdad acerca de los motivos de ese *repliegue hacia el discurso teórico*, que a nuestro modo de ver, se contraponen a las conceptualizaciones predominantes (fecundas y productivas) sobre el plano específicamente político desplegadas en *El proceso de dominación política en Ecuador*. Pero nos permitimos señalar que el notorio contraste al que hacemos referencia, quizá sea producto del análisis de un país donde la lucha de clases no contó con un movimiento popular vigoroso ni con poderosas organizaciones de izquierda que marcaran el rumbo del destino nacional, o que presentaran una alternativa política con verdadera vocación de poder. Tal es así que en *El proceso de dominación política en Ecuador* es un tópico prácticamente ausente la incidencia del movimiento obrero y las organizaciones de izquierda en la historia política nacional. De hecho, resulta interesante remitirnos a un artículo publicado por Cueva en la *Revista Mexicana de Sociología* en el año 1976, para establecer un contraste histórico y político. Recordemos, en ese sentido, que el texto sobre el que hemos venido trabajando, publicado en 1972 (y escrito originalmente en 1970), no llega a abordar las contradicciones emergentes ese mismo año con el advenimiento del gobierno

del General nacionalista Guillermo Rodríguez Lara¹⁵. Mientras tanto, en el referido artículo de 1976, es destacada la erección del proletariado como un actor clave en el desenvolvimiento de la crisis del proyecto nacionalista y de las disputas al interior de las clases dominantes: “Y aquí interviene un último factor, que a no dudarlo es el más importante en la coyuntura actual: *la presencia del proletariado en la escena política nacional, con una envergadura, una organización, un grado de conciencia y unidad antes inexistentes*” (Cueva, 1976b: 840; énfasis nuestro).

Con este contraste queremos subrayar que en *El proceso de dominación política en Ecuador* Cueva deposita de forma exclusiva en las condiciones objetivas del desarrollo capitalista de Ecuador —y con ellas, en la fisonomía de los sectores subalternos— el papel secundario desempeñado por las clases populares en la historia política de ese país hasta 1970¹⁶. Aun cuando resulta inobjetable afinar el despliegue de la lucha de clases en determinadas condiciones objetivas de una sociedad, ello no debe constituir un obstáculo para concebir las formas y posibilidades

15 La edición mexicana de *El proceso de dominación política en Ecuador* que citamos en este trabajo, publicada en 1974, contiene un apéndice escrito por Cueva en el año 1973 ya en el país azteca, titulado *Del “autogolpe” de 1970 al nuevo régimen militar*. Allí se presentan los primeros rasgos del gobierno de Rodríguez Lara, mas no existe un desarrollo acerca del rol de las organizaciones de los trabajadores y de la izquierda en ese proceso.

16 Esta falta de protagonismo de las organizaciones de los sectores populares en la vida política ecuatoriana, según la socióloga mexicana Raquel Sosa Elizaga, fue objeto de duros cuestionamientos por parte de Cueva. En un texto escrito en su memoria para una compilación que realizaran Ruy Mauro Marini y Mária Millán acerca del derrotero del marxismo en la teoría social latinoamericana, Sosa Elizaga recuerda las posiciones del sociólogo ecuatoriano al respecto: “Fue un duro crítico de las agrupaciones de izquierda de su país, a las que consideraba incapaces de cuestionar el orden establecido. Él se planteaba la necesidad de una opción más clara y convincente, pero no la veía en las distintas organizaciones existentes: tanto el Partido Comunista como los partidos socialistas y los grupos radicales estaban, desde su punto de vista, penetrados por la contradicción que marcaba al conjunto de la vida ecuatoriana, por esta inseguridad respecto a su identidad y a sus planteamientos, lo cual los llevaba unas veces a ser demasiado tibios, y otras a errar en la definición de la estrategia a seguir frente a sus enemigos de clase” (Sosa Elizaga, 1995, p. 299).

de organización de las clases trabajadoras en un determinado momento histórico. Creemos que la idea de un régimen de *manipulación de masas* más bien conspira contra esa necesidad, e impide comprender los desafíos del movimiento popular en el marco de las condiciones sociales realmente existentes. No pretendemos incurrir en un análisis reduccionista, pero probablemente la similitud con la lectura del *bonapartismo* no haya resultado la mejor ayuda para superar ese escollo, en la medida en que la figura de Velasco entendida como un árbitro grotesco ubicado excepcionalmente por encima de las clases no resultaba del todo suficiente para una dilucidación de aquel fenómeno político.

Por otra parte, en este aspecto debemos marcar un contrapunto con los *Siete ensayos*. Allí, Mariátegui lleva a cabo su ensayo de interpretación de la realidad peruana en el marco de una sociedad eminentemente agraria. Es aquel un momento de crisis, pero todavía de persistencia de la dominación oligárquica, basada principalmente en la propiedad de la tierra. El trabajo de Cueva, por el contrario, es efectuado en el ocaso de la década del sesenta. Nos situamos en sociedades que tal como él mismo lo indica —y nos hemos referido a ello más arriba en este apartado—, han atravesado la irrupción de las masas en la escena política, adquiriendo un nuevo protagonismo en las grandes urbes. Por lo tanto, las soluciones políticas planteadas por el *Amauta* peruano en sus textos parecen necesitar un *aggiornamento* en la bisagra de los años sesenta y setenta. Por eso, entendemos que las dificultades encontradas por Cueva no significan haber desestimado las lecciones de método legadas por Mariátegui acerca de la necesidad de arraigar el marxismo en los sectores populares de cada nación, sino más bien implican haberse enfrentado a una etapa histórica y una realidad nacional en las que la articulación entre socialismo y movimiento popular asumía crecientes complejidades.

Si bien la esbozada en los párrafos anteriores es tan solo una respuesta posible a la tensión entre lenguaje teórico y configuración del movimiento popular en el terreno de la nación, creemos que la comparación con un escrito posterior de Cueva puede resultar un respaldo para ella. Pues observamos en el artículo titulado *Dialéctica del proceso*

chileno: 1970-1973 una lectura bien diferente del derrotero organizativo de los sectores populares, y más aún, de los sujetos históricos de la transformación social. Es nuestra estimación que probablemente las diferencias entre los escritos sobre Ecuador y Chile no sean fruto de una casualidad, considerando que el vigor de la clase trabajadora chilena y sus organizaciones sindicales y políticas contrasta notablemente con el del movimiento popular ecuatoriano. Nos abocaremos entonces en las siguientes páginas a analizar el mencionado trabajo sobre el proceso chileno de la Unidad Popular.

El proceso político chileno: la lucha de clases “con empanadas y vino tinto”

El golpe de Estado sufrido por Chile el 11 de septiembre de 1973 significó un momento de ruptura en la historia de América Latina, pues marcaría un quiebre en relación con la radicalidad adoptada por los movimientos populares en toda la geografía regional en los años sesenta y comienzos de los años setenta. Además, aquella acción cívico-militar implicó un fuerte aleccionamiento al conjunto de las experiencias revolucionarias de la época, en tanto las fuerzas del orden mostraban sin reparos hasta donde eran capaces de llegar para ponerle un freno a aquel que probablemente haya sido uno de los procesos de transformación social más ricos en la historia de los sectores populares latinoamericanos. En ese sentido, en el artículo titulado *Dialéctica del proceso chileno: 1970-1973* Cueva trata de explicar el recorrido histórico que tuvo lugar en el país trasandino hasta llegar al bombardeo y la ocupación de la Casa de la Moneda por los mandos militares chilenos en 1973. Prestando especial atención allí al desarrollo de la lucha de clases en ese espacio nacional, y remitiéndose para ello a la constitución de la clase obrera como sujeto político central en los comienzos del siglo XX, mas abocándose fundamentalmente al período en que se despliega la experiencia política de la Unidad Popular.

Con el fin de abordar entonces el proceso desplegado entre 1970-1973, el sociólogo ecuatoriano establece como eje de gravedad de su estudio el desarrollo político-organizativo de la clase obrera chilena en el transcurso del Siglo XX. Pues una nota distintiva de este trabajo es precisamente la colocación del énfasis analítico en la constitución de la clase trabajadora al calor de la lucha política. Y este es un elemento inicial que quisiéramos destacar, ya que si bien el autor se encarga de subrayar inequívocamente en sus trabajos la inscripción de la lucha de clases en un grado determinado de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción, en este artículo aparece como un punto nodal la trascendencia de la batalla entre las clases como un aspecto constitutivo en su conformación y desarrollo.

De esa manera, el autor de *El desarrollo del capitalismo en América Latina* comienza este trabajo sobre Chile haciendo un repaso por los hitos en la constitución de la clase obrera de ese país: las huelgas obreras de los trabajadores portuarios y salitreros de 1903 y 1907 respectivamente; la fundación de la Federación Obrera Chilena en 1909; la creación del Partido Obrero Socialista en 1912, el cual se convertiría apenas diez años después, bajo el liderazgo del tipógrafo Luis Emilio Recabarren, en el Partido Comunista de Chile; la conformación del Partido Socialista en 1933, produciéndose a partir de allí la tradicional unidad entre comunistas y socialistas chilenos; la inserción político-institucional de la izquierda con el triunfo del Frente Popular en 1938; y la formidable elección del Frente de Acción Popular en 1958, cosechando apenas 30 000 votos menos que Jorge Alessandri, el candidato de la derecha que resultara ganador en esa contienda. Sintetizando ese derrotero, Cueva afirma:

Es a partir de estos antecedentes que *el triunfo de la Unidad Popular en 1970 se nos presenta como la exitosa culminación de una prolongada lucha política*, a través de la cual el proletariado no sólo había ido forjando su conciencia y perfeccionando sus organizaciones de clase, sino también aglutinando en torno suyo a otras fuerzas progresistas de la sociedad chilena: intelectuales, sectores de las capas medias y aun de la pequeña burguesía (...) (Cueva, 1979b, p. 100; énfasis nuestro).

El criterio adoptado en ésta que resultara su primera aproximación en el artículo de referencia al recorrido histórico transitado por la clase trabajadora chilena hasta llegar al triunfo electoral de 1970, nos remite a aquel criterio esbozado por Antonio Gramsci en sus *Apuntes sobre la historia de las clases subalternas*, redactados en los célebres *Cuadernos de la cárcel*. Dice allí el marxista sardo:

El estudio del desarrollo de estas fuerzas innovadoras desde el estadio de grupos subalternos hasta el de grupos dirigentes y dominantes tiene, por tanto, que buscar e identificar las fases a través de las cuales dichas fuerzas han conseguido la autonomía respecto de los enemigos a los que tenían que derrotar, y la adhesión de los grupos que las han ayudado activa o pasivamente, en la medida en que todo ese proceso era históricamente necesario para que dichas fuerzas se unificaran en estado (Gramsci, 2007, p. 360).

Pues bien, Cueva emprende un recorrido a través de las luchas desarrolladas por la clase trabajadora chilena desde comienzos del siglo XX hasta 1970. Marca los hitos que la fueron constituyendo políticamente como clase, y fundamentalmente, cómo fue adquiriendo autonomía en relación con el resto de las clases, tanto las enemigas como aquellas que se habían presentado circunstancialmente como aliadas. Lo importante aquí es señalar el criterio adoptado, es decir, el eje colocado en el despliegue de la lucha política como la forma en que la clase se constituye como sujeto histórico.

Mas quisiéramos resaltar, además de la *memoria larga* de la clase trabajadora de Chile, otra cuestión que ocupa un rol protagónico en *Dialéctica del proceso chileno*. Nos referimos al contexto previo que precedió de forma inmediata el triunfo de la Unidad Popular. Pues a partir de él se desprende una conceptualización de las clases sociales y de su expresión política, que para nosotros reviste especial interés. Hacemos alusión a aquel momento en el que la política chilena estuvo marcada por el experimento reformista de la democracia cristiana, conocido bajo el nombre de “Revolución en libertad”. Las elecciones de 1970 son entonces herederas de un proceso político en donde el proyecto refor-

mista del Partido de la Democracia Cristiana (PDC) –inserto en una coyuntura caracterizada por un elevado nivel de lucha de clases a escala nacional y continental–, asumió un radicalismo verbal que contrastó notoriamente con las medidas efectivamente implementadas por el gobierno del Presidente Eduardo Frei. De esa forma, señala Cueva, la línea prácticamente reformista pero verbalmente revolucionaria del PDC desencadenaba en los sectores populares una *peligrosa dialéctica de aspiraciones y frustraciones* (Cueva, 1979b, pp. 101-102). Y al mismo tiempo, producía una izquierdización relativa del contexto político chileno, que tenía efectos específicos en la sociedad, en la medida en que tanto el PDC como el Partido Nacional contenían a otros sectores sociales que no eran necesariamente burgueses.

En relación con ello, consideramos que en las apreciaciones de nuestro autor acerca del PDC subyacen ciertos elementos teóricos que merecen ser rescatados. Si bien el intelectual ecuatoriano observa detenidamente el componente social que es propio de aquel partido político más allá de su anclaje en la burguesía industrial urbana (menciona a la tecno-burocracia, los profesionales liberales y ciertos sectores de la “aristocracia obrera” y el campesinado), se encarga especialmente de enfatizar en el carácter heterogéneo del PDC. Ello, debido a que dicha heterogeneidad –mucho más escasa en el Partido Nacional– generaba contradicciones que se manifestaban, desde la perspectiva de Cueva, en su ideología y en sus prácticas políticas. Esto implica, desde un punto de vista teórico-político, que si bien la política y la ideología arraigan en las condiciones materiales de existencia, no son un mero *reflejo* de ellas, ni tampoco que de ellas se desprenda una relación necesaria. Más bien creemos, a partir de los señalamientos citados, que el sociólogo ecuatoriano aporta una mirada de *lo político* y *lo ideológico* que no supone un tránsito transparente desde lo económico hacia esos niveles, sino más bien un camino complejo, atravesado por contradicciones que constituyen como tal a la totalidad social. Esto supone, pero no se reduce, a la mencionada autonomía relativa de lo político y lo ideológico. Significa más bien abrir un campo de indagación fundamental: el de *la hegemonía y la constitución de los sujetos políticos*. De esa manera, Cueva señala

que uno de los factores más trascendentes en el derrotero del gobierno popular de Salvador Allende fue la capacidad fluctuante de la clase obrera chilena para hegemonizar el proceso político, es decir, para comprender y asimilar como propios los intereses de las bases sociales del PDC.

Asimismo, el papel protagónico desempeñado tanto por la dirección de aquel partido cristiano como por sus bases sociales en los años comprendidos entre 1970 y 1973, oportunamente analizado por Cueva, también revela otro aspecto que él observara con detalle: la forma que asumen las contradicciones de clase. El rol tanto más peligroso en lo político e ideológico que tuvo el PDC en relación con los menores efectos de la acción del Partido Nacional en esos mismos planos, no significa que la contradicción se haya desplazado en relación con los dos campos de antagonismo fundamental en la sociedad capitalista. Más bien implica su plena vigencia, adquiriendo las características específicas que son propias de la historia chilena. Al respecto, rescatamos muy especialmente la siguiente apreciación teórica, cuyo valor, a nuestro modo de ver, excede largamente el análisis de un caso nacional en particular:

Por demás está decir que jamás se ha dado en país alguno un enfrentamiento “puro”, que tenga como únicos y desnudos protagonistas a las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista, sino que la contradicción entre éstas se abre paso siempre a través de un enmarañado tejido de múltiples contradicciones y sobredeterminaciones, con puntos diversos de condensaciones, que el desarrollo del antagonismo principal, expresado necesariamente en acciones concretas, atinadas o no, de las fuerzas políticas a través de las cuales se manifiesta, va justamente organizando y reorganizando, al determinar para cada elemento papeles específicos dentro de cada coyuntura concreta (Cueva, 1979b, p. 108).

Por solo nombrar algunos ejemplos, basta mencionar lo sucedido en el proceso chileno con la pequeña burguesía, las capas medias, y principalmente, con el ejército. Todos esos actores tuvieron un rol fundamental en el desarrollo de la experiencia en cuestión, modificándose sus posiciones y su papel en la escena política, según iban mutando las relaciones de fuerza. Esas reorganizaciones y reacomodamientos –Cueva destaca principalmente los del ejército, pasando del tradicional “constitucionalismo”

al intervencionismo absoluto— dan cuenta del carácter complejo y muchas veces opaco en que se desarrollan las contradicciones.

Por otra parte, consideramos de suma relevancia las contribuciones realizadas en *Dialéctica del proceso chileno* acerca del fenómeno estatal. Allí Cueva aporta algunos elementos que desarrollan una interesante conceptualización del Estado capitalista. Pues, de un lado, sostiene que el Estado se encuentra penetrado por la lucha de clases, repercutiendo sus efectos por ende en las instituciones estatales. El Estado es entonces expresión de correlaciones de fuerza, desgarrado por la lucha de clases. Ahora bien, del otro lado, subraya que dicha expresión no es neutral, ya que la estatalidad está cargada de una inevitable *asimetría*, en la medida en que las reglas del juego que lo rigen son las de la sociedad capitalista¹⁷. Estas apreciaciones revelan entonces la doble dimensión del Estado capitalista: dominación y contradicción.

Asimismo, con respecto a esta segunda dimensión, en este texto se puede observar otro elemento central, que quizá sea distintivo de la estatalidad latinoamericana. Cueva destaca en el escrito de referencia el papel que desempeña el Estado en el proceso chileno. Allí, en lugar de cumplir la función de regular las contradicciones sociales, colocándose por encima de la sociedad y amortiguando los choques entre las clases —como lo conceptualizaran en ciertos textos principalmente Engels y

17 Dicha *asimetría* nos recuerda a lo expresado algunos años después por el pensador boliviano René Zavaleta Mercado en su artículo titulado *El Estado en América Latina*. Dice allí Zavaleta: “(...) fue Lenin quien sostuvo que el Estado es la síntesis de la sociedad. Se supone que ello quería decir que es el resultado político, su consecuencia revelada como ultimidad pero no que se le viera como un resumen literal de ella, lo cual sería solo una tautología. Hablamos por tanto de una síntesis, pero de una síntesis realizada desde un determinado punto de vista, una *síntesis calificada* (...) La elaboración de la materia estatal en el plano de la sociedad civil es indiscutible pero el Estado, hay que decirlo, es Estado en la medida en que se reserva el privilegio de dar su propio color o señal a ese mensaje” (Zavaleta, 1990b, p. 172; énfasis nuestro).

Lenin¹⁸—, se encargaba más bien de reproducir dichas contradicciones en su propio seno. Así, el Estado se convertía en uno de los puntos nodales de la lucha de clases. Una batalla que se expresaba entre políticas gubernamentales destinadas hacia la transformación del modo de producción dominante, y una superestructura encargada de perpetuarlo (Cueva, 1979b, p. 119).

En síntesis, la explicación detallada del proceso chileno, centrándose en la forma específica en que se desenvuelve la lucha de clases en ese país entre 1970 y 1973, nos invita a recuperar y ponderar una manera de analizar los procesos sociopolíticos, que nos devuelve como inspiración teórica a dos textos ilustres de Marx: *Las luchas de clases en Francia* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Pues Cueva logra delinear el accionar de las diferentes fracciones de clase, y distinguir la forma singular en que esa lucha se expresa en los campos político e ideológico, arraigando en los intereses materiales de las clases. De ese modo, nos permite entender en complejidad un hecho político puntual (en este caso, el golpe de Estado de septiembre de 1973), encontrando detrás de él una colorida paleta de contradicciones, cuya expresión relativamente autónoma en los campos de la ideología y la política, nos permite comprender la forma en que se constituyen los sujetos políticos al calor de la lucha de clases.

En *Dialéctica del proceso chileno: 1970-1973* es desarrollado un estudio minucioso de las clases sociales y de las contradicciones de clase, que no se restringe solamente al estudio de los sectores dominantes, sino que comprende también a las clases subalternas y su vocación de poder, construyendo de ese modo un análisis de carácter integral sobre la historia política chilena, desde comienzos del siglo XX hasta la década del setenta. No nos resulta llamativo que ello suceda. Creemos

18 Esa definición del concepto de Estado es acuñada por Lenin (2006) en *El Estado y la revolución* en función de ciertas apreciaciones sobre el fenómeno estatal que recoge, fundamentalmente en el primer capítulo, de textos clásicos de Engels. Con más precisión, para realizar la caracterización que allí presenta, Lenin se basa fundamentalmente en las afirmaciones hechas por Engels (2011) en su clásico libro titulado *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*.

que la especificidad de la historia de Chile permite al sociólogo ecuatoriano llevar a cabo una lectura en complejidad de aquellos fenómenos. Pues las características de la formación económico-social chilena facilitan su labor investigativa, ya que allí se refiere a una nación donde la clase obrera se constituyó muy tempranamente como sujeto político, y construyó también de manera precoz sus herramientas organizativas. A eso debemos agregar que, a diferencia de la mayor parte de los países latinoamericanos, se constituyeron allí verdaderos partidos políticos de izquierda con arraigo en las masas.

En resumidas cuentas: creemos que la densidad en la historia, el desarrollo y la lucha política de la clase trabajadora chilena –desplegada a través de sus organizaciones sindicales y políticas– permitieron a Cueva la realización en complejidad de un análisis sociopolítico sobre la realidad de aquel país, facilitando cierta armonía entre la utilización de las herramientas teóricas marxistas y la comprensión de la especificidad nacional chilena.

Contrastes nacionales: el camino hacia América Latina

A través de la reposición de los análisis sociopolíticos sobre Ecuador y Chile y las herramientas teóricas puestas en juego en ellos, intentamos esbozar una diferencia sustantiva entre los estudios de Cueva sobre ambos países. Si bien los trabajos acerca de Ecuador resultaron varios, y al ser parte de una preocupación sostenida del autor alcanzaron así cierto nivel de sistematicidad, se encontraron con un duro escollo a la hora de explicar la imposibilidad de los sectores populares para construir, en términos gramscianos, una voluntad colectiva nacional-popular. Aparece allí el *velasquismo* como el fantasma que sobrevuela e interrumpe esa tarea histórica. La concepción de ese fenómeno político como un *medio de manipulación de masas* es expresiva de aquel dilema. En definitiva, esa categorización da cuenta de un movimiento popular que, desde el punto de vista de Cueva, no se encuentra en condiciones de erigirse en artífice de su propio destino. Y por lo tanto, termina resultando víctima de

una figura política que no contribuye a su constitución autónoma como sujeto político, ni a la construcción y desarrollo de fines que promuevan la superación del orden social. Mas el nudo de esa explicación en nuestro autor reside en el sujeto que funciona como respaldo del proceso *velasquista*: el *subproletariado*. El autor de *El proceso de dominación política en Ecuador* la ve como una clase bastarda, que desvía y distorsiona las contradicciones sociales de su antagonismo principal, permitiendo la emergencia de una solución política, deficientemente abordada en su dimensión teórica en el transcurso del libro: el *populismo*¹⁹. Como dijimos más arriba, el desarrollo analítico del *velasquismo* y su base *subproletaria* contrasta con la escasa indagación en la historia de las clases subalternas ecuatorianas (obreros –fabriles y rurales– y campesinos) y de los partidos y organizaciones de izquierda en ese país.

Nuevamente, no resulta difícil detectar la abismal diferencia entre aquella débil indagación acerca de los sectores populares ecuatorianos y la desplegada –condensada tan solo en un artículo– sobre el proceso político chileno. Su cercanía con respecto a la tradición comunista encontró sin dudas en Chile un caso nacional donde la clase obrera contaba con centrales sindicales fuertes, pero ante todo, con partidos de inspiración marxista cuyo arraigo en el movimiento obrero y otros sectores del mundo popular probablemente haya sido uno de los más notables en la historia de la región.

Creemos, por lo tanto, a través de esta comparación, que hubo en el caso ecuatoriano elementos que Cueva “no pudo ver”, seguramente porque las condiciones que hubieran potenciado sus análisis sobre el movimiento popular, no estaban presentes en ese país. Esa ausencia, no impidió que principalmente en *El proceso de dominación política en*

19 En *El proceso de dominación política en Ecuador* Cueva no desarrolla teóricamente el concepto de *populismo*. Más bien realiza un análisis del *velasquismo* como su expresión. Recién en un texto dedicado a polemizar con Ernesto Laclau, titulado *El populismo como problema teórico y político*, incluido en el volumen *Las democracias restringidas de América Latina*, va a exponer una lectura teórica sobre el populismo. Véase Cueva (1988d).

Ecuador –aunque también en otros escritos sociopolíticos menos extensos sobre ese país– existiera un detallado estudio sobre la relación entre Estado y clases sociales. Tal es así que en aquel libro es empleado con precisión y rigurosidad todo un arsenal teórico, mediante la adopción de categorías como *equilibrio inestable y precario*, *bloque en el poder*, *vacío de poder*, *crisis de hegemonía* y *crisis política* –entre otros conceptos–, que es de suma utilidad para la producción de estudios desde la sociología política. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer que a la hora de comprender el vínculo entre Estado y sectores subalternos –fundamentalmente en sus hipótesis sobre el *velasquismo*– sus análisis derivaron en conceptualizaciones que, desde nuestro punto de vista, no resultan del mismo valor.

Esa crítica al abordaje del *velasquismo*, nos remite a un interesante aporte que realizara Luis Verdesoto acerca de la obra de Cueva. Aquel intelectual ecuatoriano, lleva a cabo una comparación entre las producciones teóricas de nuestro autor y las del boliviano René Zavaleta Mercado. En las diferencias entre ambos intelectuales, Verdesoto ve cristalizadas las distancias que separan a la historia de sus dos países de origen: Bolivia y Ecuador. El primero, plenamente indígena, y protagonista de una de las revoluciones nacionalistas más rutilantes en la historia de la región: la revolución boliviana de 1952²⁰. El segundo, decidida pero inconclusamente mestizo, y seriamente dificultado para construir una identidad nacional desde los sectores subalternos, más allá de la construida por las clases dominantes a partir de la inserción subordinada de Ecuador en el sistema económico mundial. Así lo expresa Verdesoto:

En suma, los dos muestran a las sociedades que los gestaron como intelectuales. De un lado, un Ecuador fuertemente mestizo que, sin reconocer a esta relación como fundante, sólo alcanzó a diseñar su identidad en sentido negativo. La forma nacional es básicamente ser eslabón de la cadena imperialista. De otro lado, una Bolivia fuertemente india, que se

20 Recordemos en este sentido que Zavaleta (1937-1984) no fue ajeno a ese proceso político. Como ejemplo de su involucramiento en la revolución nacionalista, basta señalar que fue diputado en 1962 y Ministro de Minas en 1964.

reconoce como “nación en construcción”, situación que se constituye en el parámetro de conocimiento y acción política (Verdesoto, 1993, p. 20).

Si bien ambos autores parten de un cuestionamiento a la definición de Nación como una colectividad identitaria, creemos que las historias de los países que los vieron nacer, y a las que destinaron esfuerzos explicativos, influyeron notoriamente en su formación como intelectuales. Es interesante señalar que tanto Cueva como Zavaleta, al problematizar teóricamente la cuestión nacional, parten de una crítica a la misma definición de Nación, la de Joseph Stalin. Tanto Cueva en el artículo *Cultura, clase y Nación* como Zavaleta en su texto *La burguesía incompleta* discuten con la siguiente definición de Nación elaborada por Stalin: “Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura” (citado en Cueva, 1988a, p. 138; y citado en Zavaleta, 1988a, p. 160). Pero mientras el boliviano buscó incansablemente en los planos de la teoría y la política el modo en que las clases populares de su país podían constituir el proyecto de Nación que las clases dominantes habían dejado inconcluso, el ecuatoriano no llegó a abordar en densidad el problema de la construcción nacional, más allá de la conformación de condiciones objetivas necesarias (fuerzas productivas y mercado interno) para convertirse en un país plenamente capitalista.

Asimismo, Verdesoto relaciona en ese sentido el vínculo que cada uno de esos autores desarrollara entre Nación y América Latina. Zavaleta, desde sus primeros trabajos hasta su temprana partida física, se dedicó transversalmente al abordaje del problema nacional (Giller, 2014). Tal puede comprenderse como el eje articulador de su obra. Mientras que Cueva, como hemos señalado hasta aquí, se abocó en la primera etapa de su pensamiento –hasta el promedio de los años setenta– a estudiar diversos fenómenos relacionados con la realidad ecuatoriana. Una indagación que luego sería desplazada por interrogantes de carácter latinoamericano. Consideramos a las siguientes palabras de Verdesoto –a propósito de la comparación entre los dos autores referidos– como una suerte de prólogo para el próximo capítulo de este libro, donde nos de-

dicaremos a analizar la segunda etapa de la obra de Cueva, en la que su mirada ya no estará enfocada sobre Ecuador, sino sobre América Latina, su historia, y sus principales dilemas como *contradictoria unidad*:

Es sugerente pensar en los itinerarios intelectuales respectivos o cómo llegan a América Latina como objeto de pensamiento. Para Agustín Cueva, en los momentos intermedios de su producción intelectual, la posibilidad de volver la mirada finalmente hacia su país pasaba por “constituir” el objeto de investigación América Latina. Este trabajo significó una ruptura con sus antecedentes de investigación y, muchas veces, lo subsumió impidiéndole el retorno, aspiración implícita en la comunidad nacional. Tal vez, al final, quedó más constituido como objeto de trabajo América Latina que Ecuador, cuya pertinencia fue ser objeto de comparaciones en investigaciones regionales desde la perspectiva del adelanto o del retraso (Verdesoto, 1993, p. 20).

Si bien sus escritos dedicados al estudio de la realidad ecuatoriana tendrán una fuerte influencia en su formación intelectual y en su producción teórica posterior, Ecuador quedará relegado como objeto de estudio. Agustín Cueva adquirirá un verdadero renombre a nivel regional a través de sus célebres trabajos sobre América Latina. Las temáticas y debates que fueron parte de ese proceso de *latinoamericanización* de su pensamiento serán materia de los siguientes capítulos.

4

Capítulo

Latinoamericanización del debate (I): reflexiones teóricas acerca del desarrollo, la dependencia y el modo de producción

“(…) ningún proceso capitalista se caracteriza tampoco por el desarrollo socialmente armónico y económicamente homogéneo. Al contrario, el desarrollo del capitalismo no es otra cosa que el desarrollo de un conjunto determinado de contradicciones (...)

Y en este sentido, ¡helas!, América Latina tampoco podía constituir un caso de excepción”.

(Agustín Cueva, en *El desarrollo del capitalismo en América Latina*)



París, aprox. 1963.

Chile y México: contextos de *latinoamericanización*

El desplazamiento en la obra de Cueva efectuado en el promedio de los años setenta en relación con el objeto de estudio y la temática predominante en los trabajos dedicados al análisis de Ecuador, le permitiría dar un salto cualitativo en su producción intelectual, pasando a ocupar América Latina el centro de su atención. Mas el foco no estaría colocado solamente en la región como tal, sino más bien podríamos hablar de la aparición protagónica en su pensamiento de ciertas *problemáticas* latinoamericanas. Es decir, comienzan a preponderar algunas temáticas vinculadas a dilemas teórico-políticos de orden general en el continente. Ahora bien, lógicamente dicho desplazamiento no fue fruto del azar. Más bien, estuvo vinculado íntimamente con un contexto político y académico que ofició de marco para el surgimiento de sus reflexiones sobre América Latina. Pues tal como lo planteáramos en la introducción de este libro, Cueva desarrolló la mayor parte de su trayectoria como docente e investigador en dos contextos bastante singulares. Recordemos: luego de abandonar su país de origen en 1970, recalaría inmediatamente en la Universidad de Concepción, en Chile. Mientras que dos años después se trasladaría a México, donde realizaría sus tareas académicas principalmente en el ámbito institucional del CELA de la UNAM.

Decimos que esos dos países en aquellos respectivos momentos constituyeron contextos singulares, ya que en sus instituciones académicas (tanto en el ámbito de la docencia como en el de la investigación) albergaron a numerosos intelectuales latinoamericanos, garantizando a la vez condiciones materiales excepcionales para el desarrollo de sus labores. Chile entre los años 1964 y 1973, y México en las décadas del setenta y ochenta, se erigieron como las dos principales usinas del pensamiento crítico latinoamericano, acogiendo a investigadores de diversas latitudes de América Latina.

Como señaláramos también aquí al inicio, este no es un aspecto de menor importancia a la hora de analizar el tránsito de la obra de Cueva en los años setenta y ochenta. En su estadía en Chile y México el

itinerario personal se convierte en cierta medida en biografía colectiva. Pues el hecho de haber residido académicamente en aquellos dos países le permitió al sociólogo ecuatoriano tanto presenciar y acceder de primera mano a los debates que allí se suscitaban, como al mismo tiempo, convertirse en partícipe directo de ellos. Así, pudo establecer diálogos y canales de discusión con los protagonistas más renombrados de las querellas teóricas desplegadas en el ámbito de las ciencias sociales en los dos países mencionados. En ese sentido, quisiéramos reseñar brevemente las características de ambos contextos académicos, de modo tal de comprender el marco en que se produce el intercambio con determinados exponentes teóricos de la época que abordaremos en su relación con Cueva en el correr de este capítulo (y también, en el caso de México, en los dos capítulos siguientes).

Por una parte, Cueva vivió en Chile en el momento de mayor despliegue de las conocidas como “teorías o enfoques de la dependencia”. Hablamos de un conjunto amplio y heterogéneo de teorías cuyo punto de unidad se hallara seguramente en la transformación de un *dilema político* específico –la existencia de *situaciones concretas de dependencia*– en un *problema de carácter teórico* (Beigel, 2006, p. 297). Producciones intelectuales que surgieron de instituciones tales como Universidades Nacionales u organismos internacionales, los cuales gozaron en Chile entre 1964 y 1973 (durante los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende) de una fuerte inyección de recursos nacionales e internacionales y de una planificación estatal que les permitió fortalecer la profesionalización de la educación superior (Beigel, 2010a, p. 86).

Tal como lo explica el propio Cueva en un artículo titulado *El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período* –dedicado a hacer un balance sobre el desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas en las décadas del sesenta y setenta–, la situación referida en el párrafo anterior habilitó que los científicos sociales críticos que trabajaran en los centros de investigación vinculados a la planificación estatal pudieran, en el clima de radicalización política de los años sesenta y comienzos de los setenta, volcar todo el acervo técnico aprendido en aquellas instituciones hacia el

campo de la izquierda (Cueva, 1979c, p 73). Así, durante el período mencionado la academia chilena permitió la emergencia de rigurosos estudios críticos sobre la dependencia en instituciones como el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES, donde realizaron sus aportes Pedro Paz, Osvaldo Sunkel, Fernando H. Cardoso y Enzo Falletto, entre otros), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, en la que trabajaron, por ejemplo, Marcos Kaplan y Sergio Bagú) y el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile (CESO, integrado por André Günder Frank, Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra, entre los más destacados), por nombrar algunas de las entidades más relevantes (Beigel, 2010b, pp. 135-141). Repasando los integrantes de las instituciones enumeradas, podemos observar que quienes trabajaban en esos centros de investigación y docencia provenían de distintos países de América Latina. De ese modo, se promovía allí un intercambio entre intelectuales cuyas procedencias remitían a diferentes latitudes de la región.

Aquel *diálogo latinoamericano* desarrollado en Chile no se interrumpiría con el traslado de Cueva a México. Pues allí también, esta vez en el ocaso de los años sesenta, había comenzado un proceso de *latinoamericanización* de las ciencias sociales. En el artículo titulado *Sobre exilios y reinos, I: reflexiones sobre el desarrollo de los estudios latinoamericanos en México*, Cueva relata cómo desde el año 1969, a través de la realización del IX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología en ese país, el sociólogo mexicano Pablo González Casanova había tenido el propósito de *latinoamericanizar* la sociología de la región. También destaca que en esos años se fundaron en el país azteca importantes editoriales de la talla de era o siglo XXI, constanciadas con la difusión de estudios de inspiración latinoamericana. A ello podríamos agregar la existencia en México de importantes revistas y publicaciones de la época dedicadas al abordaje de debates acerca de la región, como fueron los casos de la *Revista Mexicana de Sociología*, *Cuadernos Políticos* o *Historia y Sociedad*, por nombrar algunas. En el mismo sentido, en los años setenta y comienzos de los ochenta se llevaron a cabo en la academia mexicana destacados seminarios, en los que Cueva participó en algunos casos,

abocados a problemáticas sociales y políticas latinoamericanas. Para mencionar ejemplos de temáticas disímiles en las cuales el sociólogo ecuatoriano tuvo participación, podemos recordar los siguientes eventos: el realizado en junio de 1973 en la ciudad de Oaxaca y publicado posteriormente bajo el título *Clases sociales y crisis política en América Latina*; el llevado a cabo en diciembre de 1976 en la ciudad de México, denominado *El Control político en el Cono Sur de América Latina* y publicado luego con título homónimo; y el Taller sobre “Política y sociedad en América Latina”, también desarrollado en México, esta vez entre octubre y noviembre de 1981, y publicado bajo el título *Teoría y política en América Latina*. En el primer y tercer caso Cueva participó por medio de comentarios a otras ponencias, mientras que en el segundo lo hizo a través de un trabajo propio.

Así recompone el sociólogo ecuatoriano parte del paisaje de *latinoamericanización* de la academia mexicana producido desde el año 1970:

Lo que ocurre entre tanto es bien conocido de todos nosotros: la llegada de sucesivas oleadas de exiliados y emigrados latinoamericanos que en buena parte son científicos sociales –muchos de ellos de alto nivel y experiencia- que con su quehacer cotidiano coadyuvarán no solamente al desarrollo de los estudios sobre América Latina en México, sino también al desarrollo de sus respectivas disciplinas en un plano continental (...)

Y no solo eso. El vértigo de ciertos acontecimientos políticos en América Latina, que van desde el establecimiento de dictaduras terroristas en el Cono Sur hasta el peligro de una guerra generalizada en Centroamérica, ligados a una crisis prolongada y profunda del capitalismo, hará que el interés por nuestra área vaya *in crescendo* (Cueva, 1989b: 94-95; énfasis del original).

Por otra parte, en el artículo referido explica algunas de las características de los estudios latinoamericanos producidos en México durante el período en que reside allí. En primer lugar, no se trata de trabajos producidos “desde fuera” por “latinoamericanistas” interesados en realidades ajenas y exóticas. Tampoco responden a una perspectiva de dominación. Más bien pretenden definir un objeto de estudio (en-

tendido como sujeto histórico) de carácter latinoamericano. Segundo, no están motivados por razones estrictamente profesionales, sino impulsados por una preocupación por el destino de nuestros pueblos, que no menoscaba la calidad académica, sino todo lo contrario. Asumen, sin rodeos, la dimensión política de su tarea. Tercero, poseen una creciente tendencia a la interdisciplinariedad. Y cuarto, nos habla de la adquisición de un perfil científico propio, en el sentido de construir una problemática relativamente específica, sin caer por ello en un “provincialismo” (Cueva, 1989b, pp. 95-98).

Ahora bien, si nos centramos en la figura de Cueva, y comparamos su producción intelectual en Chile y México, debemos decir que en el primero de esos países no registramos la elaboración de trabajos enfocados en problemáticas latinoamericanas. De hecho, como señalamos más arriba, en 1972, tras su paso por el país trasandino, publica *El proceso de dominación política en Ecuador*, texto dedicado a la realidad nacional ecuatoriana. Sin embargo, creemos que pese a no haber elaborado trabajos en torno a disyuntivas de América Latina, los años de estadía en Concepción significaron el contacto con un clima de discusión que colaboró con la inserción del sociólogo ecuatoriano en un *locus* epocal, coadyuvando así a su inclinación por los dilemas teórico-políticos más trascendentes de la región (Boron, 2008, p. 28).

En ese sentido, es más bien en México donde Cueva comienza a producir y publicar trabajos dedicados a América Latina y sus principales problemas. El primero de ellos, que resultara seguramente el más rutilante (si descontamos, por supuesto, su libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina*), es el artículo titulado *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*, presentado en el XI Congreso Latinoamericano de Sociología de 1974, publicado originalmente ese mismo año en la revista mexicana *Historia y sociedad*, e incluido posteriormente en el volumen *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. Decimos que aquel fue el trabajo más rutilante de esta segunda etapa de su obra, pues allí irrumpe con fuerza el espíritu de ferviente polemista que lo caracterizara, al entablar una acalorada discusión con los principales

exponentes del *dependentismo*, ubicándose en el espacio protagónico de las ciencias sociales de la región, y consiguiendo a la vez una notable repercusión. Si bien nos ocuparemos más adelante en este capítulo de analizar ese escrito, por ahora nos interesa resaltar que con él se inicia un recorrido prolífico del ecuatoriano por los dilemas teórico-políticos latinoamericanos, ingresando en este caso, en el problema teórico de la *dependencia*. No obstante, aun cuando aquel trabajo se haya convertido en uno de los más difundidos de Cueva en ese período, constituye apenas una muestra de un camino que comienza en ese entonces en México, y que encontrará al autor de *Entre la ira y la esperanza* elaborando textos y reflexiones a propósito de las disyuntivas teóricas más sustantivas para las ciencias sociales de nuestra región.

Vale mencionar, en cuanto al contexto político en el que nos vamos a insertar, que nos encontramos en un momento donde el clima de radicalización política inicia una fase de declinación. Pues en la mitad de los años setenta el panorama político de la región ya no será el mismo. El ascenso de los movimientos populares empieza a toparse con un freno abrupto y violento, provocado por los golpes militares que comienzan a azotar a América Latina, principalmente en los países del Cono Sur. De ese modo, las dictaduras también constituirán un objeto de discusión teórica que compondrá el mosaico de debates desarrollados en la academia mexicana.

Pues bien, en los próximos dos capítulos nos introduciremos entonces en aquel clima de *latinoamericanización* del debate, que en la trayectoria de Cueva se expresa en un doble movimiento: en un encuentro intenso con intelectuales de otras partes de la región y en el inicio de su dedicación a temáticas y problemas de orden latinoamericano. Una etapa que, como dijimos más arriba, empieza en el promedio de la década del setenta (para ser más exactos, con sus artículos de 1974 sobre la *dependencia* y el *modo de producción*), y se extiende hasta los primeros años de los ochenta (con la redacción de sus escritos sobre el Estado latinoamericano). Abordaremos a continuación su producción intelectual en ese clima de *latinoamericanización* de las ciencias sociales y de su pensamiento, que

se desarrollara en México en aquella época en la que ocurre en el país azteca el mencionado encuentro de intelectuales provenientes de distintas geografías de la región. Para eso dividiremos aquí esta etapa de *latinoamericanización* en el pensamiento de Cueva en dos partes. La primera la desarrollaremos en este capítulo, donde nos dedicaremos a una parte de sus trabajos cuyo *locus*, siempre en clave latinoamericana, estuvo signado por la discusión en torno de las siguientes categorías: *modo de producción, desarrollo y dependencia*. Luego, en el capítulo siguiente (el quinto), nos introduciremos en una segunda parte de sus escritos de este período, en los que predominan los debates sobre las nuevas dictaduras militares y las reflexiones acerca del concepto de Estado, atendiendo especialmente en éste último a su carácter específico en América Latina.

Dos conceptos fundamentales: *modo de producción y formación económico-social*

En las décadas del sesenta y setenta las ciencias sociales latinoamericanas, entre los múltiples debates que abordaron, se vieron atravesadas particularmente por una importante discusión teórica. Nos referimos a la controversia que en esos años se desarrollara a propósito del carácter del modo de producción existente en América Latina. En sus dos extremos la discusión enfrentaba a quienes consideraban que la región era feudal, con aquellos que sostenían su carácter capitalista. No era aquella una contienda accesorio o marginal, especialmente en el mundo de las izquierdas. Sus implicancias, más bien, resultaban sustantivas. Pues se trataba de un contrapunto que suponía trascendentes consecuencias en el terreno de la práctica política, en la medida en que la estrategia destinada a transformar el orden social dependía directamente de sus definiciones (Ansaldi y Giordano, 2012, p. 101).

La vitalidad de aquella discusión provocó que en dicha polémica intervinieran a través de sus posicionamientos numerosos intelectuales y dirigentes políticos (entre los que destacamos, por solo citar a algunos, a Sergio Bagú y Luis Vitale). Sin embargo, hubo en particular una

contienda teórica sobre el carácter del modo de producción en la región que por su intensidad y por la claridad con que estaban expresadas sus definiciones, puede destacarse como la más esclarecedora de las posiciones predominantes en el debate político-intelectual. Hablamos de la querrela que enfrentara a Andre Günder Frank y Rodolfo Puiggrós. La cual fuera desplegada en el año 1965 en México en la Revista *Gallo Ilustrado*, suplemento cultural semanal del diario *El día* de ese país²¹.

Tratemos entonces de reseñar sucintamente las líneas principales de aquel debate. Podemos anticipar que el nudo gordiano del mismo tuvo que ver con la dilucidación de las causas que explicaran el carácter del modo de producción existente en América Latina. Fue precisamente en ese punto —el de las causas que sustentaban los argumentos de cada uno de los autores— donde se encontraba el principal diferendo teórico entre Puiggrós y Frank. Pues mientras el primero afirmaba que se trataba de causas internas, el segundo se enfocaba en las externas. Más allá de este adelanto, ingresemos ahora en los respectivos argumentos.

Puiggrós, quien escribe la primera nota que da origen al debate, sostiene que el orden colonial fue el producto de una “simbiosis” entre el orden social propuesto por los conquistadores y aquel heredado de la etapa precolombina. Cuando el ex Rector de la Universidad de Buenos Aires debe caracterizar al modo de producción, afirma que es en las *causas internas*, o bien, en “el modo de producción mismo y no fuera de él”, donde debe encontrarse su aspecto definicional. Es decir que, según Puiggrós, las características que definen al modo de producción en América Latina deben buscarse al interior de sus fronteras, y no a través de elementos existentes por fuera de ellas. Tal es así que, para refutar la existencia del modo de producción capitalista, amparándose en una cita de Marx, enumera una serie de características que según él lo definen, y que ciertamente aún estaban ausentes en nuestra región (acumulación y reinversión de capital, producción mercantil desarrollada, existencia de capitalistas y obreros,

21 Los textos de esta polémica se pueden consultar en Frank (1965a, 1965b) y Puiggrós (1965a, 1965b, 1965c).

etc.). De tal manera, concluye que la ausencia de esas características imposibilita definir a nuestros países como naciones capitalistas.

Por su parte, Frank es contundente a la hora de establecer el punto de partida de su argumentación: el autor sentencia en el momento inicial de su primera intervención en el debate que la solución al problema del modo de producción existente comienza con el análisis de la inserción de América Latina en el sistema mundial. Tal es así, que Frank insiste en afirmar que cada una de las características definicionales a las cuales hace mención Puiggrós (enumeradas en el párrafo precedente), efectivamente se cumplen en nuestra región si superamos la mirada acotada a “los estrechos márgenes del marco latinoamericano”, y la suplantamos por otra que nos permita ver el fenómeno en escala mundial. Esta valoración de las *causas externas* es la que lleva al autor a sostener que es el mismo desarrollo capitalista mundial el que provoca la supervivencia de elementos feudales en América Latina.

Es esa insistente alusión al sistema mundial por parte de Frank la que genera las principales críticas de Puiggrós. Éste último, tilda de “ser inmóvil” y de “motor externo aristotélico” al factor del sistema mundial al que hace referencia la exposición de su contendiente. A tal punto, que cataloga a sus argumentos como “metafísicos”, por prestar excesiva atención al elemento externo. Por supuesto, en su segunda intervención Frank no desiste de sus explicaciones, y vuelve a cargar contra la “interioridad” de los argumentos vertidos por su adversario, para volver a sostener la relevancia de la vinculación dialéctica entre lo interno y lo externo.

Expuestas las posiciones, creemos que hay un punto en el debate en donde es Frank quien, con cierta honestidad intelectual, le quita el velo a aquello que *subyacentemente* se encontraba en discusión. El pensador mexicano-alemán cierra el tercer apartado de su primera intervención, efectuando una crítica a aquellos teóricos que pretenden explicar el desarrollo raquíptico de América Latina como consecuencia del feudalismo, para de esa forma justificar la necesidad del paso por el estadio capitalista. Es decir que, como adelantamos más arriba, el elevado nivel de agresividad que era parte del debate no se debía a cues-

tiones de índole estrictamente teóricas, sino que más bien ocultaba una feroz disputa política –en aquel momento en danza– entre, por un lado, quienes consideraban necesaria una revolución democrático-burguesa que permitiera un paso por el capitalismo para luego transitar hacia una posterior etapa socialista, y por el otro, quienes observaban que aquello no resultaba necesario, pues sostenían que las condiciones para la revolución socialista ya estaban dadas en América Latina.

Ahora bien, retornando a la obra de Cueva, debemos ubicar sus aportes sobre el concepto de *modo de producción* en el marco de estas discusiones. Pues el sociólogo ecuatoriano también realizó sus intervenciones en diálogo con este debate. En ese sentido, encontramos especialmente dos trabajos en donde aparecen desarrolladas las críticas a los términos en que se desplegó esta contienda teórica. Por un lado, en el artículo titulado *El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos*, incluido en el libro *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. Y por el otro, en el apartado dedicado al estudio de la concepción marxista de las clases sociales, que forma parte del volumen intitulado *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*.

Consideramos que la principal diferencia de Cueva con las posiciones predominantes en el debate (causas externas vs. causas internas), se encuentra en aquello que en un artículo posterior él denominara *niveles de pertinencia de las categorías*. Es decir, su disidencia se halla en el nivel de abstracción que requiere la comprensión de un fenómeno determinado en el plano de la teoría. Con tal propósito, aquel aspecto que el intelectual ecuatoriano destaca en los dos textos arriba señalados como un punto de partida para el estudio de las estructuras sociales, es el cuestionamiento del nivel de pertinencia del concepto de *modo de producción*, y por ende, el carácter problemático del estancamiento teórico y analítico en él. Su crítica reside entonces en la necesidad de llevar a cabo una distinción analítica entre dos planos diferentes de abstracción: el del *modo de producción* y el de la *formación económico-social*.

El intelectual ecuatoriano sostiene que el concepto de *modo de producción* se encuentra ubicado en un plano muy alto de abstracción, y por lo tanto, requiere ser complementado con otra categoría que permita un nivel de concreción mayor. Aquel concepto que habilita entonces a descender en el grado de abstracción es, desde su punto de vista, el de *formación económico-social*, en la medida en que permite comprender y analizar las sociedades históricamente dadas (Cueva, 1988e, p. 12). En ese sentido, en un artículo que ya hemos citado más arriba –titulado *Clase, cultura y Nación*–, define al concepto de *formación económico-social* de la siguiente manera:

Consiste en la unidad de la base con la superestructura, articulada de manera específica gracias a la presencia de un Estado que, con su acción “reguladora”, tiende a crear un espacio relativamente autónomo de acumulación, tanto en el sentido estrictamente económico del término como en el sentido más amplio de una acumulación de tradiciones y contradicciones, dotadas de un ritmo histórico particular (Cueva, 1988a, p. 141).

Descendiendo en el nivel de abstracción, ya en la *formación económico-social*, no nos encontramos con un *modo de producción* “puro”. Por lo tanto, es necesario hallar una alternativa explicativa en relación con los partidarios tanto de las interpretaciones basadas en las causas internas como en las externas. Nuestro autor sostiene que esa tercera opción, asociada a las características de las sociedades latinoamericanas, es la *articulación de distintos modos de producción*. Así, esa articulación compleja que se produce en los países de América Latina, y que se expresa en sus diferentes *formaciones económico-sociales*, la explica con estas palabras:

(...) los modos de producción se combinan siempre bajo la hegemonía de alguno de ellos, el *dominante*, que es el que imprime su carácter a la formación social en su conjunto y redefine la situación de los otros modos de producción (*subordinados*), fijándoles límites de funcionamiento y desarrollo. Mas, la índole dialéctica de esta relación hace que el modo o los modos de producción subordinados sobredeterminen, por su parte, el funcionamiento y desarrollo del modo de producción dominante,

con el cual se relacionan, por lo tanto, *conflictivamente* (Cueva, 1988e, p. 12; énfasis del original)²².

Esta valoración de la forma compleja y conflictiva de articulación de los modos de producción, expresada en las formaciones económico-sociales, da cuenta desde nuestro punto de vista de una lectura socio-lógica que escapa a los límites de la filosofía de la historia. Pues coloca en el primer plano del análisis la *riqueza y la complejidad del desarrollo histórico*. Y al mismo tiempo que evita la utilización de moldes en los cuales encajar forzosamente los casos históricos, rechaza también la tentación que Michael Löwy llamara “excepcionalista” (Löwy, 2007, p. 10). Es decir, elude la tendencia a adjudicar un carácter inédito y singular a las sociedades latinoamericanas. Desechando de esa manera una mirada que perdería de vista la inscripción de una formación económico-social en un modo de producción como el capitalista, que por sus propias características, tiene un alcance mundial.

Es interesante señalar que la interpretación de Cueva acerca del carácter del modo de producción en América Latina, tiene puntos de contacto con las lecturas que en ese entonces realizaran dos intelectuales con los que en los años ochenta tendrá agudas disidencias, polemizando

22 A la hora de realizar esta definición es evidente la influencia de Nicos Poulantzas, y en general, del estructuralismo francés sobre Cueva en lo relativo a sus ideas acerca de los conceptos de *modo de producción* y *formación económico-social*. Podemos hallar una marca de esa influencia en la familiaridad del planteo de Cueva con las siguientes afirmaciones de Poulantzas en *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*: “El modo de producción constituye un objeto abstracto-formal que no existe, en sentido estricto, en la realidad. Los modos de producción capitalista, feudal, esclavista, constituyen igualmente objetos abstracto-formales, porque tampoco poseen esa existencia. Sólo existe de hecho una *formación social* históricamente determinada, es decir, un todo social –en el sentido más amplio– en un momento de su existencia histórica: la Francia de Luis Bonaparte, la Inglaterra de la revolución industrial. Pero una formación social, objeto real-concreto, siempre original porque es singular, presenta, como lo demostró Lenin en el *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, una combinación particular, una imbricación específica de varios modos de producción ‘puros’ (...)” (Poulantzas, 1974, p. 6; énfasis del original).

con ambos en esa década de un modo permanente: José Aricó y Ernesto Laclau. El primero, en sus *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo* (publicadas de forma póstuma), reconoce los términos equivocados en que fue desarrollado el debate sobre los modos de producción, es decir, la oposición entre feudalismo y capitalismo. Autocríticamente sostiene, en ese sentido, que la discusión así planteada conducía a un “callejón sin salida”, en la medida en que el verdadero interés debía radicar, no en el modo producción, sino en el grado de diferenciación interna de las formaciones económico-sociales (Aricó, 2011, pp. 172-173). De ese modo, observa a las formaciones sociales de América Latina no como “desviaciones” en comparación con aquellas del capitalismo avanzado, ni tampoco como piezas a encajar en un rompecabezas de conceptos ya predefinidos. Las entiende más bien como expresiones diferentes de un sistema mundial, en las que distintos modos de producción conviven y al mismo tiempo se encuentran subsumidos al capitalismo, aunque éste se manifieste como modo predominante.

Por su parte, en el artículo *El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos*, expresando una mirada crítica sobre la interpretación desarrollada por André Günder Frank en sus diferentes escritos, Cueva destaca la validez del trabajo publicado por Laclau en el Cuaderno N°40 de *Pasado y Presente* (volumen titulado precisamente *Modos de producción en América Latina* y dirigido, a propósito del párrafo anterior, por José Aricó). En dicho trabajo, titulado *Feudalismo y capitalismo en América Latina*, Laclau cuestiona la posibilidad de comprender las sociedades latinoamericanas prescindiendo de las relaciones sociales de producción allí existentes, o alternatively, desestimando su vínculo con el mercado mundial. Es decir, discute con la restricción del análisis ya sea a la esfera de la producción como a la de la circulación. Si bien el filósofo argentino centra su crítica fundamentalmente en la interpretación de Frank, y por ende, en quienes colocan el foco en el campo de la circulación, entiende a ambas reducciones analíticas como equivocaciones teóricas. Así, plantea una distinción entre modo de producción capitalista y participación en el sistema capitalista mundial, para señalar la necesidad de analizar las relaciones

sociales de producción y sus características en una formación económico-social determinada, pero sin desligarlas de su inserción en el sistema mundial, ya que éste último le imprime a aquella un sello específico en su desarrollo (Laclau, 1974).

Estos sugestivos puntos de contacto, vinculados a la valoración de la complejidad y riqueza del desarrollo histórico, están íntimamente relacionados con la concepción de Cueva sobre la articulación de modos de producción. La misma tiene para nosotros un interés primordial, pues a partir de ella se desprende una conceptualización determinada de la estructura social, y en particular, de las clases sociales. En ese sentido, el sociólogo ecuatoriano afirma en *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*, que si bien las clases sociales en un modo de producción son dos, basta pensar en su articulación para comprender que ese número puede aumentar. Destaca, a su vez “(...) la *heterogeneidad* de la composición de cada clase de acuerdo con múltiples determinaciones históricas propias de la respectiva formación social, y el *desarrollo* consecuentemente *desigual* de esas mismas clases”, y prosigue: “La articulación específica de una formación social llega incluso a constituir en clase a ciertos grupos sociales que en rigor no lo serían analizados en el nivel teórico más abstracto, el del modo de producción” (Cueva, 1988e, p. 26; énfasis del original). Esto significa que pondera la forma específica en que las clases se constituyen en una formación social determinada. Un aspecto que no está desligado del carácter central que le otorga a la inscripción del problema de las clases en los procesos históricos, y en particular, en los procesos de lucha de clases. De ese modo las clases no son entendidas como epifenómenos de la estructura económica, sino en tanto verdaderos agentes sociales que en el plano de la política y la ideología tienen su propia historia.

Aparece allí otro problema de primer orden, también abordado por Cueva: el de las contradicciones de clase. El carácter heterogéneo de las clases señalado más arriba, implica, desde su perspectiva, la existencia de subdivisiones y discontinuidades que pueden hacer emerger una amplia gama de contradicciones secundarias. Mas aquello que qui-

siéramos destacar de la mirada del sociólogo ecuatoriano es su apreciación acerca de la posibilidad de que en determinadas circunstancias históricas ese tipo de contradicciones puedan convertirse en factores de primera importancia, como por ejemplo, en ocasión del desencadenamiento de una crisis de hegemonía (Cueva, 1988e, pp. 31-32). Aseveraciones que, en su conceptualización de las clases, colocan en un lugar de privilegio tanto a la dinámica histórica como al carácter conflictivo de la misma. Y que por lo tanto, otorgan a *lo político* un papel primordial en el desarrollo histórico, en la medida en que se erige como el canal a través del cual se producen las transformaciones en las condiciones materiales de la sociedad.

En síntesis, a partir del debate reseñado, Cueva plantea una distinción analítica entre los conceptos de *modo de producción y formación económico-social*. Pues a partir de ella puede ingresar en un análisis más minucioso de las clases sociales y de la unidad entre estructura y superestructura. Sin pretender encontrar una singularidad exótica en la formación social, pero prestando atención a su carácter específico. Esta lectura surge entonces de la contradicción entre modo de producción como sistema mundial y desarrollo de una formación económico social en el plano interno. Una relación que no estudió sólo en lo respectivo al concepto de modo de producción. También se extendió a sus análisis del fenómeno de la *dependencia*. Nos detendremos a continuación en los debates que desarrollara en los años setenta con los principales exponentes de las *teorías de la dependencia*.

Derivas de un “malestar teórico”: la(s) polémica(s) con los dependentistas

Tal como sostuvimos más arriba, durante la década del sesenta y comienzos de la del setenta proliferaron en nuestras ciencias sociales toda una serie de estudios dedicados a analizar el fenómeno de la *dependencia* en América Latina. Aun cuando en ese marco pueden ubicarse trabajos bien diferentes entre sí, no cabe duda que aquella problemática

(junto con la discusión presentada en el apartado anterior acerca del carácter del modo de producción) ganó la escena del debate en las ciencias sociales latinoamericanas en el transcurso de esos años. Vinculada con la situación política de nuestros países, la dependencia también se presentaba como la descripción de una situación que reclamaba tareas inmediatas de cara a la transformación radical de nuestras sociedades. Es que si bien las distintas vertientes que pueden inscribirse en el dependentismo adoptaron diversos niveles de radicalidad teórico-política, no resultaría errado sostener que las aunaban sus aspiraciones de cambio en relación con un presente y una historia de América Latina, signados por los flagelos de la explotación y la desigualdad.

Sin embargo, aun cuando las teorías de la dependencia predominaron sin dudas en la escena del pensamiento crítico regional, no todos los científicos sociales latinoamericanos se mostraron conformes con las derivas teóricas que ese grupo de trabajos iba adoptando. Comenzarían a surgir en los años setenta, en el seno mismo de la intelectualidad de izquierdas, algunas voces críticas que pretendían discutir determinados postulados característicos de los estudios dependentistas. Fiel a su espíritu cuestionador, fue la pluma de Agustín Cueva una de las primeras que irrumpió con sus posicionamientos, expresando su “malestar teórico” (como lo llamara en un texto del año 1979) en pos de dinamizar el debate. El artículo de su autoría que desató la polémica fue el ya mencionado *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*, publicado originalmente en 1974. Pero sus críticas no se ciñeron exclusivamente a ese trabajo. En otros textos también fijaría sus posturas a propósito del dependentismo. Veremos que tanto en su conocido libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, como en el artículo titulado *¿Vigencia de la anticrítica o necesidad de autocrítica? (Respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra)* (preparado especialmente para el volumen *Teoría social y procesos políticos en América Latina*), también despliega importantes indicaciones teóricas destinadas a esclarecer su mirada acerca de las teorías de la dependencia. Asimismo, señalaremos otros escritos que aun cuando no fueran producidos directamente para discutir con el depen-

dentismo, contienen afirmaciones que se inscriben en las aristas a través de las cuales ingresa en la polémica con esos enfoques.

Fueron varias las dimensiones de las teorías de la dependencia a través de las cuales Cueva polemizó con ellas. En la medida en que el abordaje de esas líneas de discusión implicaría un extenso trabajo, no podremos aquí indagar detenidamente en cada una de ellas. Intentaremos entonces en este apartado reseñar primero de forma breve algunas de las aristas del debate, los intelectuales involucrados en ellos y las posiciones críticas de Cueva. Luego, pasaremos a reponer dos aspectos sobre los que intervino nuestro autor de interés en los artículos especificados más arriba, tratando de desarrollar los nudos teóricos de sus posicionamientos.

Pues bien, debemos iniciar este recorrido por las posiciones del sociólogo ecuatoriano en torno a las teorías de la dependencia señalando que el conjunto de sus cuestionamientos se podrían articular en torno a una “defensa del marxismo” y de su vigor analítico para comprender la realidad latinoamericana. Es que su trabajo *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia* comienza sosteniendo que el dependentismo nace marcado por una doble perspectiva: la impugnación a la sociología burguesa y en conflicto con el marxismo “tradicional”. De esa manera, afirma Cueva, se constituye un “neomarxismo” al margen de las ideas de Marx, ya que según él las propuestas teóricas dependentistas solo se vuelven comprensibles al abandonar las categorías acuñadas por aquel célebre filósofo alemán (Cueva, 1979d, pp. 15-16). Coincidimos con Beigel en que buena parte de la discusión es planteada por Cueva en la clave de la recomposición de la obra de Marx y Lenin, tanto en términos de autoridad teórica, como de su pertinencia para analizar la realidad latinoamericana, otorgándole a aquellos dos pensadores una jerarquía superior en relación a cualquier otra referencia teórica (Beigel, 1995, p. 122).

En ese sentido, es importante recalcar que el registro ordenador del ejercicio del debate es el de la disputa por la palabra propia de los textos clásicos. Un registro que genera en nuestro autor una interesante paradoja. Pues por un lado, no lo conduce a adoptar una mirada dogmática, con pretensiones de *aplicar* acriticamente el legado de aquellos

autores a la discusión sobre la dependencia en América Latina. Pero al mismo tiempo, sí libra una fuerte disputa por establecer una línea demarcatoria entre quienes, desde su perspectiva, se ubican teóricamente al interior del campo marxista y quienes lo hacen fuera de él. Esta paradoja —parte de la tensión entre marxismo y América Latina—, tal como veremos en los próximos párrafos, producirá efectos disímiles en las diferentes apreciaciones que Cueva realice sobre el dependentismo.

Entonces, entrando en el terreno de los debates, el autor de *El proceso de dominación política en Ecuador* dirige una primera línea de discusión hacia las figuras de André Gúnder Frank y Rodolfo Stavenhagen. Sostiene que en los trabajos de esos dos autores las contradicciones de clase son reemplazadas por un sistema indeterminado de contradicciones nacionales y regionales, que plantean serios inconvenientes desde el punto de vista del marxismo. Ambos autores producen, desde su punto de vista, un desplazamiento en relación con la contradicción principal que debe dominar el análisis marxista: las clases sociales. De ese modo, Frank y Stavenhagen incurrir en una nebulosa conceptual, que traslada las contradicciones al plano de la nación o las regiones. En palabras de Cueva:

Este desplazamiento que convierte a los países y regiones en unidades últimas e irreductibles del análisis, es el que confiere, además, un tinte marcadamente *nacionalista* a la teoría de la dependencia, y no porque la contradicción entre países dependientes y Estados imperialistas no se dé históricamente, cosa que sería absurdo negar, sino porque un inadecuado manejo de la dialéctica impide ubicar el problema en el nivel teórico que le corresponde: esto es, como una contradicción derivada de otra mayor, la de clases, y que sólo en determinadas condiciones puede pasar a ocupar el papel principal (Cueva, 1979d, p. 18; énfasis del original).

Estas apreciaciones, vale aclarar, no implican, como señala el propio autor, quitar relevancia a la fortaleza que puede tener en situaciones concretas el nacionalismo o la batalla entre imperio y nación, sino reconocer el orden jerárquico de las contradicciones. Al mismo tiempo, ello requiere situarse en el plano de *análisis concretos de situaciones concretas*, mas sin distorsionar por ello el plano de la teoría. A modo de ejemplo,

en el *Comentario* a la ponencia de Edelberto Torres Rivas que escribiera en el marco del Seminario *Clases sociales y crisis política en América Latina*, Cueva se refiere a la situación neocolonial de algunos países centroamericanos, y cómo allí la contradicción imperio-nación asume dimensiones cruciales:

(...) la sobredeterminación externa es tan fuerte, que pasa a ocupar el primer plano en el ámbito interno, determinando el predominio de la oposición nación-imperio dentro del complejo de contradicciones sociales (del que por supuesto nunca está ausente, como determinación última, la lucha de clases) (Cueva, 1979e, p. 100).

Con esto intentamos remarcar la distinción que realiza Cueva entre diferentes niveles de análisis a la hora de efectuar sus críticas. Pues intenta delimitar férreamente los distintos planos de abstracción, especialmente la diferenciación entre la teoría y las situaciones concretas.

Este aspecto se vincula con otra de las críticas realizadas por Cueva al dependentismo. Y tiene que ver precisamente con el lugar teórico que se le otorga a la categoría de *dependencia*. Pues numerosos autores la acuñaron adhiriendo el adjetivo “dependiente” al concepto de capitalismo, produciendo de esa forma una distinción entre un “capitalismo clásico” y un “capitalismo dependiente”. E incurriendo así en el establecimiento de dos “modelos” de capitalismo, que variarían entre sí. Esto resulta interesante, pues aparece aquí nuevamente la tensión entre teoría y realidad, entre marxismo y América Latina. La pregunta que surge en el razonamiento del intelectual ecuatoriano es: ¿Cuán inédita es la realidad del capitalismo en América Latina de forma tal de tener que adherirle el adjetivo “dependiente”? Bajo esa lógica: ¿No serían todos los capitalisms ciertamente “inéditos”, al no ser unos iguales a los otros? ¿Qué obligaría a formular leyes específicas para algunos casos? En esta línea de debate, sus principales contendientes son Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, Theotonio Dos Santos, e incluso, aquel dependentista por quien Cueva expresara más respeto y del que se sintiera más cercano teóricamente: Ruy Mauro Marini. El propósito principal de nuestro autor en este aspecto de la discusión es afirmar la pertinencia teórica

del concepto de *modo de producción* y la equivocación que supondría su reemplazo por una categoría intermedia para referirse al capitalismo, bajo la adjetivación de “dependiente”. Esto no equivale a parangonar la realidad del capitalismo en América Latina con la del capitalismo europeo o el asiático, menos aún la situación que en cada uno de los casos atraviesan las clases populares. Sin embargo, desde su punto de vista, no existen razones para categorizar el capitalismo latinoamericano como un nuevo modo de producción, ni tampoco como una nueva fase del capital, tal como sería la imperialista (Cueva, 1979d, pp. 28-29).

También relacionado con los diferentes niveles de pertinencia teórica, entablaría un eje de discusión con Theotonio Dos Santos, pero esta vez a propósito de la reformulación de la teoría leninista del imperialismo. A propósito de ello, en un texto titulado *La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina*, ese sociólogo brasileiro afirma:

A pesar de que la dependencia debe ser situada en el cuadro global de la teoría del imperialismo, ella tiene su realidad propia que constituye una *legalidad específica* dentro del proceso global y que actúa sobre él de esta manera específica. Comprender la dependencia conceptuándola y estudiando sus mecanismos y su legalidad histórica significa no sólo ampliar la teoría del imperialismo sino también contribuir a su reformulación (Dos Santos, 1971, p 176; énfasis nuestro).

En contrapartida, Cueva rechaza por completo la necesidad de reformular la teoría del imperialismo, pues cree no solo que América Latina no requiere de la elaboración de una legalidad específica, sino que también sostiene la vigencia de los conceptos fundamentales de Lenin sobre la fase imperialista del capital. En ese sentido, su argumento central, siguiendo la teoría de aquel revolucionario ruso, es que el desarrollo del capitalismo como sistema mundial no ha hecho más que agudizar sus contradicciones, tensionándolas especialmente en sus áreas periféricas. Motivo por el cual no encuentra razones para reformular la teoría leninista, ya que según él, siguiendo al propio Lenin, el desarrollo del capitalismo en el Tercer Mundo profundiza las contradicciones

sociales, intensificando la opresión en las naciones más débiles (Lenin, 2004, p. 113).

No pretendemos establecer aquí un juicio definitivo acerca de estos dos últimos puntos (es decir, sobre el concepto de “capitalismo dependiente” y la teoría leninista del imperialismo), pues no constituye la materia principal de este trabajo. Sí nos parece pertinente señalar, principalmente sobre la adjetivación del capitalismo como “dependiente” que, según nuestra perspectiva, los señalamientos de Cueva al respecto quizá hayan resultado demasiado estrictos. Vale recordar: las teorías de la dependencia fueron ensayos que no lograron consolidarse siquiera como una corriente teórica. Del mismo modo que lo entiende nuestro autor –y lo reconocerá con mucho más énfasis en el cambio de contexto de los años ochenta–, aquellas teorías fueron fecundos intentos por caracterizar la realidad de nuestra región²³. Ello suponía, a la vez que utilizar categorías universales del marxismo (como modo de producción, relaciones sociales de producción, fuerzas productivas, etc.), tratar de construir conceptos intermedios que permitan inteligir realidades disímiles a las de aquellos países en que había sido producido el arsenal teórico marxista. Un esfuerzo explicativo que no implicaba, al menos en un principio, desestimar o traicionar el legado de Marx. Más bien significaba nutrirse creativamente de él para ampliar su horizonte de comprensión. Si, tal como afirma el sociólogo ecuatoriano en estos

23 En el ya citado texto *Sobre exilios y reinos, I: reflexiones sobre el desarrollo de los estudios latinoamericanos en México*, Cueva aclarará que sus posiciones críticas en los setenta se encontraban mucho más cercanas a las de los dependientistas que a las de quienes luego se erigirían, desde el campo de las derechas, como sus detractores. Pues explica allí que en sus textos no pretendía cuestionar la existencia de la dependencia, sino su manera de conceptualizarla. En sus propias palabras: “En efecto, si para muchos de nosotros estuvo claro que lo que impugnábamos era determinadas maneras de analizar el problema de la dependencia, pero sin negar que ésta existiese, para otros se trataba en cambio de echar por tierra sobre tal asunto, ocultando, por consiguiente, un hecho primordial, definitorio de los países latinoamericanos: el de ser sociedades sometidas a la explotación y dominación imperialistas, con todo lo que ello implica” (Cueva, 1989b, pp. 99-100; énfasis del original).

textos (y también en los reseñados en el apartado anterior), el concepto de *modo de producción* se presenta como insuficiente para entender la realidad latinoamericana, es menester acudir a otras categorías de menor grado de abstracción (como la de *formación económico-social*) y, por qué no también, construir otros conceptos que enriquezcan el análisis, siempre respetando los niveles de intelección que la instrumentación de una teoría supone. En ese sentido, no está demás señalar que en esta arista del debate se hace presente en las ideas de Cueva la tensión que hemos mencionado aquí en la introducción, entre un marxismo ceñido a los textos clásicos y una realidad por momentos díscola e irreverente frente a esas categorías. Tensión que en este caso no se resuelve del modo más promisorio, sino que tiende más bien a ponderar la *literalidad* de ciertas obras clásicas, en detrimento de una lectura hábil y creativa en función de fenómenos específicamente latinoamericanos.

Pero concentrémonos en otros dos puntos que creemos especialmente importantes en las críticas de Cueva a las teorías de la dependencia. El primero de ellos, la relación entre lo externo y lo interno. Es decir, aquello que el autor de *El proceso de dominación política en Ecuador*, a modo de provocación hacia Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra, llama la “articulación con la economía mundial”. En ese punto, esos dos intelectuales brasileros son sus principales interlocutores. El cuestionamiento principal hacia ellos tiene que ver con la relación mecánica que Dos Santos y Bambirra establecen en sus trabajos entre lo que denominan “factores externos” y el plano interno. Cueva explica de la siguiente manera sus diferencias contundentes con ambos autores:

Lo que he sostenido y sostengo es que la especificidad de la llamada teoría de la dependencia radica en la aplicación de un paradigma simplista, mecánico, unilateral, de análisis de los problemas latinoamericanos, que consiste en deducirlo todo de nuestra “articulación con la economía mundial”. Y que, metodológicamente adialéctico, dicho paradigma ha impedido comprender adecuadamente la organización jerarquizada de las distintas determinaciones y contradicciones de nuestro desarrollo histórico, así como de las categorías susceptibles de explicarlo (...) (Cueva, 1979f, p. 88).

Sucede que en el texto del sociólogo brasileiro arriba citado –*La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina*–, él sostiene que la dependencia, en tanto *situación condicionante*, implica que algunos países pueden expandirse y autoimpulsarse, mientras que otros solo pueden hacerlo como *reflejo* de esa expansión (Dos Santos, 1971, p. 180). Ciertamente, la utilización de la palabra *reflejo* abona al juzgamiento del dependentismo como mecanicista, unilateral y simplista. Una crítica que nuestro autor también le asestaría a Frank, de quien sostendría que en su tratamiento no dialéctico de lo externo y lo interno, la determinación externa termina resultando el único motor de la historia. Pero, vale aclarar, no todos los dependentistas acuñaron el concepto de *reflejo* para definir el vínculo entre lo externo y lo interno. En ese sentido, si bien consideramos que resultaría una mirada reduccionista definir al heterogéneo mapa de estudios sobre la dependencia en base a aquella afirmación de Dos Santos, entendemos y compartimos la preocupación de Cueva por establecer definiciones teóricas que permitan explicar en complejidad la realidad de los países latinoamericanos, comprendiendo en ella el vínculo específico que la une con el capitalismo como modo de producción, cuyo funcionamiento se produce en una escala mundial.

Ahora bien, llegamos así al punto que nos parece el más sustantivo en cuanto a las críticas de Cueva a las teorías de la dependencia. Nos referimos al lugar secundario que en ellas desempeñara la lucha de clases como factor determinante en el desenvolvimiento de los procesos históricos. Sostenemos que el despliegue del conflicto entre las clases ocupa un rol primordial en el desarrollo histórico. En definitiva, creemos que la primacía que posee en la obra del sociólogo ecuatoriano la lucha de clases a la hora de explicar los fenómenos sociales, constituye un aspecto distintivo de su capacidad para captar la ya mencionada riqueza y complejidad del desarrollo histórico. Mientras que, sostiene en *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*, ese es un factor que está ausente en las teorías de la dependencia:

En general, *es el análisis de las clases y su lucha lo que constituye el talón de Aquiles de la teoría de la dependencia*. Para empezar, los grandes y casi únicos protagonistas de la historia que esa teoría presenta son las oligarquías o burguesías o, en el mejor de los casos, las capas medias; cuando los sectores populares aparecen, es siempre como una masa amorfa y manipulada por algún caudillo o movimiento populista (...) Además, no deja de ser sintomático el hecho de que, en la década pasada, no se haya producido un solo libro sobre las clases subordinadas a partir de aquella teoría (Cueva, 1979d, pp. 24-25; énfasis nuestro).

Una crítica que también se hace presente en *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Si bien allí el sociólogo ecuatoriano subraya la importancia de la fase imperialista del capital como condicionante del carácter asumido por el desarrollo latinoamericano, no la concibe como un determinante absoluto. Más bien comprende a los factores externos como sobredeterminantes internos de cuya configuración depende el desarrollo de la historia, pero no como un “Deus ex machina” (Cueva, 2009, p. 146). Sostiene que la historia particular de América Latina se inscribe en la historia mundial, mas no de una forma pasiva, sino asumiendo su propio dinamismo. La correlación de fuerzas entre las clases y el desarrollo de la lucha de clases en el plano nacional son dos aspectos que Cueva destaca como factores explicativos, que dan cuenta de las disimilitudes entre diferentes modalidades de desarrollo. Es ésta una pulsión de interés en el intelectual oriundo de Ibarra, relacionada con la centralidad de lo político y con su sensibilidad para analizar los procesos latinoamericanos: las formas del desarrollo, aun con sus sobredeterminaciones, no constituyen caminos ineluctables. Resultan, más bien, *alternativas históricas*.

En esta misma línea de reflexión, creemos interesante recuperar un contrapunto que estableciera la socióloga mexicana Raquel Sosa Elizaga entre Agustín Cueva y Ruy Mauro Marini, a propósito de sus diferencias teóricas. Pues creemos que es muy apropiada su lectura acerca de la atención colocada por el ecuatoriano en las luchas políticas y el Estado, dos aspectos quizá descuidados por el brasilero. Una distinción entre ambos que, coincidimos plenamente con Sosa Elizaga,

seguramente haya estado relacionada con la formación teórica de sendos autores. Pues mientras Marini se formó rigurosamente en la economía política, Cueva lo hizo en la historia latinoamericana, el análisis sociopolítico y los textos de coyuntura de Marx y Lenin. Vale la pena reproducir *in extenso* las palabras dedicadas a ese contrapunto por la socióloga mexicana:

En lo esencial, y hasta donde puedo recordarlo, la discusión enfrentó, en primer lugar, a un intérprete de *El Capital* con un lector de los análisis políticos y de coyuntura de Marx y Lenin. A la demanda de Marini de reconocer como rasgos estructurales del trabajo la sobreexplotación y la dependencia, que determinan una condición peculiar en la formación capitalista de nuestra región, Agustín [Cueva] respondió con el convencimiento de que no existía aquí sino la aplicación de las leyes generales del capitalismo y exigió, en cambio, un estudio del lugar de las luchas políticas, de las consecuencias precisas de los agrupamientos nacionales y, antes que nada, de la identidad derivada de la historia de cada una de nuestras sociedades latinoamericanas. Si el capitalismo latinoamericano comparte, indudablemente, con el de otras regiones, tendencias y determinaciones propias de ese modo de producción, no puede dejar de reconocerse que existe una gran distancia entre la *experiencia histórica* de Perú, Argentina o Brasil, respecto a Francia o Suiza, y que esa misma distancia se presenta cuando estudiamos, en particular, alguna de las formaciones económico sociales de nuestro subcontinente. Por estas razones, nuestros países requieren de una cirugía analítica reconstructiva mucho más densa que la de la mera ubicación de su identidad económica como “países dependientes” (Sosa Elizaga, 1991-1992, pp. 6-7; énfasis del original).

Por lo tanto, el conocimiento de Cueva acerca de las formas disímiles que asumió en América Latina una común inserción subordinada en el mercado mundial, le impiden adoptar una visión mecanicista, y lo invitan a investigar en profundidad en el modo en que se ha producido el desarrollo en la región. Esa intensa búsqueda por comprender en detalle la diversidad del desarrollo capitalista en América Latina, atendiendo a la vez a su contradictoria unidad, la indagaremos en el siguiente apartado,

recorriendo algunos aspectos específicos del libro más célebre en la obra de Agustín Cueva: *El desarrollo del capitalismo en América Latina*.

La vía oligárquico-dependiente: una forma de desarrollo y construcción nacional

Decíamos más arriba que según nuestra perspectiva existe en la obra de Cueva una preocupación latente por el estudio minucioso de las realidades nacionales. Asimismo, sosteníamos que la forma de concebir las clases sociales presente en el autor remite a una mirada en complejidad acerca de la riqueza del desarrollo histórico. En ese sentido, aquel trabajo de su itinerario intelectual que quizá mejor exprese ambos aspectos teóricos sea *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Pues se trata de una investigación pormenorizada del despliegue del modo de producción capitalista en la región, enriquecido por una variada cantidad de ejemplos históricos que recorren toda la geografía latinoamericana.

Quisiéramos comenzar el repaso por este célebre trabajo – que probablemente, por sus múltiples ediciones, traducciones a otros idiomas y premios recibidos, pueda ser catalogado como un escrito *clásico* de la tradición del pensamiento crítico latinoamericano– recuperando un pasaje del mismo que establece una indicación metodológica de relevancia para el conjunto de dicha obra, en tanto expresa una forma de leer y comprender la manera particular en que se desarrolla el capitalismo en América Latina. Sostiene allí:

(...) no cabe olvidar que el desarrollo del capitalismo no es otra cosa que el desarrollo de sus *contradicciones* específicas, es decir, de un conjunto de *desigualdades* presentes en todos los niveles de la estructura social. En este sentido, su modalidad de desarrollo en América Latina no constituye propiamente una infracción de la regla, sino más bien una realización “extremista” de la misma (Cueva, 2009, p. 99; énfasis del original).

Esto significa que desde el proceso de acumulación originaria y de expansión del capitalismo en nuestra región –Cueva ubica esta última en el último tercio del siglo XIX– se desarrollan toda una serie de contradicciones que en lugar de hablarnos de cierta excentricidad latinoamericana, nos remiten más bien a una forma particular de desarrollo capitalista, que como tal, produce sus contradicciones específicas. Bajo el prisma de esta indicación metodológica el sociólogo ecuatoriano se detiene entonces a estudiar aquella forma *extremista* de realización de la regla del desarrollo capitalista que se despliega en América Latina, y presta especial atención a un problema que consideramos central en la historia de nuestra región: la formación de las naciones.

Llevando a cabo una lectura que privilegia la dimensión histórica, se remonta al momento de la acumulación originaria en América Latina, y destaca dos aspectos que la caracterizaron, y que por ende, condicionarían los procesos de construcción nacional: 1) el hecho de no implantarse mediante una revolución democrático-burguesa; y 2) la subordinación a la fase imperialista del capitalismo. Así, el establecimiento de una nueva vinculación entre las metrópolis y las áreas periféricas conformó en la región economías primario-exportadoras *complementarias* del capitalismo industrial de los países centrales, que configuraron una forma específica de desarrollo del capitalismo en Latinoamérica. Esa manera latinoamericana de desarrollo capitalista es denominada por nuestro autor *vía oligárquico-dependiente*. Y es definida por un modo de desarrollo: lento y lleno de tortuosidades; mayor en extensión que en profundidad; que varía en razón inversa del grado de hibridez de las relaciones sociales; en donde la plusvalía absoluta predomina por sobre la relativa; que impide la conformación de un mercado interno a nivel nacional; y que repercute a través de dos efectos en la estructura social: la rémora en la constitución de un proletariado moderno y en la conformación de una burguesía realmente moderna (Cueva, 2009, pp. 83-86).

A la vez, la mencionada presencia del capital imperialista tiene efectos importantes en la forma del desarrollo, en tanto produce una

desnacionalización de la economía latinoamericana, una deformación del aparato productivo local (al ubicarse en puntos estratégicos para el desarrollo de las economías metropolitanas) y una succión del excedente económico. Además, esta especialización demandada por las metrópolis, provoca serias distorsiones en el aparato productivo, en la medida en que genera una hipertrofia de las actividades primario-exportadoras, y a su vez, una atrofia de las actividades destinadas al consumo interno (Cueva, 2009, pp. 93-98). Esto se combina con una burguesía local que, entrelazada con la aristocracia terrateniente, asume un carácter rentista, obrando en detrimento de un desarrollo productivo diversificado²⁴.

En ese sentido, recogiendo lo mencionado en los párrafos precedentes, el intelectual ecuatoriano sostiene que la formación de los estados nacionales en la región también asumió un carácter específico, en tanto se llevó a cabo en el contexto socio-histórico arriba señalado (fase imperialista del capital y ante una burguesía heredera de una estructura económica y social con escaso desarrollo de las fuerzas productivas y basada en la servidumbre y la esclavitud). Así, los nacientes estados tuvieron que cumplir la tarea de construir las naciones en territorios donde no existía una coherencia orgánica ni cierta homogeneidad de la sociedad como conjunto. Motivo por el cual debieron producir un fuerte despliegue de autoridad y violencia que permitiera unificar aquello que hasta ese entonces se encontraba notoriamente disperso. Tal es la razón por la cual Cueva sostiene que el autoritarismo del Estado constituye muy especialmente en América Latina una potencia económica. Con sus propias palabras: “(...) la intervención de la *coacción extraeconómica* estatal es un elemento tan activo como indispensable para la implantación del capitalismo y su reproducción” (Cueva, 2009, p. 136; énfasis del original).

24 Vale destacar que la caracterización de las burguesías latinoamericanas realizada por Cueva remite nuevamente a la figura de Mariátegui. De hecho, el ecuatoriano cita textualmente al *Amauta* para sentenciar que aquella clase social se define en América Latina más por el concepto de la renta que por el de la producción (Cueva, 2009, p. 86).

Dicho Estado, que es denominado *liberal-oligárquico*, es considerado una superestructura cerrada y absolutista, cuyo objetivo histórico fue el de vencer todo tipo de resistencia para la implantación de las relaciones sociales capitalistas. Mas aquello que en particular nos interesa destacar del análisis sobre el fenómeno estatal realizado en *El desarrollo del capitalismo en América Latina* es la relevancia otorgada a la acción específica del Estado en lo económico. En otras palabras, consideramos fundamental el rol asignado allí a lo estatal en tanto fundador de la nación en sociedades donde la hibridez de las relaciones sociales implicaba la inexistencia de condiciones nacionales. Así, en sociedades heterogéneas en las que se articulan diversos modos de producción, y donde por ende, existe una presencia abigarrada de las clases sociales, el Estado asume un papel crucial. Esta centralidad estatal es explicada de la siguiente manera por Raquel Sosa Elizaga, a través de su caracterización de la *vía oligárquico-dependiente*:

La particularidad de esta vía estriba en la combinación, económicamente rentable, aunque políticamente explosiva, de diversas formas de explotación del trabajo para favorecer a una acumulación capitalista asociada a los monopolios industriales, comerciales y financieros internacionales. La precariedad de las relaciones sociales en formaciones como estas obliga al Estado a asumir un papel central en la conducción de la economía, así como en la contención de los conflictos políticos (Sosa Elizaga, 1991-1992, p. 7).

Nos interesa subrayar un aspecto importante a propósito del concepto de *vía oligárquico-dependiente* al que nos hemos venido dedicando en estas páginas. Nos referimos a que su conceptualización se desprende de la idea de una *vía júnker de desarrollo*, tal como fuera concebida en la teoría de Lenin. Ciertamente, ello podría a primera vista ser interpretado como una operación mecánica, infecunda para analizar la realidad latinoamericana, al replicar un modelo teórico difícilmente utilizable para comprender el desarrollo de América Latina. Sin embargo, creemos que aun estando en presencia de un lenguaje ceñido a la obra de Lenin, su instrumentación es parte de una conceptualización general, cuya orientación pretende trascender una lectura *literal* con respecto

a la que formulara el autor de *El Estado y la revolución*. Tal es así que, desde nuestro punto de vista, el empleo de las *vías* tal como fueran concebidas por Lenin, no obstruye el propósito principal del texto, al existir en este trabajo un anclaje profundo en la historia de América Latina. Sucede que cada capítulo del libro, con sus ejemplos y datos históricos respaldatorios, favorece un direccionamiento del trabajo en función de las principales problemáticas latinoamericanas que se propone abordar. Ese orden lógico, que establece el problema de forma anterior a la utilización de la teoría, impide que ésta última sea *aplicada* a los hechos y se convierta en un obstáculo para la comprensión de los fenómenos que Cueva busca explicar. De hecho, en esta ocasión nuestro autor despliega una *lectura creativa* de las categorías leninistas, al construir un concepto nuevo (el de *vía oligárquico-dependiente*), más adecuado a la historia de nuestra región.

Otro concepto que es parte del debate teórico en este libro es el de *crisis*. El cual es abordado en referencia con la discusión allí desarrollada acerca de los efectos en América Latina de las crisis que se producen en los centros capitalistas. En primer lugar, Cueva rechaza la idea de que las crisis en el centro puedan generar *per se* situaciones económicas favorables en las áreas periféricas de cara al emprendimiento de un proceso de industrialización. Por el contrario, sostiene que la tendencia general de las potencias es descargar los costos sobre las espaldas de los países dependientes. De ese modo, la idea de una sustitución de importaciones favorecida por la crisis del centro es impugnada por el sociólogo ecuatoriano. En tal sentido, afirma lo siguiente:

A nuestro juicio la tendencia general del capitalismo es más bien la de transferir el costo de las crisis de las áreas metropolitanas a las áreas dependientes; y es natural que así sea puesto que éstas constituyen, por definición, el punto más vulnerable del sistema. Lo cual no quiere decir que sean entidades pasivas, incapaces de generar fuerzas que eventualmente contrarresten o por lo menos atenúen dicha tendencia, a través de una lucha de clases que produzca los efectos pertinentes (Cueva, 2009, p. 165).

Nuevamente, esta vez en relación con el problema teórico-político de la *crisis*, aparece en el pensamiento de Cueva la centralidad de la lucha entre las clases. En un artículo que ya hemos citado más arriba, publicado en 1976 (es decir, un año antes que *El desarrollo del capitalismo en América Latina*), dedicado al análisis del gobierno de Rodríguez Lara en Ecuador, el autor plantea ideas muy similares sobre las crisis. Allí afirma que el *crack* de 1929 lejos de producir desarrollo industrial, generó más bien un colapso económico sin precedentes en la región, como consecuencia de la vulnerabilidad característica de los países que se insertan de un modo dependiente en el sistema mundial. Lo cual no equivale a inferir que sus impactos fueron calcados en todos los países. En ese sentido, Cueva acude al ejemplo histórico de Chile. Y plantea que el país trasandino resultó una excepción en cuanto a su proceso de industrialización, en la medida en que en aquellos años, fruto de la lucha de masas, logró encarar políticas de planificación económica e industrialización en el marco del gobierno del Frente Popular.

En la misma línea de reflexión, en el mencionado texto de 1976, da una definición del vínculo entre crisis capitalista, repercusiones en la periferia y lucha de clases:

Por sí solas, las crisis económicas del centro imperialista no hacen más que producir efectos negativos en las áreas dependientes, a menos que una lucha de clases concreta, precipitada o favorecida por la coyuntura crítica, abra el cauce para que las tendencias revolucionarias o siquiera progresistas impulsen el desarrollo de las formaciones sociales en que actúan, sobre la base de determinada evolución previa de las fuerzas productivas (Cueva, 1976b; p. 825).

Entonces, Cueva afirma que las crisis no se expresan de una forma transparente. Las características de las formaciones económico-sociales en que repercuten tienen un papel trascendental a la hora de desarrollar el modo en que una crisis produce su impacto. Así, no solo influye fuertemente la estructura social, sino también las fuerzas sociales que allí se desenvuelven. Nuestro autor no deja de señalar por ello que la lucha de clases y la productividad de la política entran en acción muy

especialmente en tiempos de crisis, condicionando el impacto de los cimbronazos causados en los centros imperialistas. Las salidas de las crisis constituyen, por lo tanto, *alternativas históricas*.

Lo mismo puede decirse acerca de su posición en relación con los intelectuales y dirigentes políticos que entendían a la revolución democrático-burguesa como una necesidad histórica. En primer lugar, como dijimos más arriba, se diferencia de aquellas posturas políticas que consideraban imprescindible un paso por el capitalismo para luego producirse la revolución socialista, pues como ya hemos señalado en este apartado, Cueva ubica la implantación del capitalismo, aun cuando fuera bajo una modalidad oligárquico-dependiente, en el último tercio del siglo XIX. Por lo tanto, desde su punto de vista, América Latina ya era capitalista. En segundo lugar, rechaza la posibilidad de que necesariamente el paso de una economía agraria a una industrial requiera una revolución democrático-burguesa. Afirma: “Ésta es desde luego una *alternativa* histórica, mas no una necesidad ineluctable del desarrollo del capitalismo (...)” (Cueva, 2009, p. 149; énfasis del original).

Pues bien, habiendo hecho en este apartado un repaso por el concepto de *vía oligárquico-dependiente* y sus repercusiones en la forma de concebir la construcción de las naciones y el desarrollo capitalista en América Latina, desde nuestro punto de vista existen toda una serie de apreciaciones y conceptualizaciones en *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, que muestran una inclinación por el estudio detallado de la realidad de nuestra región, considerando sus contradicciones y asincronías. Un estudio minucioso de América Latina que permitió la inhibición de ciertas barreras teóricas, cuya emergencia resultaba posible en la pluma del sociólogo ecuatoriano, al ceñirse con apego a determinadas categorías de los clásicos del marxismo.

La indagación en problemáticas específicamente latinoamericanas, así como su inscripción en la historia y las luchas en las diversas latitudes de la región, marcan una tendencia en el análisis que se puede advertir en las siguientes características del libro: una inclinación hacia la valoración de la riqueza del desarrollo histórico, el rechazo a las ex-

plicaciones de la historia como un destino ineluctable, y la ponderación de la lucha de clases en el plano nacional como un factor sustantivo del análisis sociopolítico. De esa manera, consideramos que en *El desarrollo del capitalismo en América Latina* tiene pleno vigor aquella vocación que constituye una pulsión clave en la obra de Agustín Cueva: la de comprender los problemas de lo político y lo nacional en América Latina. La cual, por lo tanto, coloca una marca indeleble tanto a su principal estudio sobre el desarrollo del capitalismo en nuestra región como al conjunto de su obra.

Capítulo

5

Latinoamericanización del debate (II): aportes teóricos sobre las nuevas dictaduras militares y el concepto de Estado

“El Estado, decía Marx, es ‘el índice de las luchas prácticas de la humanidad’, índice que como sabemos cristaliza en estructuras de dominación de una clase sobre otra u otras. Quién ejerce el dominio sobre quién y de qué manera lo hace son por lo tanto las interrogaciones esenciales en la esfera de lo político”.

(Agustín Cueva, en *Elementos y niveles de conceptualización del fascismo*)



Erika Hanekamp y Javier Ponce, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión en la presentación del libro de Fernanda Beigel “Agustín Cueva: Estado sociedad y política en América Latina”, CCE, 1995.

Los años sesenta, tras el impulso de la Revolución Cubana, fueron protagonistas de una agudización creciente de la lucha entre las clases en las diversas partes de la región, ya sea por medio de movimientos políticos nacional-populares o de carácter socialista. Ese clima de radicalización se extendió durante los primeros años de la década del setenta, en los que despuntó como máxima expresión en América Latina el proceso chileno de la Unidad Popular. Pero el golpe militar ocurrido en ese país en 1973 daría inicio a una ola de dictaduras, que se expandiría hacia otras naciones de la región, completando el panorama previo que ya presentaba gobiernos de facto en países como Paraguay o Brasil. De esa manera, en el final de los setenta el Cono Sur latinoamericano estaba invadido por dictaduras militares cuya instauración venía a colocar un freno al mencionado avance popular.

En un artículo titulado *América Latina en el último quinquenio: 1976-1980*, publicado en 1980 en la revista *Araucaria* (cuyo Director, desde el exilio, era el dirigente comunista chileno Volodia Teitelboim), Cueva retrata de la siguiente forma el paisaje político que reinaba en la región en los últimos años de la década del setenta:

Un breve recuento de la situación de América Latina al comenzar la segunda mitad de la década pasada [la del setenta] sirve para recordarnos el panorama hartamente deprimente que caracterizaba a la región en aquel entonces. La dictadura militar del país más importante del subcontinente, el Brasil, parecía estar plenamente consolidada al cabo de doce años de ejercicio del poder y dotada de una gran capacidad de expansión en todos los órdenes. En Bolivia, país tradicionalmente turbulento, la dictadura de Banzer tenía vicios de haber impuesto, por fin, un orden estable proimperialista. Uruguay y Chile sufrían, por su parte, los más rigurosos efectos de los regímenes fascistas instaurados desde 1973; mientras en la Argentina el gobierno de la señora Estela Martínez de Perón se desmoronaba, dando paso a la férrea dictadura del general Videla. Sojuzgado por la tiranía de Stroessner desde 1954, el Paraguay no hacía más que corroborar el trágico cuadro del Cono Sur de América Latina (Cueva, 1980, p. 7).

No hacen falta mayores precisiones para afirmar que el contexto latinoamericano resultaba, en ese entonces, bastante sombrío. Sin embargo, en materia teórica, dicha situación concitó un profundo interés en la intelectualidad crítica de la región, ligado tanto a la necesidad de explicar el fenómeno de las dictaduras emergentes, como a reflexionar sobre la estrategia que debían adoptar los movimientos populares en los diferentes países, con el objeto de acabar con los regímenes de facto y reinstaurar condiciones favorables de lucha de cara a la transformación del orden social.

Por esa razón, el fin de los setenta y comienzo de los ochenta no resultó residual en términos de producción teórica. Por el contrario, aquellos años en nuestras ciencias sociales fueron sumamente prolíficos en varios aspectos. Nos interesa recuperar aquí, en función de la trayectoria intelectual de nuestro autor, dos campos de discusión y aporte teórico en los que estuvo involucrado, y que nos legan valiosas contribuciones en materia de teoría política. El primero de ellos, referido a la caracterización de las dictaduras. Una polémica que estuvo marcada por el debate sobre la pertinencia de la categoría de *fascismo* (acompañada, según el autor que la empleara, por distintos adjetivos como “dependiente”, “primario”, “del subdesarrollo”, entre otros) en tanto vehículo explicativo de la etapa política por la que estaban atravesando los países de la región.

En segundo lugar, hablamos de la conceptualización del Estado, y en particular, de la especificidad latinoamericana del fenómeno estatal. Pues tal como sostiene Norbert Lechner, en la segunda mitad de los años setenta hasta el comienzo de los ochenta, el Estado se convierte en el eje aglutinador de la investigación social en América Latina (Lechner, 2006a, pp. 349-350). En la *Presentación* del libro titulado *Estado y política en América Latina* –publicado en 1981, en el que compilara artículos escritos por destacados intelectuales latinoamericanos– el mencionado politólogo chileno-alemán explicaba con claridad la relevancia del estudio del fenómeno estatal en nuestra región por aquellos años:

Las dificultades por precisar qué y cómo es el estado capitalista *sui generis* en la región revelan un “déficit teórico” que contrasta con la movida lucha política. Precisamente porque los conflictos en las sociedades latinoamericanas siempre involucran al estado, su insuficiente conceptualización deja de ser un asunto académico. Presumo que a las recientes crisis políticas no les es ajena una crisis del pensamiento político (Lechner, 2000, p. 7; énfasis del original).

Creemos importante señalar, por lo tanto, que los aportes teóricos de Cueva a propósito de las dictaduras militares en América Latina y sobre el fenómeno estatal en la región no constituyeron contribuciones aisladas. Como lo hemos sostenido en el comienzo del capítulo anterior, estuvieron más bien inscriptas en un campo de discusión que aglutinó a buena parte de la intelectualidad crítica, residente en aquel entonces fundamentalmente en la academia mexicana. De ese modo, trataremos de reconstruir la participación de Cueva en esos debates, estableciendo un diálogo con otros científicos sociales que también intervinieron en aquellas controversias.

Discusiones teórico-políticas a propósito de las nuevas dictaduras militares en América Latina

La polémica acerca de la caracterización de las dictaduras militares emergentes y ya establecidas en la región para la segunda mitad de los años setenta, tuvo un papel protagónico en el debate de la intelectualidad crítica latinoamericana. En ese sentido, Cueva dedicó varios artículos al abordaje de esta cuestión, los cuales fueron publicados en distintas revistas o libros, aunque luego serían compendiados de forma conjunta en la segunda parte del volumen de su autoría *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. Si bien pueden desprenderse de esos escritos diferentes facetas de análisis del fenómeno dictatorial (como el contexto político, las especificidades nacionales, la política económica, etc.), consideramos que dos de esos trabajos resultan de especial interés. Por un lado, nos referimos a aquel que fuera publicado inicialmente en la *Revista Mexicana de Sociología* en el año 1977, en forma contigua a

un artículo del politólogo argentino Atilio Boron (abocado al mismo problema y destinado precisamente a polemizar con Cueva y otros intelectuales que acuñaron el concepto de *fascismo*). Por la otra parte, aludimos a la exposición en una mesa redonda del seminario realizado en la UNAM, y convocado bajo el título “Las fuentes externas del fascismo”, que compartiera con Theotonio Dos Santos y Ruy Mauro Marini, y que luego fuera publicada en la revista *Cuadernos Políticos*.

El primero de esos dos trabajos es aquel que posee mayor densidad teórica. Pues allí, el sociólogo ecuatoriano no solo establece una definición del fascismo, sino que también explica los motivos por los cuales tal categoría, desde su perspectiva, resulta apropiada para caracterizar a los nuevos regímenes políticos en América Latina. Es decir, se concentra en brindar precisiones conceptuales acerca del nivel de abstracción que supone la utilización de la categoría de *fascismo*, y en función de ello, explica su pertinencia para la comprensión de la nueva realidad latinoamericana.

En ese sentido, para introducir la pertinencia de la categoría de *fascismo*, intenta distinguir las implicancias de la adopción del marxismo como matriz analítica, en relación con las consecuencias que supondría la adscripción al corpus weberiano. Según Cueva, esa elección teórica significa desechar la construcción de un *tipo ideal*, útil para evaluar situaciones que pueden presentar rasgos afines. Alternativamente, partiendo de un punto de vista marxista, sostiene:

En cambio, si uno se coloca en una perspectiva de análisis marxista la cuestión se plantea en términos radicalmente distintos. Ya no se trata de construir modelos “culturalmente” significativos ni de trabajar con categorías puramente descriptivas, sino de empezar operando una distinción neta entre lo que es *objetivamente esencial* y aquello que no lo es, de acuerdo con la teoría materialista y dialéctica y mediante la aplicación de sus categorías más adecuadas a la naturaleza del fenómeno que se busca analizar. Lo que interesa en el caso de regímenes como los del Cono Sur de América Latina es, pues, conocer su *esencia*, y no por mero capricho intelectual sino porque ese conocimiento es de vital importancia para la acción política (Cueva, 1979g, p. 165; énfasis nuestro).

De esa manera, el sociólogo ecuatoriano se ocupa de precisar aquello que según él es *objetivamente esencial* en el concepto de *fascismo*. Es decir, se concentra en marcar las características definicionales de ese fenómeno. Así, desde su punto de vista, los elementos esenciales del fascismo son los siguientes: 1) ser una dictadura en la que el sector monopolístico de la burguesía tiene el predominio; 2) adquirir un carácter terrorista produciendo un cambio cualitativo en la forma de dominación y en la forma de Estado, operando una ruptura radical con las formas democrático-burguesas; 3) ser ejercido en lo fundamental contra la clase obrera; y 4) aparecer, de acuerdo con lo señalado oportunamente por el dirigente comunista italiano Palmiro Togliatti, como “el remedio infalible en donde el capitalismo atraviesa por una crisis y teme un colapso”. Elementos cuya estructura básica radica en un rabioso anticomunismo (Cueva, 1979g, pp. 165-166).

Por supuesto, esto no significa que Cueva considere a las distintas dictaduras latinoamericanas como “repeticiones” de los fascismos europeos (principalmente de los casos de Italia y Alemania). Tampoco implica que las entienda a todas ellas como iguales entre sí. Para clarificar su posición, vale la pena citar de manera extendida sus propias palabras al respecto:

Dentro de la unidad que constituye el fascismo hay obviamente margen para la diversidad, y ello por una razón más que no cabe olvidar: el desarrollo dialéctico de la historia, determinado por la lucha de clases, hace que nunca se den superestructuras “químicamente” puras, cristalizadas de una vez por todas. Se trata siempre de *procesos* en que diversos elementos se combinan de manera compleja, produciendo ciertamente rupturas de orden cualitativo sin las cuales sería imposible hablar siquiera de distintas formas de Estado, pero abriendo al mismo tiempo un abanico de gradaciones y matices (...)

Entre el plano de lo esencial-universal y el de las singularidades concretas existe además un plano intermedio, el de la particularidad, que el análisis materialista no puede pasar por alto. En el caso de América Latina, esta particularidad está dada por el hecho de tratarse de países subdesarrollados y dependientes, con una economía atrasada, deforma-

da y que ocupa una posición siempre subalterna en el seno de la constelación capitalista-imperialista mundial (Cueva, 1979g, p. 171; énfasis del original).

Es decir, el *fascismo* resulta, según Cueva, un concepto con validez universal a partir de determinadas características que lo definen como tal, pero a su vez permite comprender bajo su órbita diversas realidades que son fruto de la imaginación histórica, más aún por tratarse de un fenómeno del orden de las superestructuras.

Pues bien, en base a esta caracterización se pueden desprender al menos dos líneas de debate con otras posiciones teóricas. La primera de ellas se halla vinculada al grado de relevancia del régimen político en la definición del contexto latinoamericano, y en función de ello, la pertinencia de la categoría de *fascismo* para conceptualizar lo que estaba ocurriendo en ese entonces en América Latina. La segunda está relacionada con el nivel de abstracción del concepto de *fascismo*. Es decir, en qué medida tal categoría, nacida en Europa en la tercera década del siglo XX, podía ser utilizada para describir una situación histórica como la de nuestra región en la tercera parte de ese mismo siglo, en formaciones económico-sociales disímiles e insertas de un modo diferente en el sistema mundial.

La primera de esas dos líneas de discusión –sobre el grado de relevancia del régimen político– se desarrolla en contrapunto con el economista brasileño Ruy Mauro Marini, en el marco de la mencionada mesa redonda llevada a cabo en la UNAM en 1978. Allí, Marini sostiene que las dictaduras son el fruto de un proceso latinoamericano que tiene tres vertientes: el cambio de estrategia global norteamericana, con la consecuencia en el plano militar de la formulación de una doctrina de contrainsurgencia; la transformación estructural de las burguesías criollas, desarrollándose una burguesía monopólica vinculada estrechamente al imperialismo; y el ascenso del movimiento de masas, al que la burguesía debe enfrentar con ímpetu. Ahora, desde su perspectiva, las dictaduras militares son la expresión formal del Estado, mas no la esencia del mismo. Así, el economista brasileño afirma que en América

Latina nos encontramos en presencia de *Estados de contrainsurgencia*, cuya característica principal es la conducción conjunta de la dirección estatal por parte de las Fuerzas Armadas y el capital monopólico, más allá de su expresión formal y coyuntural como dictaduras.

El *Estado de contrainsurgencia*, consecuencia de una reacción contrarrevolucionaria de la burguesía en la región, se define por la distinción entre dos ramas de decisión emergentes en la esfera estatal. La hipertrofia ejecutiva del Estado se presenta a través de una rama militar (Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas y órganos del servicio de inteligencia) y una rama económica (ministerios económicos, empresas estatales de crédito, producción y servicios). Ambas ramas confluyen en el Consejo de Seguridad Nacional, órgano cúspide de este experimento estatal. De ese modo, el *Estado de contrainsurgencia* consagra la alianza entre las Fuerzas Armadas y el capital monopólico, constituyendo un poder al margen de las instituciones básicas del clásico Estado burgués, como son las legislativas y judiciales. Sin embargo, este Estado no necesariamente tiene que ser una dictadura, puede también configurar, según Marini, un régimen civil (como en aquel entonces en Venezuela).

Según nuestro modo de ver, en las siguientes palabras del autor de *Dialéctica de la dependencia* se encuentra explicada su visión acerca del papel que desempeña el régimen político en la definición de la etapa latinoamericana:

En síntesis, el Estado de contrainsurgencia es el Estado corporativo de la burguesía monopólica y las Fuerzas Armadas, independientemente de la forma que asuma ese Estado, es decir, independientemente del régimen político vigente. Dicho Estado presenta *similitudes formales* con el Estado fascista, así como con otros tipos de Estado capitalista, pero *su especificidad está en su peculiar esencia corporativa y en la estructura y funcionamiento que de allí se generan*. Llamarlo fascista no nos hace avanzar un paso en la comprensión de su significado (Marini, 1978; énfasis del original).

Creemos importante señalar dos cuestiones vinculadas a estas definiciones de Marini. Por una parte, si bien realiza algunas observacio-

nes, no se dedica a establecer con precisión una definición de *fascismo*, de modo tal de cuestionar con rigurosidad las posiciones que identificaban a las dictaduras latinoamericanas con esa forma de Estado. Tan solo señala que mientras los fascismos no defendieron la democracia burguesa, los gobiernos de facto de nuestra región erigieron su excepcionalidad precisamente en defensa de ella. Si tomamos en consideración que la mesa redonda fue titulada precisamente “Las fuentes externas del fascismo”, y que tal era el tópico central del debate teórico, el desarrollo de mayores detalles sobre la categoría de *fascismo* hubiese resultado útil para clarificar su posicionamiento.

En segundo lugar, vimos más arriba que Cueva destaca entre los rasgos esenciales del fascismo la ruptura radical con las formas democrático-burguesas. Hay allí una valoración sustantiva del significado que supone un quiebre en el régimen político y la forma estatal. No sucede lo mismo con Marini. La conceptualización de un *Estado de contrainsurgencia* no halla su fundamento en lo que el economista brasileño llama “la expresión formal del Estado”. Más bien reclama, como observamos en la cita más arriba, la independencia de aquel Estado con respecto al régimen político. Según nuestra mirada, esa desestimación del aspecto formal del Estado, o bien del régimen político, constituye un severo error analítico. Pues no coloca la atención merecida sobre el papel que desempeña en determinados contextos la dimensión coercitiva del Estado en el ejercicio de la dominación capitalista, y en particular, en el marco de momentos de excepcionalidad en el mapa de correlaciones de fuerzas. Ello no significa quitar relevancia al carácter común que pueda tener en toda la región la intervención norteamericana, la fase de acumulación de capital o el sector hegemónico de la burguesía (aunque hayan existido en ese sentido notorias diferencias entre los países). Implica más bien otorgar a la forma estatal el lugar que le corresponde en el análisis, pues de lo contrario, la falta de atención y rigurosidad conceptual en ese punto, puede tener sensibles consecuencias en materia de estrategia y acción política. Creemos contundentes en ese sentido las reflexiones de René Zavaleta en un texto del que nos ocuparemos en profundidad más adelante:

Ahora bien, se nos ocurre que prestar poca atención a la diferencia que se da entre el Estado como esencia y el Estado como práctica o aparición es ya un grave error, es cierto que cada vez menos frecuente. Pero lo es aún más, acarreando consecuencias nefastas, el no distinguir (esto tiene una importancia ya estructural) entre una manera y otra que adquiera la práctica estatal; para decirlo en otros términos, el grado de democracia con que se ejerza la dictadura. *Los oprimidos que no aprenden a discriminar entre un momento u otro de la clase dominante, tampoco tienen los elementos para distinguir sus propios momentos* (Zavaleta, 1990c, p. 11; énfasis nuestro).

Desplazándonos ya hacia la segunda línea de debate, como señalamos más arriba, ella estuvo relacionada con el nivel de abstracción e historicidad del concepto de *fascismo*. Si bien el trabajo más elaborado teóricamente al respecto es sin dudas el ya mencionado de Atilio Boron que fuera publicado en la *Revista Mexicana de Sociología*²⁵, también el boliviano René Zavaleta escribió interesantes aportes a propósito del tema.

Como mencionamos más arriba, el punto central que distancia a Boron de la conceptualización del fascismo realizada por Cueva es la concepción que aquel tiene de tal categoría como expresión histórica, en contraposición con la utilización que hiciera el ecuatoriano como concepto abstracto-formal. Así, Boron sostiene el carácter histórico del fascismo como una forma del Estado capitalista de excepción (diferente de otras, como el bonapartismo o las dictaduras militares). Desde su punto de vista, según la perspectiva dialéctica el fascismo constituye una forma específica de contrarrevolución burguesa. Mas no cualquier forma de reacción de las clases dominantes, sino una modalidad muy particular de ella. Por lo tanto, la preocupación principal del politólogo argentino es cuestionar críticamente a quienes acuden al concepto de *fascismo* al observar regímenes plenos de represión y terror, diluyendo

25 Si bien dicho artículo, titulado *El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina*, fuera publicado originalmente en esa revista mexicana (en el número 2 de abril-junio, 1977), aquí utilizaremos la versión del mismo trabajo que forma parte del libro *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, que compila diferentes artículos de Boron.

en esa dimensión coercitiva tal categoría, e ignorando de esa manera las determinaciones que supone analizar sociedades capitalistas como las latinoamericanas, dotadas de características particulares (Boron, 2003, pp. 43-48).

En ese sentido, el texto de Boron despliega un análisis sistemático, ordenando argumentalmente su exposición a través de tres pasos sucesivos. El primero: definición del fascismo como categoría histórica. Segundo: descripción de la nueva modalidad de acumulación de capital en el contexto latinoamericano en el que emerge el fenómeno de las nuevas dictaduras militares. Tercero: caracterización de los nuevos regímenes políticos dictatoriales en América Latina.

De ese modo, presenta las siguientes definiciones del fascismo como categoría histórica: 1) se sitúa históricamente en el período de maduración y crisis de la fase clásica del imperialismo; 2) existía ya en su contexto histórico un notable desarrollo del capitalismo de resultados del cual la burguesía monopólica nacional emergió como la fracción predominante de la economía, no así con la primacía en la superestructura política. El fascismo fue, entonces, un reacomodo de fuerzas sociales; 3) el modelo de acumulación capitalista requería necesariamente la búsqueda y el control de los mercados exteriores; 4) el Estado fascista se edificó sobre los escombros de una frustrada ofensiva revolucionaria de la clase obrera y sobre los hombros de una masiva movilización de la pequeña burguesía; 5) la ideología fascista, a pesar de su carácter de “amalgama contradictoria”, representó un intento de sustitución de la vieja ideología liberal; y 6) reestructuración del aparato estatal y las relaciones entre las clases (Boron, 2003, pp. 59-61).

A la hora de establecer una comparación entre dichas definiciones sobre el fascismo y la situación latinoamericana, Boron afirma que el punto de partida para ello es observar con detenimiento los cambios operados en el escenario internacional. Es decir, comprender la modalidad específica bajo la cual comienza a desarrollarse la acumulación capitalista tras la crisis ocurrida en los años sesenta. Para ello, destaca las siguientes características de esa nueva modalidad de acumulación:

a) masivas inversiones en las ramas más dinámicas del sector industrial; b) elevadas tasas de ganancia del sector “concentrador y dinámico” de la economía, mantenidas a través de una serie de mecanismos (por ejemplo: reducción de salarios reales y anulación de derechos laborales) que contrarrestaron los efectos negativos derivados de la elevada composición orgánica del capital; c) recorte de los ingresos de los asalariados en favor de la burguesía; d) orientación de la producción local más sofisticada a los mercados externos; y e) redefinición de las funciones económicas del Estado hacia la creación de condiciones favorables para la atracción de empresas transnacionales (Boron, 2003, pp. 65-67).

Por lo tanto, señala Boron, la reorganización económica y social que reclamaba el despliegue de la nueva modalidad de acumulación no podía ser llevada a cabo en las condiciones propias del sistema democrático-burgués. La reestructuración económica requería cancelar, al menos temporariamente, las libertades democráticas, de modo tal que las clases dominantes pudieran implementar con menor dificultad las medidas que les resultaban necesarias. Todo eso, aunque su costo fuera la aplicación de la represión y el terror que caracterizara a los regímenes políticos instaurados en los años setenta en América Latina.

Considerando el nuevo escenario internacional y la modalidad específica de acumulación capitalista en la periferia, el politólogo argentino se encarga de repasar las características de los nuevos regímenes políticos dictatoriales en América Latina, y con ellas, sus diferencias en relación a las experiencias históricas del fascismo: 1) se sitúan en una fase de la evolución del capitalismo monopólico, signada por la emergencia de un gran conglomerado transnacional, concentrado e internacionalizado; 2) ascenso a la posición hegemónica por parte de la burguesía monopólica transnacional; 3) ausencia de una base de masas que sirva de apoyo (más allá del respaldo de ciertos sectores de la población); 4) no elaboraron una ideología totalitaria, que apele a los justificativos ideológicos del nacionalismo, la autarquía y la soberanía; 5) surgimiento de la Fuerzas Armadas como el partido orgánico de la gran burguesía monopólica (Boron, 2003, pp. 69-80).

Para finalizar, Boron denomina a estos regímenes como un *Estado militar*. Y explica esa conceptualización de la siguiente manera:

(...) lo que deseamos enfatizar aquí es que el “Estado militar” es la alternativa histórica al fascismo, la “solución actual” que genera la nueva fase del desarrollo capitalista en la periferia. Refleja otro tipo de crisis económica, política e ideológica para otra alianza de clases dominantes en una nueva modalidad de acumulación. Existe, claro está, un “aire de familia” entre el fascismo y estos regímenes dado que ambos son formas reaccionarias de excepción del Estado capitalista y expresan la contrarrevolución burguesa que pretende resolver una crisis orgánica en distintos momentos. Pero ahí se acaba su semejanza (Boron, 2003, p. 83; énfasis del original).

En síntesis, considera que la represión y el terror como características de un Estado de excepción capitalista no resultan elementos suficientes para definir al fascismo. Pues éste último estuvo constituido por ciertos rasgos históricos, que en la nueva modalidad de acumulación de capital, y en el marco de sociedades periféricas y dependientes, no pueden ser replicados utilizando un criterio abstracto-formal. Así, el concepto de *Estado militar*, según Boron, permite visualizar con mayor claridad las características de los nuevos regímenes políticos en América Latina.

Por su parte, también René Zavaleta realizó interesantes contribuciones en esta polémica. Desde nuestro punto de vista, sus aportes resultan complementarios a los llevados a cabo por Boron. Pues ciertamente, el intelectual boliviano no trabaja teóricamente y de manera específica sobre la historicidad de la categoría de *fascismo*. A su vez, sus ideas están expresadas en artículos de menor extensión y planteadas con mucha menor sistematicidad que las del politólogo argentino. Sin embargo, consideramos que sus trabajos desarrollan una arista de análisis del fenómeno fascista a la que Boron no dedica plena atención. Nos referimos al abordaje del vínculo entre fascismo y cuestión nacional, como un punto de divergencia entre los regímenes de excepción en Europa y en América Latina. Un aspecto que, tal como señaláramos más arriba, se relaciona íntimamente con la centralidad que Zavaleta otorga a la cuestión nacional en el conjunto de su obra.

Entonces, para abordar los aportes de Zavaleta podemos concentrarnos en dos textos de su autoría: *El fascismo y la América Latina* (1976) y *Notas sobre fascismo, dictadura y coyuntura de disolución* (1978). En ambos el pensador boliviano establece como eje vertebral del análisis la continuidad (o discontinuidad) entre formación del Estado Nacional e instauración de la democracia burguesa, entendiendo a este último como aquel régimen político que permite el “mejor” desenvolvimiento del desarrollo capitalista. Precisamente, además de la primacía del capital monopólico, es ese vínculo entre Nación y democracia burguesa el que estructura su definición del fascismo. Como explica el propio Zavaleta en sus *Notas sobre fascismo...*:

Fue Hilferding el que definió al fascismo como “el intento de organizar en forma totalitaria el conjunto de la vida social de acuerdo a los intereses del capital monopólico”. Pero es además un fruto característico de los países que han llegado tarde a la conformación de los datos de base de un proceso capitalista y que, como consecuencia de tal rezagamiento, no se instalan con solidez y soltura en lo que se puede llamar la normalidad del Estado capitalista, que es la democracia burguesa. Lo decisivo, a nuestro modo de ver, está en la proximidad que hay entre la resolución tardía de la cuestión nacional y la precoz aparición del capital financiero, hecho que tiene también su causa en lo anterior (Zavaleta, 1990c, p. 3).

Vemos cómo la construcción tardía de la Nación constituye, según el autor boliviano, un punto de apoyo fundamental para el desencañamiento de procesos fascistas. Porque la forma no democrático-burguesa de conformación nacional permite la emergencia de movimientos de masas consustanciados con el cumplimiento, precisamente, de las tareas nacionales. Tal es el motivo por el cual Zavaleta sostiene que el fascismo está ligado, a la misma vez, a las necesidades del capital monopólico (tal como afirmara Hilferding) y a la deriva ideológica que asuma la pequeña burguesía ante un contexto de crisis general. Ésta, ante la falta de viabilidad de un proyecto estatal de las clases subalternas, tiende a reaccionar en esos contextos de acuerdo con sus reflejos esenciales como clase (es decir, identificándose con la burguesía). Por ende, según Zavaleta, los fascismos se caracterizan por irrumpir en momentos de

crisis en aquellos países de Europa donde la construcción de la Nación no se ha producido de un modo revolucionario, democrático-burgués, sino de forma tardía y “desde arriba”. Allí, entonces, las tareas nacionales inconclusas son retomadas por movimientos de masas que pretenden saldar esa deuda histórica. Mas lo hacen en contextos críticos, y en los que el desarrollo del capital monopólico se encuentra en condiciones de sepultar el capitalismo de libre concurrencia y su ideología liberal.

Pues bien, Zavaleta comprende al fascismo como una forma de Estado que es consecuencia de condiciones coyunturales y anómalas del capitalismo. Porque como sucede con cualquier forma dictatorial, éstas últimas no constituyen la manera más favorable de desarrollo de ese modo de producción. Ahora bien, al momento de analizar la pertinencia del concepto de *fascismo* para categorizar las nuevas dictaduras en América Latina, el boliviano sostiene que no alcanza con la adopción de modalidades fascistizantes en cuanto a la desorganización del movimiento popular y el tipo de organización del Estado para afirmar que se ha instalado el fascismo. Más bien considera que la utilización de dicha categoría para nuestra región puede generar algunas dificultades (Zavaleta, 1988b, p. 207).

En ese sentido, Zavaleta se instala en la especificidad de los procesos dictatoriales latinoamericanos, estableciendo como elemento primordial del análisis el hecho de que nuestra región ha estado históricamente sometida a la dominación del imperialismo norteamericano. Pues esa presencia imperial, ha resultado una causa central para la inconclusión de las tareas nacionales, y más aún, para el carácter excluyente que asumieron nuestras naciones. Por lo tanto, el cumplimiento de esas tareas difícilmente hubiera podido estar asociado a los intereses norteamericanos y los capitales monopólicos. Así, Zavaleta plantea una distinción entre el fascismo como proyecto, como movimiento de masas y como estructura de poder. Tres rasgos que, más allá de la posibilidad de existencia de un proyecto fascista, no se han dado de forma conjunta en tierras latinoamericanas. Para brindar mayor claridad al respecto, creemos útil citar *in extenso* las palabras del autor de *Lo nacional-popular en Bolivia*:

Lo fundamental a nuestro modo de ver, si ahora retomamos la cuestión del fascismo es distinguir entre el fascismo como proyecto o proposición social, del fascismo como movimiento de masas y el fascismo como estructura de poder (...) en el caso de las dictaduras latinoamericanas actuales se configura una situación en la que el proyecto de quienes detentan el aparato del Estado no se funda en un movimiento de masas y, por consiguiente, no compone una estructura fascista de poder. Esto tiene su origen a nuestro modo de ver en la *proposición extrínseca que tiene ese proyecto* (...) Es verdad sin duda que *la cuestión nacional no está concluida en los países de América Latina. Pero no lo está precisamente por la presencia imperialista. Por lo tanto, las masas no pueden plantear el tema en la política sino bajo la forma de movimientos de liberación nacional. En esas condiciones, el enlazamiento entre capital monopólico y la cuestión nacional no puede producirse y ésta es la razón por la cual ninguno de los proyectos fascistas emitidos desde el poder ha podido manifestarse como movimiento de masas, y por consiguiente, tampoco como estructura de poder.* Han sido proyectos que no han obtenido legitimación ideológica al nivel de las masas (Zavaleta, 1990c, pp. 15-16; énfasis nuestro).

La imposibilidad de construcción de un movimiento de masas resulta fundamental en la conceptualización de Zavaleta. Pues tal movimiento no puede erigirse en función de un proyecto que a todas luces se muestra excluyente y subordinado a intereses extrínsecos, pero principalmente, contrarios a los de las mayorías en el plano de la nación. Esa es la principal diferencia entre los casos de Europa y América Latina: mientras los primeros tenían una vocación imperial-anexionista, que permitía la ligazón con el capital monopólico, los segundos se caracterizaron por la dependencia y la sujeción a los intereses del imperialismo norteamericano. En su artículo *El fascismo y la América Latina*, el intelectual boliviano es contundente al respecto:

Por otra parte, en lo que resulta un hecho central para explicar las imposibilidades tanto de este esquema como de sus símiles continentales, es menester darse cuenta de que *aquí el fascismo no nace como un proyecto nacional. Es un golpe de estado dado por una minoría racista, antipopular y bajo el apoyo y la convocatoria masiva del imperialismo norteamericano.* Cualquiera que sepa algo de fascismo asumirá que el origen extranacio-

nal del proyecto es algo que atenta contra sus propias posibilidades de integración orgánica (Zavaleta, 1988b, p. 209; énfasis nuestro).

En resumidas cuentas, creemos que Zavaleta introduce el problema nacional como el eje vertebral del análisis de la cuestión del fascismo en América Latina, ensanchando la mirada en relación con el nuevo escenario internacional y la transformación en la modalidad de acumulación capitalista que da origen a estos regímenes de excepción. Por eso, desde nuestro punto de vista, el abordaje de la dimensión nacional brinda un enriquecimiento a los aportes esclarecedores que realizara Boron acerca de la caracterización de las dictaduras latinoamericanas de los años setenta.

Pues bien, para cerrar este apartado nos toca ahora exponer nuestra mirada acerca de los aporte de Agustín Cueva en esta polémica. Con respecto a la línea de debate establecida con Marini, entendemos que la posición del ecuatoriano resulta apropiada y rigurosa. Más allá del carácter determinante de la modalidad de acumulación de capital y del papel represivo de las Fuerzas Armadas en el nuevo contexto, la ruptura del orden democrático-burgués no puede constituir un dato accesorio. El régimen político es un aspecto sustantivo que repercute notablemente en la lucha política, pues establece las condiciones en las cuales las clases subalternas disputan el poder. En ese sentido, Marx en diversos trabajos fue contundente a la hora de señalar que la apariencia de las cosas juega un rol crucial en el desenvolvimiento de la sociedad burguesa. Ciertamente el papel del proletariado y sus organizaciones es precisamente develar la esencia de la dominación que se esconde detrás de las expresiones formales, mas ello no significa que las formas resulten secundarias, pues en definitiva esa es una operación característica de la sociedad capitalista: la existencia de movimientos aparentes. Tal como sostiene el politólogo argentino Guillermo O'Donnell (1977) en sus *Apuntes para una teoría del Estado*, cuando el Estado capitalista funciona por medio del uso directo de la violencia, queda al descubierto su carácter co-constitutivo en el ejercicio de la dominación y desnuda asimismo su condición de clase, invalidando de ese modo su presunta imparcialidad. Por lo tanto, el régimen político no puede resultar un

elemento independiente sino que ocupa un lugar trascendental en la conceptualización del poder del Estado, más allá de la utilización de la categoría de *fascismo*. Por eso, creemos que en ese punto el sociólogo ecuatoriano caracterizó a las dictaduras latinoamericanas de una manera adecuada.

Pero la discusión más enriquecedora consideramos que fue la entablada con Atilio Boron. Allí, desde nuestro punto de vista, fue el argentino quien se aproximó al fenómeno de un modo más atinado. No obstante, pensamos que aquí nuevamente se hace presente en Cueva la tensión entre la tendencia a utilizar categorías universales y la realidad latinoamericana. Pues resulta curioso en este sentido que el ecuatoriano en sus textos reconoce muchos de los aspectos a los que Boron hace alusión. Sin embargo, termina primando su insistencia en acuñar categorías con pretensiones de universalidad (en este caso la de *fascismo*), antes que la especificidad latinoamericana. Decimos que esto resulta curioso, ya que como señalábamos más arriba, Cueva no desconoce la diversidad de formas en que los regímenes de excepción pueden expresarse. Tampoco desestima el modo en que ellos se realizan en América Latina. Así, en su intervención en la mesa redonda llevada a cabo en la UNAM, sostiene:

(...) el concepto de fascismo no cierra en modo alguno, las posibilidades de análisis de cada situación nacional, con todas las determinaciones y peculiaridades específicas que pueden presentar. Al menos *en la perspectiva marxista la categoría de fascismo es una categoría abierta a la historicidad* (...) (Cueva, 1979h, p. 177; énfasis nuestro).

Lo mismo podemos decir acerca de algunas ideas que repasáramos de Zavaleta. En ese sentido, Cueva presta atención a las características que asumen las dictaduras en vistas de la condición dependiente y subdesarrollada de América Latina. Asimismo, observa como un factor determinante la presencia del imperialismo en la región. Tal es así, que al igual que aquel autor boliviano, se encarga de señalar la imposibilidad de los regímenes latinoamericanos de presentar una faz nacionalista, en la medida en que existen férreos nexos que ligan a las dictaduras con

la burguesía imperialista. Por eso, afirma Cueva, en nuestras naciones dependientes, el Estado y sus fuerzas represivas cumplen la función de un ejército imperialista de ocupación, en “guerra interna” contra el conjunto del pueblo (Cueva, 1979i, pp. 147-149).

En definitiva, evaluando la utilización del concepto de *fascismo*, creemos que Cueva incurre en aquel equívoco que Antonio Gramsci, en sus *Notas sobre el ensayo de sociología popular de Bujarin* pertenecientes a sus célebres *Cuadernos de la cárcel* denominara *idealismo especulativo*. Una operación que significaba para Gramsci desarrollar una teorización en base a clasificaciones y conceptos empíricos, luego *aplicados* a otros contextos socio-históricos, produciendo de esa forma un “idealismo al revés”, por medio del cual tales clasificaciones terminan resultando “tan abstractas y antihistóricas” como las categorías especulativas (Gramsci, 2003, p. 142).

De cualquier modo, como consecuencia del conocimiento riguroso que Cueva posee sobre la realidad latinoamericana, dicha operación no deriva en una lectura histórica y política mistificada e imprecisa del fenómeno que busca analizar. Por ese motivo, aun cuando consideramos que en esta polémica los aportes de Boron y Zavaleta resultaron teóricamente más precisos que los de nuestro autor, creemos que los diversos artículos escritos por el ecuatoriano acerca de los regímenes dictatoriales instaurados en América Latina en la segunda mitad de los años setenta presentan elementos esclarecedores para la conceptualización e intelección de ese fenómeno político que en aquel entonces experimentara la región.

“Crear un hueco”: reflexiones teóricas sobre el concepto de Estado en clave latinoamericana

En el contexto de las dictaduras militares instauradas en América Latina en la segunda mitad de la década del setenta también tiene lugar un fructífero diálogo latinoamericano en torno de la cuestión estatal y de lo político, en el que reciben una especial atención las especificidades que

guarda la expresión de dichos fenómenos en nuestra región. Así, en los últimos años de los setenta y los primeros de los ochenta, podemos encontrar interesantes aportes de intelectuales latinoamericanos a propósito de estas “problemáticas de las superestructuras”. Agustín Cueva no va a resultar ajeno a ese intercambio. También va a realizar sus contribuciones en ese plano, algunas de ellas vertidas en sus textos sobre la cuestión del fascismo ya mencionados en el apartado anterior, y otras en artículos posteriores. En este apartado destacaremos principalmente un trabajo suyo que consideramos de enorme valía en relación con la conceptualización de lo político y lo estatal, titulado *El Estado latinoamericano en la crisis del capitalismo*. El mismo fue publicado en 1981 en la revista mexicana *Investigación Económica*, y varios años más tarde incluido en el volumen *América Latina en la frontera de los años 90*, esta vez bajo el título *El Estado latinoamericano y las raíces estructurales del autoritarismo*.

Nos interesa además aquí, no solo exponer los conceptos que Cueva desarrollara sobre estos fenómenos, sino también poder tender puentes entre ellos y las contribuciones realizadas por otros intelectuales latinoamericanos en el mismo contexto. Pues, tal como hemos señalado más arriba junto con Lechner, el Estado y lo político se convirtieron en el marco de las dictaduras en un eje aglutinador de la investigación social en América Latina, no llenando, sino “creando un hueco” en la teoría política latinoamericana, en vistas del insuficiente tratamiento del fenómeno estatal en los estudios elaborados hasta entonces en dicha materia. Por lo tanto, consideramos que las ideas del sociólogo ecuatoriano en este tópico forman parte de un clima de reflexión epocal que nutre a –y es al mismo tiempo nutrido por– otros intelectuales. Así, en las siguientes páginas intentaremos reponer los aportes que creemos más valiosos del ecuatoriano y reseñar a su vez contribuciones de otros científicos sociales de la región que plantearon conceptualizaciones en el mismo horizonte de trabajo.

Entonces, detectamos en las reflexiones de Cueva en este contexto cuatro ejes de reflexión acerca del Estado y lo político. El primero de ellos se vincula con la pregunta acerca de la existencia (o no) de una

teoría general del Estado. Esto es, en qué medida lo estatal puede ser conceptualizado en el mismo nivel de abstracción, por ejemplo, que el modo de producción. El segundo eje tiene que ver con la especificidad del Estado en América Latina, es decir, su naturaleza y sus determinaciones. El tercero consiste en la definición del propio concepto de Estado, centrándose principalmente en sus dimensiones de análisis como condensación de relaciones de fuerza y de contradicciones sociales. Y el cuarto se refiere al significado de los regímenes políticos en el ejercicio de la dominación capitalista.

Comenzando por el primer eje, Cueva se pregunta si es correcto evaluar la posibilidad de dilucidar la problemática del Estado latinoamericano a partir de una teoría del Estado “en general”. Pues en definitiva, sostiene, sería como afirmar que a un modo de producción determinado le corresponde un *tipo de Estado*. Es decir, cuestiona la fertilidad teórica de afirmar que al modo de producción capitalista le corresponde un Estado capitalista con el fin de reproducir dicho modo de producción como tal. El interrogante, nuevamente, se vincula con el nivel de pertinencia de un grado alto de abstracción, esta vez para el análisis de las superestructuras. Es que ciertamente, la función del Estado capitalista es reproducir en escala ampliada ese modo de producción. En definitiva, ello es lo único que define a dicho Estado como tal. Mas su expresión formal, su presencia concreta, es imposible de deducir en un nivel tan elevado de generalidad.

Al mismo tiempo, Cueva inscribe sus reflexiones sobre el aspecto formal de las superestructuras, en su inserción en el capitalismo como sistema mundial. Pues desde su perspectiva, las tareas a cumplir por la dimensión estatal no pueden desvincularse del desarrollo capitalista que se produce al interior de una nación, la cual por supuesto, se relaciona tanto con la intensidad de la lucha de clases al interior de sus fronteras como con su ligazón al sistema imperialista. En sus propias palabras:

Y es que el Estado capitalista sólo existe en cuanto forma ya concreta, como Estado capitalista de determinada formación económico social, con todas las determinaciones histórico-estructurales allí presentes, re-

sultado tanto de un específico desarrollo interno como del lugar que cada formación ocupa en el seno del sistema imperialista. Y es precisamente la configuración de cada formación la que determina en última instancia la forma del Estado capitalista, de acuerdo con el grado de intensidad y desarrollo de las contradicciones acumuladas en su interior, de la posibilidad objetiva de atenuación o acentuación de las mismas, y de las tareas (*funciones concretas*) que de allí se desprenden para la instancia estatal (Cueva, 1981, p. 259; énfasis del original).

La *forma* concreta del Estado capitalista se vislumbra, según Cueva, al nivel de la formación económico-social. Aparece en ese sentido una cercanía con respecto a las reflexiones que en materia de teoría del Estado realizara René Zavaleta en los comienzos de los años ochenta. Dicho intelectual boliviano postula la infertilidad de una teoría general del Estado, pues la considera impertinente en cuanto al nivel de abstracción necesario para analizar ese fenómeno. De tal manera, propone la utilización de categorías intermedias que permitan describir con mayor rigurosidad la autonomía de lo político. En esa sintonía, en su artículo titulado *El Estado en América Latina*, Zavaleta realiza la siguiente crítica a los estudios de la *escuela lógica*:

Ahora bien, el ciclo de rotación, o la generalización de la forma valor, o el desdoblamiento de la plusvalía, nos dan la medida en que se obtienen sus resultados, es decir, el grado del Estado o la dimensión de totalización, pero no nos explican el carácter de los mismos (...) En otros términos, es por esto que las categorías intermedias, predominantemente históricas, como formación económico-social, bloque histórico, superestructura, hablan de la diversidad o autoctonía de la historia del mundo y en cambio el MPC [modo de producción capitalista] considerado como modelo de regularidad se refiere a la unidad de esta historia o mundialización de la historia. Esto mismo es sin duda un obstáculo, no meramente argumental para una “teoría general” (Zavaleta, 1990b, pp. 168-169; énfasis del original).

Por supuesto, este aspecto está vinculado con el segundo eje de reflexión sobre el fenómeno estatal que mencionáramos al comienzo: el Estado en América Latina. Pues ambos autores en definitiva, de mane-

ra explícita o implícita, cuando señalan la impertinencia de una teoría general del Estado, están pensando en la necesidad de profundizar el análisis sobre lo estatal en función de las características concretas que aquel asume en la realidad latinoamericana.

En esta dimensión, Cueva otorga un papel principal al carácter dependiente de las sociedades de la región. Es que para el autor de *Entre la ira y la esperanza*, la definición del Estado y sus características no puede escindirse del rol que esa nación desempeña en el sistema mundial. Pues las reflexiones del ecuatoriano sobre lo estatal se enmarcan en la teoría leninista del imperialismo. La especificidad latinoamericana está dada, en parte, por su inserción en un sistema imperialista, el cual tiene fuertes repercusiones en el establecimiento de funciones estatales.

Al mismo tiempo, existen otros dos factores que van a influir poderosamente en la naturaleza del Estado capitalista en América Latina. Nos referimos, por una parte, a la forma en que en nuestros países se produce la construcción de los Estados nacionales. Esa *vía reaccionaria*, tal como la describiera el propio Cueva en *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, dotada de signos autoritarios y despóticos para garantizar la unificación e integración económica, va a impactar en el desenvolvimiento de las tareas estatales. Por otra parte, hablamos de sociedades heterogéneas donde, como observáramos en el capítulo anterior, están articulados distintos modos de producción, y por lo tanto, se conforma una compleja estructura de clases.

Pues bien, el carácter dependiente y subdesarrollado de América Latina, repercute en todos los niveles de la sociedad, incluido en la esfera estatal, estructurando sus competencias y funciones. Así lo define el intelectual ecuatoriano, inscribiendo sus reflexiones en la tesis leninista de la agudización y acumulación de contradicciones en las áreas periféricas del capitalismo:

(...) las áreas de mayor acumulación de contradicciones (“eslabones débiles”) coinciden con el espacio de los países llamados subdesarrollados y dependientes. Lo que es más, creemos legítimo sostener que es aquella

acumulación la que define el carácter de estos países, no sólo en lo que a su base económica concierne sino también y correlativamente en lo que atañe a su instancia estatal. En efecto, ésta *se constituye como una superestructura sobrecargada de “tareas”* en la medida en que: a) tiene que asegurar la reproducción ampliada del capital en condiciones de una gran heterogeneidad estructural (...); b) tiene que llevar adelante ese proceso de reproducción en medio de un constante drenaje de excedente económico hacia el exterior (...); y c) tiene que imponer cierta “coherencia” a un desarrollo económico-social inserto en la lógica general de funcionamiento del sistema capitalista imperialista, cuando a veces ni siquiera está concluida la tarea de integración de un espacio económico nacional y de la nación misma (Cueva, 1981, p. 260; énfasis nuestro).

Resulta de sumo interés, desde nuestro punto de vista, cómo nuestro autor articula sus aportes sobre el Estado con el problema de la dependencia. Pues creemos que esa fue una relación (Estado-dependencia) que había sido relativamente descuidada por las teorías de la dependencia, en sus distintas vertientes. Sin embargo, hay ciertos aportes del pensamiento latinoamericano, contemporáneos a estas ideas de Cueva, que desarrollan reflexiones en un sentido similar.

Aun cuando se enmarque en una perspectiva teórica diferente, entre esas reflexiones encontramos, por una parte, las del sociólogo mexicano Sergio Zermeño. En un artículo titulado *Las fracturas del Estado en América Latina*—que forma parte de la ya mencionada compilación realizada por Lechner bajo el nombre *Estado y política en América Latina*— Zermeño se esfuerza en explicar que en el capitalismo tardío la esfera estatal es la única capaz de afrontar la difracción que se produce entre economía y sociedad. Sólo el Estado en los países latinoamericanos es quien puede cohesionar los desgarramientos profundos que han sido provocados en el tejido social como consecuencia de la injerencia y primacía de una lógica externa de acumulación de capital. Son las demandas que provoca esa dislocación economía-sociedad, entonces, las que dictan la especificidad del Estado en América Latina.

En especial para el caso de los países de “modernización temprana”, el sociólogo mexicano afirma que producto de las sucesivas crisis de

hegemonía y de la incapacidad hegemónica de los actores sociales primordiales, en ellos el Estado resulta un espacio de “plena concurrencia”. Tanto las clases populares como las dominantes acuden al Estado para saldar sus intereses, convirtiéndose lo estatal en un requisito indispensable para la consecución de cualquier proyecto social. Sostiene Zermeño en relación al lugar de lo político y lo estatal en América Latina:

Se puede hablar así de una sobrepolitización, en el sentido de que todo pasa por el estado (sin que por ello éste se vea fortalecido), pero también de una desocialización de la dinámica histórica latinoamericana, en el sentido de que el enfrentamiento entre las clases o fuerzas sociales es sumamente débil o se orienta inmediatamente hacia la presión política. En fin, es como si todos los actores decidieran lanzarse a un tiempo al control del estado, destrozándose entre ellos las cabezas, en ese embudo invertido (Zermeño, 2000, p. 73; énfasis nuestro).

Esta idea de “sobrepolitización” remite desde nuestro punto de vista al mismo problema que señalara Cueva al hablar de una *sobrecarga de tareas* en el orden de la superestructura. Asimismo, quien brinda una explicación interesante acerca del papel del Estado en la región, en el cuadro de un vínculo con lo externo que establece funciones concretas a lo estatal, es Norbert Lechner, en su ya clásico trabajo *La crisis del Estado en América Latina*. Existe desde nuestra perspectiva un aspecto que en Lechner signa la especificidad del Estado latinoamericano. Nos referimos a la coexistencia de la hegemonía externa con la heterogeneidad estructural. El intelectual chileno-alemán explica que la dinámica de la sociedad latinoamericana está marcada por el factor externo, al estar situada en el proceso mundial de valorización del capital. Mientras que, al mismo tiempo, sostiene que la ausencia de una praxis social común ha impedido la construcción de una hegemonía interna que estableciera una razón social unitaria.

De dicha caracterización Lechner obtiene, al menos, dos conclusiones. Por una parte, afirma que la inexistencia de una praxis social común obstaculiza la posibilidad de un Estado que se erija como representante de los intereses conjuntos de la Nación. Lo estatal, por ende, no

se constituye como un espacio de mediación social. Ello redundando en una primacía del Estado *qua* aparato estatal, es decir, en un predominio del momento de la dominación. A su vez, la coexistencia de heterogeneidad estructural y hegemonía externa, configura una doble dimensión del Estado en América Latina. Hacia afuera, nos encontramos con un Estado débil. Hacia adentro, con un Estado fuerte. En palabras del propio Lechner:

En América Latina, el Estado se encuentra a la vez más y menos excluido, más y menos dependiente de la Sociedad Civil, según consideremos uno u otro elemento. Considerando que el proceso de acumulación pasa por el circuito del mercado mundial, el poder político sólo puede ser un organizador y un garante del proceso de producción. El Estado se encuentra más excluido de la Sociedad en cuanto el motor del proceso económico radica fuera del territorio estatal, en el mercado mundial (...) En cambio, si consideramos la heterogeneidad estructural, el Estado aparece menos excluido y menos dependiente de la esfera económica (...) No se ha constituido una burguesía como clase nacional, clase nacionalmente dominante; el proceso económico requiere la tutela política y los grupos sociales actúan mediante la “intervención estatal”. De ahí que el Estado aparezca menos dependiente (...) En este sentido, la “intervención” estatal es preponderante y de gran autonomía. Si la dependencia del mercado mundial nos muestra un “Estado débil” la heterogeneidad estructural nos muestra un “Estado fuerte” (Lechner, 2006b, pp. 104-105).

Observamos una similitud entre el planteo de Cueva, según el cual el Estado latinoamericano debe garantizar la reproducción ampliada del capital en un contexto de heterogeneidad estructural, y estas aseveraciones de Lechner. Pues en ellas precisamente el eje articulador del análisis está colocado en la mencionada coexistencia entre hegemonía externa (circuito de valorización supeditado al proceso mundial de acumulación) y heterogeneidad estructural (y con ella, ausencia de una praxis social común). Es decir, aparece en el texto de Lechner la misma “contextura ambigua, de casi simultánea debilidad y fortaleza” del Estado, a la que hiciera referencia su par ecuatoriano en el texto de 1981 (Cueva, 1981, p. 261).

Guardamos para el final de este capítulo algunas reflexiones aisladas –más no por ello menos interesantes– de Cueva acerca del concepto de Estado y sobre los regímenes políticos. En primer lugar, en el ya mencionado artículo *Elementos y niveles de conceptualización del fascismo*, define a la superestructura político-estatal como aquella instancia en que *lo económico se concentra a través de la lucha de clases*. Y llega a esa definición por medio de una cita de Marx, según la cual el Estado “es el índice de las luchas prácticas de la humanidad” (citado en Cueva, 1979g, p. 165). Consideramos que esa concentración de las luchas en la esfera estatal se asemeja bastante a la definición del concepto de Estado que acuñara el filósofo greco-francés Nicos Poulantzas en su último libro: *Estado, poder y socialismo*. Allí, Poulantzas define al Estado como la condensación material de una relación de fuerza entre clases y fracciones de clase (Poulantzas, 2005, p. 154). Creemos que Cueva se muestra atento a la penetración que la lucha entre las clases produce en el Estado, es decir, a su carácter relacional. Un aspecto que, al igual que Poulantzas, lo extiende también al propio campo de las fuerzas represivas. En uno de sus primeros artículos dedicados a la cuestión del fascismo –nos referimos al titulado *La fascistización de América Latina*– el ecuatoriano advierte sobre las experiencias militares nacionalistas y reformistas como las que atravesaron Perú y Bolivia en los años setenta. Señala que allí la existencia de amplios movimientos de masas, llegó a impactar incluso en el seno de los aparatos militares, los cuales “de repente, parecían encontrarse penetrados por las *contradicciones* del cuerpo social en su conjunto” (Cueva, 1979i, p. 146; énfasis nuestro). Esta afirmación, según nuestro modo de ver, no hace sino corroborar su incumbencia por la dimensión contradictoria del Estado.

Por último, algunos aportes a propósito de los regímenes políticos. El autor de *Entre la ira y la esperanza* cuestiona la idea de que al *tipo de Estado* capitalista le corresponda necesariamente una *forma de Estado* democrático-burguesa. Sostiene, en vistas de la experiencia empírica, que ello se ha vuelto más una posibilidad o una excepción que una regularidad. En ese sentido, no le llama la atención que en América Latina, por ejemplo, los “Estados de excepción”, hayan tendido a convertirse en

una regla (Cueva, 1981, pp. 259-261). Un aspecto, que como él mismo indica, no está desligado del papel de cada nación en el sistema mundial:

La democracia burguesa como forma de dominación relativamente sólida y estable –recodémoslo– no es la superestructura ‘natural’ del modo de producción capitalista, sino la modalidad que tal dominación llega a adquirir en los eslabones fuertes (o relativamente fuertes) del sistema, en función de determinadas características nacionales e internacionales de la lucha de clases (Cueva, 1980, p.12; énfasis nuestro).

Por eso, en varios artículos Cueva se encarga de recordar, junto con Marx, que las formas de Estado “cambian con las fronteras de cada país” (citado en Cueva, 1979h, p. 177). En definitiva, dice el ecuatoriano acerca de la esfera de lo político, sus interrogaciones esenciales son quién ejerce el dominio sobre quién y de qué manera (Cueva, 1979g, p. 165).

Precisamente, refiriéndonos a los regímenes políticos, las reflexiones sobre el Estado y lo político perderían vigor hacia el promedio de la década del ochenta. En ese entonces, lo estatal dejaría de ser un objeto de estudio predominante en las ciencias sociales latinoamericanas. En el campo de la teoría política sería sucedido, a causa de diversas razones, por otras temáticas. El principal motivo de ese viraje sería, sin dudas, el cambio rotundo en el contexto político. El inicio de las transiciones a la democracia plantearía nuevos problemas a los intelectuales latinoamericanos, quienes se abocarían con más dedicación a aquel tópico con que justamente terminaríamos este apartado: los regímenes políticos. Y entre ellos, en los años ochenta cobraría primacía el estudio de un régimen político en particular: la democracia. En el próximo capítulo nos dedicaremos a analizar las causas y contenidos de esa transformación en los intereses teóricos de nuestras ciencias sociales, que ya estaría consumada promediando la década del ochenta.

6 Capítulo

Una crisis de alta intensidad: triple cuestionamiento a las democracias en los años ochenta

“Por separado, ninguna democracia da como resultante el socialismo, pero, en la práctica, la democracia no se toma nunca ‘por separado’, sino que se ‘toma en bloque’, influyendo también sobre la economía, acelerando su transformación y cayendo ella misma bajo la influencia del desarrollo económico, etc. Tal es la dialéctica viva de la historia”.

(Vladimir I. Lenin, en *El Estado y la revolución*)

“¡Ahí tienen la ‘democracia pura’! ¡Cómo se hubiera mofado Engels del vulgar pequeñoburgués, del ‘socialdemócrata’ (...) al que se le hubiera ocurrido hablar en general de ‘democracia pura’ en una sociedad dividida en clases!”.

(Vladimir I. Lenin, en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*)

“Últimamente, casi se ha convertido en un lugar común la afirmación de que el problema cardinal de América Latina en la hora actual es el problema de la democracia. Lo cual es verdad, pero siempre que se precise que la democracia no es una esencia metafísica, socialmente indeterminada y definible en abstracto, sino que constituye un conjunto de metas y tareas concretas que cada pueblo tiene que definir y cumplir de acuerdo con su tradición y ubicación históricas”.

(Agustín Cueva, en *América Latina en el último quinquenio: 1976-1980*)



Universidad de Guayaquil Facultad de Sociología 1992. Homenaje a Agustín Cueva

La oleada de contrarrevoluciones iniciada en América Latina mediante la instauración de dictaduras cívico-militares en el promedio de los años setenta (mencionada en el capítulo anterior), no solo dejaría como saldo las consecuencias severas del Terrorismo de Estado: desapariciones, torturas, asesinatos y detenciones violentas. También tendría como resultado un fuerte retroceso en el campo ideológico-cultural de nuestra región. Pues el accionar de represión sistemática no se desplegó solo en el campo de las organizaciones políticas, sino que abarcaría a todo el conjunto social, adoptando puntualmente a los intelectuales, artistas y hombres y mujeres de la cultura como uno de los blancos privilegiados. De forma tal que en esos años libros y bibliotecas enteras fueron quemados y un gran caudal de científicos sociales de la región fueron víctimas de persecuciones, así como otros tantos condenados al exilio.

Esa experiencia por la que tuvieron que atravesar numerosos intelectuales de América Latina —ilustrada con notable precisión por el propio Agustín Cueva (1988f) en el artículo titulado *Sobre exilios y reinos (notas críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana)*, sobre el que volveremos más abajo— repercutiría con fuerza en el desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas. Tal es así, que la radicalidad característica de los años sesenta y setenta, cedería paso en una vasta porción de intelectuales (principalmente del área sudamericana) a una revisión de los paradigmas teóricos acuñados hasta entonces, abriendo lugar —ya entrados los años ochenta— a nuevas anteojeras con las cuales leer los fenómenos sociales, bastante alejadas del marxismo prevaleciente en las décadas anteriores. De hecho, un vistazo a las producciones intelectuales, las temáticas e influencias teóricas predominantes en nuestras ciencias sociales en el promedio de la década del ochenta —a las que nos dedicaremos con detalle a lo largo de este capítulo— revela los cambios sustantivos ocurridos en el mundo intelectual latinoamericano como consecuencia del vendaval de dictaduras que azotaron a la región y de las condiciones que ellas generaron de cara al retorno de las democracias.

En ese sentido, en este capítulo nos dedicaremos a reconstruir, siguiendo a Alejandro Moreano (2009), la *triple crítica* efectuada por

Cueva a las ya retornadas democracias de América Latina en la segunda mitad de los años ochenta. La primera crítica, de carácter político-económico, acerca de la forma en que las democracias se configuraron, y sobre los límites que debieron enfrentar en un nuevo contexto internacional signado por la combinación de (en palabras del propio Cueva): “neoliberalismo económico”, “neoconservadurismo político” y “neoderechismo filosófico” (Cueva, 1989c, p. 88). Una segunda, a propósito de las condiciones de producción intelectual (recursos, formas de financiamiento, instituciones) constituidas tras la recuperación democrática en América Latina. Y un tercer cuestionamiento, al pensamiento predominante en las ciencias sociales latinoamericanas, cuya visión sobre las democracias renacientes operó, según nuestro autor, como una verdadera relegitimación del orden.

Los límites político-económicos de las “transiciones a la democracia”

El regreso de las democracias en América Latina, tras la “noche oscura” de las dictaduras militares que atravesaron a la región, se produce entonces en un contexto internacional marcado por el avance de la “nueva derecha” neoliberal. Desde la perspectiva de Cueva (1987c), siempre atenta a las condiciones de funcionamiento general del capitalismo como sistema mundial, el marco global que él supo denominar “derechización de Occidente” no resultaba un aspecto secundario de la recuperación democrática en el continente. Más bien, la reacción conservadora de los años ochenta a nivel mundial estableció ciertos límites dentro de los cuales se produjeron las “transiciones democráticas” en América Latina. Así, en un ciclo que va desde Bolivia en 1982, Argentina en 1983, Brasil y Uruguay en 1985, Paraguay en 1989, hasta Chile en 1990, encontramos diversos modos –tras distintos niveles de prolongación de las dictaduras– de retorno a la democracia.

En ese sentido, no caben dudas de que la forma en que esas transiciones se llevaron a cabo tuvo variaciones según el país del cual se

tratara. Sin embargo, si bien esas diferencias fueron objeto de interés en los escritos de Cueva en la segunda mitad de los años ochenta, en numerosos trabajos se encargó de señalar aquellas características que resultaron comunes a todos esos procesos. Es decir, priorizó el análisis del movimiento general de la época en la región, en dos sentidos. Por una parte, nos hablaba del mencionado vínculo con el contexto internacional, el cual estructuró un conjunto de “condiciones conservadoras de transición”, como producto de un cambio sustantivo en las correlaciones de fuerzas sociopolíticas a escala mundial (Cueva, 1988g, pp. 32-33). Y por la otra parte, se refirió a la conformación de un nuevo tipo de democracias, que llamó indistintamente “conservadoras” o “restringidas” (o bien, “de baja intensidad”, recogiendo la adjetivación acuñada por Edelberto Torres Rivas).

En cuanto a las “condiciones conservadoras de transición”, Cueva describe cuatro de ellas. En primer lugar sostiene que el proceso transicional se lleva a cabo en el mencionado contexto de derechización de Occidente, es decir, en el marco de un clima netamente antisocialista y antitercermundista. En segundo lugar, afirma que es un momento donde los países imperialistas registran tasas de crecimiento económico muy modestas, volviéndose inflexibles en sus relaciones económicas con los países subdesarrollados, y profundizando su carácter dependiente. El tercer aspecto de estas condiciones conservadoras, remite ya directamente a América Latina. Se refiere a la crisis económica que atraviesan los países latinoamericanos en los años ochenta, expresada fundamentalmente en el voluminoso endeudamiento externo que operó como un estrangulamiento de sus capacidades económicas. Y en cuarto lugar, hace alusión a la severa derrota sufrida por las fuerzas de izquierda en la región a manos de las dictaduras, provocando un reflujo que minó el espíritu de transformación estructural de las sociedades latinoamericanas reinante en los años sesenta y setenta²⁶. Desde el punto de vista de Cueva

26 En el apéndice del libro *América Latina en la frontera de los años 90*, Cueva describe ese proceso de reflujo ideológico de la izquierda (principalmente en Sudamérica) de la siguiente manera: “(...) ha consistido en abandonar, primero las posiciones

estas condiciones no oficiaron solamente como un “telón de fondo” en el cual se produjeron las transiciones. Más bien resultaron características constitutivas de esos procesos, que colocaron férreas limitaciones a su desarrollo.

En el mismo sentido, en una serie de trabajos Cueva se dedica a presentar las características de estas democracias conservadoras emergentes en América Latina. En primer lugar, observa el carácter cada vez más dependiente de las burguesías latinoamericanas, lo cual provoca que ellas deban evitar sistemáticamente la consulta a las masas acerca de los actos de gobierno. Esto se complementa con la mayor disposición de medios cada vez más sofisticados de manipulación de masas. Se refiere con ello al crecimiento vertiginoso de los medios masivos de comunicación comerciales y a la tecnificación de la maquinaria estatal. En este último aspecto, otorga un peso crucial a la experiencia histórica reciente, en la medida en que no solo las dictaduras crearon aparatos más perfeccionados de represión, sino que también produjeron un disciplinamiento social que sobrevolaba como amenaza hacia los sectores populares ante un posible cuestionamiento del orden. La fuerza militar actuó como una suerte de “poder en las sombras” que vigilaba el normal funcionamiento social, mientras se mostraba dispuesto a intervenir en caso de registrar “alteraciones” en el régimen democrático (Cueva, 1988h, pp. 69-74).

Pero la verdadera clave de este proceso simultáneo de conservadurización y democratización Cueva la sitúa en el plano de las transformaciones económicas producidas por las dictaduras, y su continuación, esta vez, por vía democrática. En esta dimensión tiene un rol central la pérdida creciente de autonomía y soberanía por parte de los países latinoamericanos, principalmente como producto de la mencionada

revolucionarias de cualquiera inspiración que fuesen; en arremeter, después contra todo lo que de cerca o de lejos significara todavía izquierda, para en seguida pasar a estigmatizar al populismo por lo que en su momento tuvo de popular (que no por su lastre conservador), y terminar limando las ‘asperezas’ progresistas de la propia socialdemocracia (...)” (Cueva, 1989d, p. 128).

acentuación de la dependencia generada por el elevado nivel de endeudamiento. Nos referimos a un proceso de incremento constante de los compromisos financieros con el extranjero que involucró indistintamente a gobiernos liberales y conservadores, socialdemócratas y democrata-cristianos, unificados todos ellos también a la hora de encontrar en el fantasma del pasado populista el único y exclusivo responsable de dicho flagelo macroeconómico. Un juicio que en realidad no hacía otra cosa que ocultar el verdadero motivo de este problema: el traslado de la crisis desde los países centrales hacia la periferia. En palabras del sociólogo ecuatoriano: “Se trataba de un reajuste global del sistema capitalista que, por una vía *sui generis*, nos pasó como siempre la cuenta de su crisis” (Cueva, 2009, p. 265; énfasis del original). Un fenómeno del endeudamiento que al mismo tiempo se complementó con una injerencia directa y cada vez mayor de Estados Unidos en los asuntos internos de las naciones latinoamericanas (en el marco de una tendencia creciente al unilateralismo norteamericano). Intervencionismo que se expresó fundamentalmente (Cueva insiste sobre este punto en varios de sus trabajos de este período), en el impedimento riguroso a nuestros países de generar un “Club de deudores” con potestad de negociar de manera conjunta las condiciones de pago de los compromisos externos. Y a la vez, en la obligación a someterse de forma estricta a las políticas económicas establecidas de forma bilateral con poderosos organismos internacionales de la talla del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial: devaluación constante de las monedas nacionales; elevación de los precios de bienes de consumo y contención de salarios; fin de los subsidios a las clases populares y subsidios a los capitalistas; privatización del sector público en favor de empresas sobre todo multinacionales; y reducción del déficit fiscal mediante despidos masivos y reducción de servicios sociales (Cueva, 1989c, p. 86).

En definitiva, la pregunta que guía en este tema las inquietudes de Cueva en la segunda mitad de los años ochenta es aquella acerca de la diferencia entre el modelo económico impuesto por las dictaduras militares y el implementado de manera posterior por los gobiernos de-

mocráticos. Así lo define el intelectual ecuatoriano en un artículo de fines de esa década, titulado *Las democracias en crisis*:

Contracción máxima del Estado de bienestar, mediante el recorte de los gastos sociales y el retiro de los subsidios a los bienes y servicios de utilidad popular; desmantelamiento del sector de economía estatal, por la vía de las privatizaciones y similares medidas; política “liberal”, de puertas abiertas a las importaciones de bienes sobre todo suntuarios; “incentivos” crecientes al capital monopólico, a través de rebajas de los impuestos y subvenciones de todo tipo; reducción drástica de los salarios reales, no sólo de la clase obrera sino de los trabajadores en general, capas medias incluidas: ¿en qué difiere todo esto de lo que hace 10 o 12 años calificábamos de “política económica del fascismo dependiente”? (Cueva, 1989e, pp. 23-24).

Es decir, describe las características de las democracias conservadoras principalmente en función de las políticas económicas aplicadas en ellas. De esa manera, sostiene que estuvieron signadas por un continuismo en relación con las dictaduras en materia económica que resultó tan antipopular y excluyente como la de los gobiernos de facto. La década del ochenta se constituyó como aquel “decenio perdido para el desarrollo” del cual hablara la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) por esos años. Pues en aquella década el producto medio por habitante de América Latina fue de un 10% inferior al de los diez años anteriores (Cueva, 2009, p. 270). Así, sostiene, en los años ochenta se produce una escisión entre democracia y desarrollo económico, una acentuación de la dependencia en lo político y lo económico, y se genera una separación entre democracia política y bienestar y justicia social.

Ahora bien, esta crítica radical al carácter asumido por las democracias en los años ochenta no significa que Cueva desestimara el retorno de dicho régimen político, aunque más no sea en un sentido formal. Resultaría errado creer que el autor de *El desarrollo del capitalismo en América Latina* no haya razonado en el sentido de comprender el valor histórico de retornar a la democracia luego de las consecuencias del Terrorismo de Estado aplicado por los gobiernos dictatoriales en la

región. Lo que busca el sociólogo ecuatoriano, más bien, es evitar encubrir en el valor del regreso democrático las condiciones económicas, políticas, sociales e ideológico-culturales en que el mismo se estaba produciendo. Mas reiteramos, ello no significa emparentar sus posiciones con una postura que menosprecie la importancia de la democracia en su dimensión formal. Tal es así que en un artículo que integra el volumen *Las democracias restringidas en América Latina*, subraya de esta forma la trascendencia de las libertades y garantías democráticas:

(...) no queremos decir que las democratizaciones que estamos viviendo sean un simple engaño, un mero ritual del que bien se podría prescindir. Si no constituye una forma de construir el poder, la democracia es, en cambio, una buena forma de relacionarse con él: *la mejor* que podamos imaginar. Por eso, hay que insistir en la defensa de un sistema de libertades lo más amplio posible, del respeto a los derechos humanos por todo el poder (Cueva, 1988g, p. 75; énfasis del original).

Con esto queremos decir que si bien Cueva valora sustantivamente los procesos de democratización en América Latina que se desarrollan durante los años ochenta, su denuncia política sobre los mismos se despliega en dos aspectos complementarios. Por una parte, cuestiona la indeterminación absoluta de la democracia en relación con otras esferas de la vida social. La democracia sin soberanía política, desarrollo económico y bienestar social, debe ser sometida a crítica. Por la otra parte, discute con la idea de una democracia reducida estrictamente a sus instituciones, a sus garantías básicas y al momento de legitimación electoral. Pues de esa manera, la democracia acaba por ser entendida como un “pacto de gobernabilidad” (tal como sería ya predominantemente concebida en los años noventa), donde es naturalizada la idea de un orden desigual y excluyente, que ciertamente permite el ejercicio de libertades políticas y de convalidación electoral, pero solo en la medida en que ello no signifique cuestionamiento alguno a los pilares económicos del *statu quo*.

Vale recordar que muchas de estas posiciones, que hoy a primera vista (y en retrospectiva) podrían resultar lógicas y atendibles, no cons-

tituyeron el prisma predominante en el análisis político latinoamericano de los años ochenta. Esa criticidad, sostenida a contracorriente de las mayorías, creemos, fue sin dudas una de las mayores virtudes de Cueva en aquella década. Es decir, haber sostenido una lectura crítica en relación con el movimiento general de la época, que asumía un tinte crecientemente conservador. Entendemos que esa posición resulta aún más valiosa, considerando los vientos desfavorables que soplaban en las condiciones de producción académica vigentes en aquellos años en América Latina. En ese sentido, en el siguiente apartado, intentaremos abordar esa dimensión de la crítica de Cueva: la de las transformaciones en las condiciones de investigación en ciencias sociales producidas en la región en los años ochenta.

Cambio de época en las ciencias sociales latinoamericanas: transformaciones en las condiciones de producción académica

Como lo hemos señalado más arriba, en los años ochenta nuestros países regresaban de una etapa marcada por el trauma del terrorismo estatal. El disciplinamiento social instaurado por las dictaduras, fue asimismo disciplinamiento ideológico, y por lo tanto, repercutió fuertemente en una reestructuración de las ciencias sociales latinoamericanas, en sus tematizaciones y en sus condiciones de producción.

En lo que respecta a las condiciones de producción, ya en los años setenta Agustín Cueva se había mostrado atento al marco de trabajo académico existente en nuestra región. Tal es así que escribió dos estudios dedicados al abordaje del desenvolvimiento de las ciencias sociales en América Latina en los años setenta, que hemos citado más arriba: *El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período* (escrito en 1978) y *Sobre exilios y reinos, I: reflexiones sobre el desarrollo de los estudios latinoamericanos en México* (concebido en 1984). Si bien ya hemos esbozado en capítulos anteriores las principales ideas de esos dos trabajos, nos interesa ahora realizar un contrapunto principalmente entre el primero de ellos (el de 1978) y un artículo de Cueva cuya publicación

original data de 1988, en la Revista *Estudios Latinoamericanos* del CELA. Nos referimos a un artículo titulado *Sobre exilios y reinos (notas críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana)*, destinado a marcar las diferencias entre las condiciones de producción prevalecientes en la región en los años setenta y las transformaciones ocurridas durante la década del ochenta en la subregión sudamericana²⁷.

Ciertamente, vale aclarar, la preocupación principal de Cueva en esta etapa de su obra se centra en los cambios experimentados por la intelectualidad latinoamericana en términos de la renovación de sus inquietudes teóricas y de las herramientas conceptuales escogidas para tal *aggiornamento* (un aspecto que abordaremos con más detalle en el próximo apartado). Sin embargo, no por ello dejó de colocar una lupa en las transformaciones institucionales que colaboraron con aquel viraje teórico, y por supuesto, en su vínculo con los procesos políticos. En ese sentido, el punto de partida de su análisis en esta etapa de su trayectoria intelectual reside en comparar lo sucedido en el radical período comprendido entre la segunda mitad de los años sesenta y el promedio de los setenta, con el mapa configurado ya en el segundo quinquenio de la década del ochenta. Hasta mediados de los setenta, sostiene, si bien existían organismos internacionales de investigación, la actividad académica en Sudamérica tenía primacía en las universidades estatales. Así, hasta que comenzaron a instaurarse las dictaduras militares, las ciencias sociales no habían logrado ser domesticadas. Ello no significa que no hayan existido intentos de hacerlo. El Plan Camelot en Chile, la “Noche de los bastones largos” en Argentina, o las múltiples intervenciones en la Universidad Central de Ecuador son solo ejemplos de ello. Aun así, en dicho período de radicalización intelectual y política las universida-

27 Cabe destacar en este sentido que Cueva contrapone el proceso conservadurizador de las ciencias sociales en Sudamérica en los años ochenta con la persistente radicalidad en Centroamérica. Lógicamente, esta divergencia en el derrotero de las ciencias sociales en ambas subregiones se relaciona con las contrastantes derivas políticas que en esa década atravesó cada una de ellas. En ese sentido, el sociólogo ecuatoriano sostiene que el final de los setenta y el comienzo de los ochenta resultaron una “línea divisoria” entre ambas (Cueva, 1988f, p. 9).

des públicas continuaron teniendo un papel destacado como usinas del pensamiento sociológico en la región.

Ahora bien, las dictaduras produjeron un cambio sustancial en el panorama hasta entonces existente. Con ellas se iniciaría un fuerte retroceso de las ideas de izquierda. Cueva describe dicho proceso de la siguiente manera:

La sociología radical, totalizante, crítica, con una perspectiva analítica centrada en el subdesarrollo y la dependencia y provista de una propuesta explícita de cambio estructural de nuestras sociedades, que caracterizó al período que aproximadamente va de 1965 a 1975, no sucumbió ante el solo peso de sus contradicciones y limitaciones teóricas (que por supuesto las tuvo), sino que *fue víctima de una de las contrarrevoluciones culturales (y desde luego políticas) más violentas de la historia latinoamericana*. Infinidad de facultades y escuelas de sociología y de ciencias sociales en general fueron clausuradas; millares de intelectuales que en ellas trabajaban fueron perseguidos “desaparecidos”, forzados al exilio o, lo que a veces es peor, reducidos al silencio o al discurso ultracifrado; hubo bibliotecas quemadas, copiosas listas de libros prohibidos y, sobre todo, se difundió un terror penetrante que tornó superflua a la propia censura: la autocensura hizo sus veces, y muy eficientemente (Cueva, 1988f, p. 8; énfasis nuestro).

Es en este contexto de *contrarrevolución cultural y política en la subregión* que se produce, según Cueva, una nueva institucionalización de las ciencias sociales en Sudamérica. Así, los años ochenta son testigos de un proceso de *privatización* de la pesquisa e investigación en las ciencias sociales sudamericanas. El cual tuvo sus efectos especialmente en el desarrollo de las dos disciplinas más prolíficas, y cuyo aporte mayor agudeza había tenido en el período anterior: la sociología y la ciencia política. Comenzaron a surgir fundaciones y centros de investigación nutridos por financiamiento externo, que lentamente fueron desplazando a las universidades públicas del lugar de primacía que antes ostentaban. Esta fluidez de recursos provenientes del exterior estuvo relacionada, desde el punto de vista de nuestro autor, con la existencia de una capa intelectual altamente instruida, poseedora de un elevado

nivel de cultura general, que desde los centros de poder no podía ser desperdiciada.

Ese proceso de privatización y de pérdida de terreno por parte de las universidades estatales en beneficio de centros privados, en el mencionado clima de censura y autocensura, produjo un cambio notable en las condiciones de producción. Se empezó a forjar un espíritu de élite, que comenzó a encerrar a los sociólogos en torres de marfil, alejándolos de las problemáticas sociales que habían primado en los años setenta. Tal como afirma Cueva en *El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período*, en la década del setenta los estudios latinoamericanos habían desarrollado un progreso de orden cualitativo al constituirse a partir de problemáticas específicas de nuestras sociedades y en función de preocupaciones ligadas al cambio estructural (Cueva, 1979c, p. 69). Mientras que en los años ochenta comenzaría a crearse entre los sociólogos un sentimiento elitista, de modo tal que muchos de ellos empezaron simultáneamente a adaptarse a los discursos europeos en boga y a renegar de su pasado populista (Cueva, 1988f, p. 10).

En el mismo sentido, sostiene que los años setenta se habían caracterizado por una expansión de los estudios interdisciplinarios, combinando distintas áreas del conocimiento social como la sociología, la economía, la historia y la ciencia política (Cueva, 1989b, p. 97; 1979c, p. 72). Esa tendencia generó fructíferos intercambios, que se llegaron a cristalizar en publicaciones y seminarios destinados a analizar fenómenos comunes entre intelectuales de distintas disciplinas. En el transcurso de los años ochenta, el panorama cambió. La especialización comenzó a avanzar en los trabajos sociológicos, acompañada de una nueva primacía de la recolección de datos y la enseñanza práctica y tecnificada. Un proceso que ocurrió acompasadamente con la pérdida de terreno de la producción de teoría (Cueva, 1988f, pp. 12-13). Esto se puede contrastar, nuevamente, con lo expuesto en el mencionado texto de 1978. Hasta allí, se observaba más bien lo contrario. Los científicos sociales que se habían formado en centros de investigación pertenecientes a organismos internacionales, se encargaron en aquel entonces de trasladar todo ese

acervo técnico hacia el campo de las izquierdas, abocándose a la construcción de teoría en torno de temáticas específicamente latinoamericanas (Cueva, 1979c, p. 69). En los años ochenta, en contrapartida, afirma Cueva, se produce un proceso de *taylorización* de las ciencias sociales, en el que comienza a prevalecer, en sus propias palabras, un “sistema de presentación, eventual aprobación, realización calendarizada y control final de cada proyecto, aplicado a todo nuevo recluta”, cuyo resultado fue un supuesto incremento de la cientificidad, la excelencia y la seriedad, pero que fácilmente podía ser confundido con burocratización y desvanecimiento de la “imaginación sociológica” (Cueva, 1988f, p. 10).

Si bien creemos que la producción teórica “tiene su propia historia”, este viraje en las condiciones de producción que caracterizó el pasaje de la década del setenta a los años ochenta, resultaría de gran influencia en la aparición de nuevas inquietudes y tematizaciones. Desde nuestro punto de vista, el marco general de esa transformación, en lo que respecta a las condiciones de producción, fue sintetizado con mucha claridad en las siguientes afirmaciones de Cueva, desarrolladas en el artículo *Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos temas y problemas*:

Y es que en América del Sur, sobre todo, esta intelectualidad había sido objeto de un doble tratamiento. De un lado, la más brutal represión: asesinatos, prisiones, tortura, exilio, desmantelamiento de aquellos núcleos culturales (sobre todo universitarios) donde se producía una ideología *anticapitalista* y *antimperialista*. De otra parte (lado “*carrot*” de la historia), un gran apoyo financiero que las principales fundaciones capitalistas dieron para la creación de institutos privados de investigación que con el tiempo vendrían a reemplazar, en la producción y difusión de las ciencias sociales, a aquellas instancias víctimas de la represión. Nacía así esa extensa red de los que luego se autocalificarían de “centros de excelencia”, torres de marfil “libres” incluso del bullicio estudiantil, y que no tardarían en generar e institucionalizar una enorme burocracia “académica” continental encargada, entre otras cosas, de obliterar todos los conductos de un pensamiento crítico que hasta entonces había sido la característica más relevante de la intelectualidad latinoamericana

(crítico de las estructuras vigentes, claro está) (Cueva, 1988g, p. 41; énfasis del original).

Pues bien, en el contexto de las transformaciones político-económicas e ideológico-culturales ocurridas a escala global y regional, y en el marco de estos cambios en las condiciones de docencia e investigación en Sudamérica, Cueva va a centrar sus críticas al pensamiento predominante en las ciencias sociales de los años ochenta mediante el cuestionamiento a aquella corriente de ideas y autores que denominara *socialdemócrata*. En el apartado siguiente, nos abocaremos a analizar esas críticas.

Debates en (y con) los años ochenta: acerca del *gramscismo* y otros demonios

La figura de Antonio Gramsci representa uno de los aportes teóricos más valiosos en el seno de la tradición marxista de la primera mitad del siglo XX. Su nombre, además, ha resultado un ícono de la resistencia anti fascista, expresiva de uno de los momentos más trágicos en la historia del movimiento obrero europeo. Tal ha sido la trascendencia del marxista sardo, que una vez finalizada la segunda guerra mundial, ya ingresando en la segunda mitad del siglo pasado, sus escritos carcelarios fueron exhumados y su obra inició el camino de una amplia difusión a nivel internacional. En ese sentido, América Latina no solo no resultó una excepción en la extensa recepción del pensamiento de Gramsci, sino que fue además una región pionera a la hora de traducir su obra. Tal como señala José Aricó (1988), la traducción de los célebres *Cuadernos de la cárcel* al español y al portugués fue realizada por primera vez en países latinoamericanos: en Argentina entre 1958 y 1962 (al español), mientras que en Brasil entre 1966 y 1968 (al portugués). Es decir, en ambos casos las traducciones fueron llevadas a cabo de una forma bastante temprana.

Con estas apreciaciones intentamos señalar que al hacer referencia a la influencia de Gramsci en las izquierdas de nuestra región, no

hablamos de un autor de escasa relevancia en la tradición marxista autóctona (e incluso más allá de ella). Por el contrario, sus ideas y categorías se esparcieron de manera inusitada en el lenguaje teórico local. En palabras del propio Aricó:

El pensador comunista italiano se ha introducido en la cultura latinoamericana hasta un grado tal que muchas de sus categorías analíticas integran el discurso teórico de los cientistas sociales, de los historiadores, críticos e intelectuales y hasta penetraron, por lo general de manera abusiva, el lenguaje usual de las agregaciones políticas de izquierda o democráticas (Aricó, 1988, p. 20).

Ahora bien, más allá de esa recepción temprana, fue en los años ochenta cuando las discusiones sobre la obra de Gramsci adquirieron dimensiones extraordinarias en América Latina. En esa década las categorías gramscianas se convirtieron en un imán de reflexiones, que atrajeron a una gran porción de cientistas sociales latinoamericanos. Esto no quiere decir que de forma anterior sus ideas no hayan sido exploradas en estas latitudes. Las figuras de Aricó y Portantiero –y colectivamente, el grupo *Pasado y Presente* –, quizá hayan sido la prueba más contundente de esa indagación prematura, ya en los decenios del sesenta y setenta. De la misma forma, también podríamos mencionar otras valiosas experiencias de trabajo en torno de Gramsci, llevadas a cabo en nuestro continente por esos mismos años²⁸. Sin embargo, reiteramos, a nivel latinoamericano fue en el crepúsculo de los años setenta, y principalmente, a lo largo de la década del ochenta, cuando el mundo intelectual se convirtió en testigo privilegiado de una explosión en el interés por los escritos del comunista italiano.

Pero las interpretaciones acerca del pensamiento de Gramsci en los ochenta no fueron unívocas. Más bien, proliferaron múltiples y variadas lecturas en torno de sus escritos por aquellos años. En ese sentido,

28 Para encontrar una reflexión al respecto, a modo de ejemplo, se puede consultar el trabajo de Carlos Nelson Coutinho (1986) sobre el derrotero de la obra de Gramsci en Brasil desde mediados de los años sesenta.

probablemente no haya resultado un aspecto menor que se tratara de una obra fragmentaria, dispersa, y producida en un contexto de aislamiento y censura. Mas lo que aquí nos interesa desarrollar es una dimensión puntual del vínculo establecido entre la obra de Gramsci y las lecturas que de ella se realizaran en la América Latina de los ochenta. Pues en aquellos años, al unísono del retorno democrático, comenzó a difundirse una interpretación particular de los trabajos del fundador de *L'Ordine Nuovo* que generó acaloradas polémicas. Y Agustín Cueva fue una de las figuras que más enfáticamente se encargó de entablar debates enérgicos con el *gramscismo* entonces en boga. Es decir, discutió con aquellos intelectuales que, tomando como base el pensamiento del comunista sardo (y sus principales categorías), llevaron a cabo una reelaboración del marxismo predominante en los años sesenta y setenta, readaptándolo a las nuevas circunstancias políticas que en los ochenta atravesaba la región. El sociólogo ecuatoriano desarrolló entonces un fuerte cuestionamiento a la relación que se produjera entre la obra gramsciana y el contexto de democratización restringida en América Latina. Así, sus preocupaciones se centraron en el proceso que llamó de *socialdemocratización* de las ciencias sociales latinoamericanas. Para lo cual colocó especial atención sobre los trabajos y conceptualizaciones de algunos renombrados intelectuales provenientes del mundo de las izquierdas que oficiaron como los más distinguidos artífices e impulsores de ese viraje. Un giro discursivo en el que pensadores de reconocida trayectoria acudieron a Gramsci como ariete teórico principal de sus reformulaciones. Esa fue la madre de todas las batallas ideológicas que Cueva librara en la década del ochenta: el matrimonio que según él se sellaba por esos años entre la obra de Antonio Gramsci y el proceso de socialdemocratización que atravesaban las ciencias sociales latinoamericanas.

Pues bien, precisemos ahora de qué se trató, desde la perspectiva del sociólogo ecuatoriano, ese proceso de *socialdemocratización* desplegado en los años ochenta. En el ensayo *Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos temas y problemas*—ya citado aquí más arriba—, el autor de *Entre la ira y la esperanza* explica en qué consistió dicho viraje teórico, definiéndolo por medio de tres características. En

primer lugar, habla de la *invención de un pasado mítico*, según la cual los progresistas de ayer fueron convertidos en villanos de hoy, presentándose a la izquierda marxista (y fundamentalmente, a sus expresiones político-militares) como la principal responsable de los golpes de Estado ocurridos en los años sesenta y setenta. De esa forma, la necesaria autocrítica fue por momentos confundida con autoinculpación. Y a su vez, los efectos del disciplinamiento social e ideológico comenzaron a cosechar sus frutos cuando la intelectualidad de izquierdas (otrota radical) empezó a percibirse a sí misma (y a las organizaciones políticas a las que había adherido en el pasado reciente) como parte responsable y causante de la traumática experiencia dictatorial. En segundo término, se produjo una operación por medio de la cual *al marxismo le fue extirpado el leninismo*, resquebrajando la conciencia tercermundista prevalectante en América Latina en las décadas precedentes, y produciendo una identificación cada vez mayor con el pensamiento de la izquierda (socialdemócrata) europea. En tercer lugar, se inició una *proliferación de críticas y autocríticas a desviaciones propias del marxismo*. De ese modo, llovieron cuestionamientos teóricos al “economicismo” y al “reduccionismo clasista”, entre otros aspectos. Críticas cuyos límites resultaron tan delgados que terminaron por colocar por fuera del campo marxista a varios intelectuales hasta entonces considerados como parte del amplio espectro de dicha tradición (Cueva, 1988g, pp. 42-44).

En ese sentido, en los años ochenta Cueva escribió numerosos trabajos destinados a analizar críticamente ese proceso de *socialdemocratización* de la intelectualidad sudamericana de izquierdas, que fuera instrumentado “vía Gramsci”. Redactó artículos y ensayos en los que se dedicó a polemizar insistentemente con aquellas posturas que proponían una reformulación de conceptos fundamentales en la teoría política marxista. Así, categorías clave como *democracia*, *hegemonía* y *Estado* sufrieron fuertes transformaciones en sus significados, provocando en Cueva la necesidad de embarcarse en acalorados debates.

Para intentar exponer ordenadamente las críticas esbozadas en ese vasto grupo de trabajos (en su gran mayoría, aunque no todos,

elaborados durante la segunda mitad de los años ochenta), haremos a continuación un repaso de ellos, recuperando los cuestionamientos del sociólogo ecuatoriano a las reformulaciones producidas en torno de los tres conceptos mencionados. Sintetizaremos esos contrapuntos en tres operaciones que fueran objeto de las críticas de Cueva: *la indeterminación de la democracia, la disociación entre hegemonía y dominio de clase y el análisis postmarxista del Estado*.

Comencemos entonces por el concepto de *democracia*. Su principal cuestionamiento fue presentado con precisión en el comienzo del ensayo que abriera el volumen *Las democracias restringidas de América Latina*. Allí, Cueva entabla un debate con el filósofo mexicano Carlos Pereyra. Más exactamente, con un trabajo que éste publicara en la revista azteca *Nexos*, en el que criticara la concepción del ecuatoriano sobre la cuestión democrática. Cueva discute con la estigmatización que el mexicano tratara de efectuar a su mirada sobre el valor de la democracia como régimen político. Creemos que en dicho ensayo del sociólogo ecuatoriano, titulado precisamente *La democracia latinoamericana: ¿forma vacía de todo contenido?*, se manifiesta de forma contundente su crítica a la *indeterminación* de la democracia:

(...) no creo contarme entre aquellos que menosprecian la democracia. Pero tampoco creo, ni deseo, incluirme en las filas de quienes estiman que la cuestión de la democracia puede ser considerada en abstracto, “filosóficamente”, por encima de los problemas, contradicciones, articulaciones y correlaciones de fuerza del mundo real. Por el contrario, me interesa rescatar todos estos problemas y preguntarme en qué grado ellos favorecen o no el florecimiento de la democracia (precisamente porque no la desprecio), qué contenidos concretos dan a cada democracia las clases dominantes (los “grupos hegemónicos” si se prefiere abordar el problema con mayor delicadeza) y qué respuestas y alternativas ofrecen *frente a esta realidad* las fuerzas socialistas y de izquierda en general (Cueva, 1988j, p. 12; énfasis del original).

El juego democrático, por tanto, desde su punto de vista, no puede ser entendido “en abstracto”, independientemente de sus condiciones históricas. En ese sentido, establece a grandes rasgos tres ejes de deter-

minación que repercuten con fuerza en el desenvolvimiento de la democracia, y por ende, resultan ineludibles en el análisis de ese régimen político. Pues considera impertinente la ausencia de tales determinaciones en un análisis riguroso del carácter de las democracias en América Latina. Esos condicionantes son: el poder económico, el imperialismo y los poderes reales del Estado.

En relación con el primero, Cueva observa que con la instauración de las dictaduras y la persistencia de sus políticas económicas como condicionantes de la transición a la democracia, el avance del capital monopólico resulta una seria amenaza para el funcionamiento democrático. Esto no significa diluir las posibilidades y los márgenes de acción de lo político en la estructura económica. Tampoco supone desestimar la relevancia que ostenta el tipo de régimen político en vigencia. Por el contrario, implica inscribir el funcionamiento de la democracia en el marco de un patrón de acumulación determinado. Es decir, reconocer que en el capitalismo contemporáneo el desenvolvimiento democrático está limitado por relaciones de fuerza vinculadas a la existencia de poderes económicos, cuyo alcance, además —y cada vez en mayor medida—, excede las fronteras nacionales.

Vinculado al punto anterior, el autor de *El desarrollo del capitalismo en América Latina* insiste en contemplar una segunda determinación que en los años ochenta es omitida por varios análisis de las democracias latinoamericanas: el imperialismo. Para ello, elige como contrapunto a los textos ochentistas del politólogo brasileño Francisco Weffort. La crítica hacia dicho autor se centra precisamente en la ausencia de referencias al imperialismo al hablar de la democracia en América Latina. Llama su atención que en una etapa marcada por el creciente unipolarismo de Estados Unidos y por la intromisión de esa potencia en los asuntos internos de los países de nuestra región, Weffort no haga siquiera mención a lo que ello significa en materia de desarrollo democrático (Cueva, 1988; p. 21). Cueva es terminante al respecto: el imperialismo se encuentra en plena vigencia durante los años ochenta, operando como un férreo obstáculo para el ejercicio de las capacidades

democráticas de los países periféricos. Soberanía y democracia resultan indisociables. Si la primera es limitada, sostiene, la segunda también lo es (Cueva, 1989c, p. 84).

Por otro lado, en un artículo que forma parte del libro *América Latina en la frontera de los años 90*—titulado “*Democracia nostra*”—, Cueva se dedica a analizar el Documento *Santa Fe II*, elaborado por el gobierno de Estados Unidos en el ocaso de los años ochenta para delinear su política exterior hacia los países de nuestra región. Nos interesa particularmente rescatar que en sus comentarios a ese Documento el sociólogo ecuatoriano destaca la utilización que allí se realiza del concepto de “gobierno permanente”, para distinguirlo del “gobierno temporario”. Así, subraya la diferenciación que con ello se produce entre el gobierno y el poder, así como la relación de ambos con la democracia. Pues la distinción de esas dos dimensiones del Estado, en definitiva, permite delimitar la democracia en su faceta procedimental, diferenciándola de su desarrollo integral. El “gobierno permanente” al cual hace referencia *Santa Fe II* es el del ejército, la burocracia civil y el Poder Judicial. Tal es, según dicho Documento, el poder real del Estado, otro determinante clave de la democracia. Por lo tanto, la garantía de mantener a ese régimen político en sus límites estrictamente formales reside en preservar el control sobre dichas estructuras. En los años ochenta, se lamenta Cueva en sus conclusiones, la derecha es más consciente que la izquierda tanto de las limitaciones que supone una democracia restringida como de los puntos neurálgicos del Estado que permiten que su carácter conservador se sostenga como tal (Cueva, 1989f, pp. 62-63).

También la categoría gramsciana de *hegemonía* resultó materia de debate en los años ochenta. Por un lado, la controversia giró alrededor de la continuidad o discontinuidad entre los conceptos fundamentales de Lenin y Gramsci. Es decir, en qué medida existía una ruptura entre los principales aportes teóricos del revolucionario ruso y la contribución realizada al marxismo por el comunista italiano a través del concepto de *hegemonía*. En ese sentido, es ilustrativo de dicha disyuntiva el Seminario llevado a cabo en 1980 en Michoacán (México) bajo el

nombre *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, cuya publicación fuera llevada a cabo años después con título homónimo. Allí se congregaron un numeroso grupo de intelectuales latinoamericanos a debatir en torno de ese concepto gramsciano. Y se hicieron presentes dos intelectuales a quienes Cueva erigiera como sus principales adversarios teóricos en lo respectivo a las derivas del *gramscismo* latinoamericano: los argentinos José Aricó y Juan Carlos Portantiero. Creemos que las palabras de Aricó escritas en el prólogo del Seminario, expresan de forma cristalina de qué se trataba allí la discusión:

El eje en torno al cual giró todo el debate fue el concepto gramsciano de hegemonía, su validez como instrumental teórico y político para reconsiderar desde la perspectiva del presente las limitaciones de la teoría marxista de la política y del estado; las reelaboraciones mediante las cuales tal teoría podía reconquistar su potencial crítico y productor de estrategias de transformación en el terreno concreto de la realidad latinoamericana y, finalmente, la relación de *continuidad* o de *ruptura* que podía establecerse entre las elaboraciones de Gramsci y la tradición leninista. Como se comprenderá, el último tema provocó las más arduas y a veces enardecidas discusiones por cuanto dicha tradición constituye precisamente la forma teórica en que de manera casi excluyente adquirió entre nosotros la reformulación del marxismo como teoría y política de la transformación social (Aricó, 1998, p. 12; énfasis del original).

Por el otro lado, las querellas teóricas libradas en la década del ochenta a propósito del concepto de *hegemonía* se produjeron en torno de ciertas falencias de la teoría marxista para, según se argumentaba, captar en complejidad el fenómeno de la constitución de sujetos políticos. Así, los textos clásicos de la tríada Marx-Engels-Lenin fueron cuestionados por su “reduccionismo clasista” o por su “economicismo”²⁹. En

29 Aquella pluma que, desde nuestro punto de vista, ofició como puntal en dicha crítica fue sin dudas la del filósofo argentino Ernesto Laclau. Si bien se destaca su clásico libro *Política e ideología en la teoría marxista*, podemos encontrar otros textos de su autoría de fines de los setenta y comienzos de los ochenta en donde aparece desarrollada la crítica al “reduccionismo” y el “economicismo”. Se puede consultar entonces Laclau (1980, 1998, 2000).

diferentes trabajos Cueva se concentró en derribar los argumentos que bajo el paraguas de dichos cuestionamientos, operaban, según su perspectiva, no una reelaboración, sino una negación del marxismo.

Ahora bien, sus críticas a las reformulaciones del marxismo realizadas “vía Gramsci” no significaron una desestimación de la obra del comunista sardo. Menos aún que no haya leído su obra con profundo interés y rigor. Ciertamente, su conocimiento de Gramsci no fue el mismo que el de otros intelectuales de su época. De hecho, en una entrevista que le realizara a la marxista francesa Christine Buci-Glucksman para la *Revista Mexicana de Sociología*, Cueva revela su parcial comprensión de ciertos conceptos gramscianos (por caso, el de *revolución pasiva*) (Buci-Glucksman, Cueva y Martínez Baracs, 1980). Sin embargo, en sus trabajos de los años ochenta se pueden encontrar de forma bastante usual citas y referencias a los *Cuadernos de la cárcel*.

Por eso, sostenemos que aquello que preocupaba a Cueva no era la amplia difusión de la obra de Gramsci —algo que ya había advertido en el artículo *El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período*, en 1978—, sino las interpretaciones que en función de ella se estaban llevando adelante en los años ochenta. Pues desde su punto de vista, el comunista italiano tenía una clara inspiración leninista, y no brindaba mayores novedades a la tradición marxista en comparación con las contribuciones ya efectuadas por Marx, Engels y el propio Lenin. Para explicar su mirada sobre este aspecto, vale citar *in extenso* sus palabras en un artículo titulado, precisamente, *El fetichismo de la “hegemonía”*:

¿En qué consiste ese aporte gramsciano que tanto revuelo ha causado en la ciencia política marxista? Al parecer se trata, en lo esencial, de que Gramsci habría demostrado, en contra de toda una tradición, que la clase dominante se impone como tal no sólo a través de la coerción, o sea de la violencia física, sino también mediante la “hegemonía” (...)

Lo cual es desde luego cierto, pero no constituye propiamente una novedad dentro del pensamiento marxista-leninista. *La ideología alemana*, de Marx y Engels, está enteramente dedicada a demostrar que las ideas

dominantes en una sociedad son precisamente las de la clase materialmente dominante (...)

Y en cuanto a Lenin, casi huelga aclarar que para él todo proceso de dominación social comprende un importante momento de dominación *cultural* (...)

¿En dónde reside entonces la novedad real del pensamiento gramsciano? Tal vez no tanto en sus escritos cuanto en una lectura muy particular de ellos, que tiende a separar el momento ideológico-cultural de la dominación de clase de esa dominación misma (Cueva, 1988k, p. 150; énfasis del original).

En sintonía con los párrafos citados, Cueva observa con gran preocupación la difusión de una versión *culturalista* del arsenal teórico gramsciano. Una lectura que agudiza uno de los elementos más deficientes, según su punto de vista, en el corpus de la obra de Gramsci, cual es el manejo insuficiente de la economía política. De esa forma, el *gramscismo* perdió de vista las condiciones estructurales de constitución y desarrollo de la hegemonía burguesa. Es decir, sus bases materiales. Y con ello, sus reflexiones se vieron afectadas por un elevado grado de indeterminación, que convertía a la autonomía relativa propia de las esferas política, ideológica y cultural, en autonomía absoluta. Produciendo así, bajo el pretexto de reparar los límites del reduccionismo y el mecanicismo, una problemática disociación entre hegemonía y dominio de clase.

En esa línea, podemos destacar el comentario que el sociólogo ecuatoriano realizara a la ponencia de Juan Carlos Portantiero (1984) en el Seminario que fuera publicado bajo el título *Teoría y política en América Latina*. Allí, el ecuatoriano observa con suma desconfianza la incorporación del concepto de *sistema político* al análisis marxista por parte de Portantiero, y su rechazo, en ese sentido, resulta contundente:

En general, me parece que se debe ser cauteloso frente al tratamiento de ciertos problemas fundamentales. Tal como lo dijo el mismo Portantiero en su exposición oral, siempre hay el peligro de echar el agua de la bañera con niño y todo. En este *hay peligro de que la lucha contra el*

denominado “economicismo” conduzca lisa y llanamente al abandono del materialismo histórico, o el de que la lucha contra el “instrumentalismo” o el “reduccionismo clasista” desemboque en una especie de neofuncionalismo (Cueva, 1984, p. 229; énfasis nuestro).

En un sentido bastante similar, en lo que respecta a los estudios sobre el fenómeno estatal en América Latina, Cueva dispensa sus críticas a aquellas lecturas que denomina *análisis postmarxistas del Estado latinoamericano*. El autor de *El proceso de dominación política en Ecuador* sostiene que en los años ochenta tuvo lugar una decadencia del análisis de clase y se produjo una amnesia recurrente con respecto al análisis de la dependencia, así como también se presentó una notoria repulsión a mencionar siquiera las determinaciones económicas en los fenómenos sociales (Cueva, 1981, p. 78). De esa forma, las indagaciones sobre el Estado vaciaron el contenido de clase del mismo, y prescindieron de aquello que Marx denominara “anatomía de la sociedad civil”. Más bien, los años ochenta fueron testigos de una sobreutilización del concepto de *sociedad civil*, mas quitándole el sentido que solía tener en la teoría marxista, en tanto pasaría a ser percibida como una *comunidad ilusoria*, desprovista de los antagonismos y las contradicciones que le adjudicara Marx.

Este doble movimiento de extraer al Estado capitalista su contenido de clase, y al mismo tiempo, de desplazar el centro del análisis hacia la sociedad civil pero extirpándole a su vez a ella las determinaciones económicas, constituye el núcleo fundamental de las críticas que Cueva realizara en los años ochenta, tanto a quienes apodara *gramscianos* como a aquellos a quienes denominara *postmarxistas* (ubicando como las figuras más destacadas de éste segundo grupo al politólogo argentino Guillermo O’Donnell y al pensador chileno-alemán Norbert Lechner).

Pues bien, como hemos analizado a lo largo de este apartado, fueron varias y muy diversas las críticas efectuadas por el sociólogo ecuatoriano a otros intelectuales en este clima adverso para las izquierdas en los años ochenta. Creemos pertinente ahora plantear algunas reflexiones acerca de ellas. En primer lugar, reconocemos el beneficio del que gozamos al poder analizar estos debates a la distancia. Es decir, la mirada en

retrospectiva nos habilita una lejanía que en cierta medida ofrece mayor capacidad de desapego en relación con la situación inmediata en que aquellas discusiones fueron libradas. Al mismo tiempo, corremos con ventaja al conocer el derrotero posterior de varios autores involucrados en esas querellas, así como también lo sucedido en materia política con el desarrollo de la historia. Sin embargo, ese beneficio no está exento de complejidades, pues coloca las lecturas teleológicas a la orden del día.

En ese marco, aun bajo el riesgo de equivocarnos, tenemos la convicción de que una de las virtudes principales de Cueva se encontró en su preciso olfato político para detectar los problemas más sustantivos de su época. Comprendió con lucidez que las democracias conservadoras de los años ochenta, en un contexto mundial regresivo, no conducían a buen puerto. En ese sentido, su crítica a la excesiva indeterminación de la democracia, y en especial, a las elaboraciones teóricas que se manejaban en ese andarivel, parece haber sido bastante acertada. Asimismo, su despiadado cuestionamiento al *politicismo*, al *culturalismo* y al *societalismo* operados “vía Gramsci”, dieron en la tecla de una reformulación teórica que no resultó demasiado fecunda para analizar la coyuntura latinoamericana de aquel entonces, y menos aún, para una intervención política desde las izquierdas en ese contexto.

Sin embargo, debemos plantear al mismo tiempo una salvedad al respecto. El derrotero de varios de los autores con los que Cueva debatió no debe conducirnos a una lectura teleológica. Creemos que muchas de las inquietudes que surgieron especialmente a fines de los años setenta y comienzos de los ochenta, aun cuando no condujeran a las conclusiones más atinadas, contuvieron interrogantes productivos, es decir, preguntas que intentaban desarrollar y fortalecer la teoría política marxista. Las indagaciones en torno de los fenómenos “de las superestructuras”, sobre el Estado y lo político, y la inserción en la obra de Gramsci para enriquecer el estudio de esos dominios, no deben ser entendidas *a priori* como una desviación o un deliberado menoscabo de la tradición marxista. La remisión a figuras clásicas de la filosofía política (como Thomas Hobbes o John Locke, por nombrar algunos), o a valiosos pensadores de la

sociología y la ciencia política burguesa (como Max Weber o Norberto Bobbio, por solo citar dos ejemplos), efectivamente nos habla de un clima heterodoxo. Pero no necesariamente ello significa la sepultura del marxismo. Con el transcurso del tiempo, podemos sostener que si bien la obra de Marx goza de notable vigencia y actualidad, su enriquecimiento con otras expresiones de las ciencias sociales y el pensamiento filosófico, no solo no resulta una desviación, sino que se presenta como una necesidad. En síntesis, la gran ubicación política de Cueva en los años ochenta no debe hacernos perder de vista la productividad de ciertas reflexiones de sus contendientes, más allá de su derrotero posterior y las conclusiones políticas que ellos obtuvieran.

En segundo lugar, la valoración de lo estatal que realizara Cueva en el contexto ochentista resulta sin lugar a dudas un gran acierto. Sus críticas al anti-estatismo resultaron más que pertinentes. Supo percibir que el *societalismo* pregonado por los autores partidarios de los *nuevos movimientos sociales* (cuyo espejo, ciertamente, era la experiencia europea), lejos de augurar beneficios a las grandes mayorías, significaba más bien un cambio de paradigma estatal, donde éste se retiraba de su rol distributivo y dejaba a los sectores populares crecientemente en manos de las fuerzas del mercado. Pudo observar cómo conservadores y socialdemócratas encontraban en la crítica al intervencionismo estatal un punto de confluencia en la década del ochenta, sobre el cual era necesario un cuestionamiento terminante.

En el mismo sentido, en tercer lugar, en el pensamiento de Cueva los años ochenta son tiempos de redenciones. Existe un tópico en particular en torno del cual va a reelaborar y revalorizar sus posiciones de décadas anteriores, en función del nuevo contexto político. La dependencia ya no lo va a encontrar en una posición crítica. Si en los años sesenta y setenta había construido una mirada polemista sobre las teorías que buscaban explicarla, en los ochenta va a colocar el foco en

la subsistencia del fenómeno en la región, como uno de los principales flagelos que debe enfrentar América Latina³⁰.

Para finalizar, no creemos que sus cuestionamientos a la forma en que se estaba desarrollando la democracia en los años ochenta signifiquen un desprecio por lo que ese régimen político implica, de acuerdo con el desarrollo histórico de nuestra región. Más bien las reflexiones del sociólogo ecuatoriano nos incitan a comprender la dimensión relacional de la política a la hora de utilizar el concepto. Es decir, nos obligan a ubicarnos en las condiciones históricas en que una categoría es empleada. Pues las tareas democráticas no han sido las mismas a lo largo de la historia latinoamericana, y tampoco, en los distintos países que componen la región. En ese sentido, Agustín Cueva no nos conmina a una lectura acotada del fenómeno democrático. Más bien, creemos, nos conduce a una valoración de lo político, pero no de una manera abstracta, sino colocándonos de manera incesante en el lugar de la crítica histórica. Una perspectiva crítica que, creemos, no hace sino fortalecer la actualidad y vigencia de su obra.

30 En el texto titulado *El análisis "postmarxista" del Estado latinoamericano*, Cueva reconoce autocríticamente que con sus cuestionamientos al dependentismo en los años setenta desempeñó el papel de "aprendiz de brujo", al anteceder con ellos las críticas que en los ochenta se desplegarían frente a aquel conjunto de teorías, pero ya no desde las izquierdas, sino como un aluvión proveniente esta vez del campo de las derechas (Cueva, 1981, p.78-79).

7 Capítulo

Agustín Cueva, nuestro contemporáneo

“Es cierto que la historia nunca se repite ‘al pie de la letra’, mas ello no impide que exista un cierto número de regularidades estructurales, y por lo tanto de ‘repeticiones’ que no son más que expresión de las leyes que rigen la conformación, el funcionamiento y el desarrollo de cada modo determinado de producción. Tales leyes no se manifiestan desde luego en estado ‘puro’, sino con la especificidad que les confiere la articulación de varios modos de producción, la vinculación entre formaciones sociales con distintos grados de evolución y un sinnúmero de factores más que es necesario examinar en cada caso concreto; pero este problema, que es el de la relación dialéctica entre lo universal, lo particular y lo singular, en nada invalida lo dicho anteriormente: lo único que hace es revelar la complejidad del desarrollo histórico”.

(Agustín Cueva, en *El desarrollo del capitalismo en América Latina*)



París aprox. 1963.

Como muy pocos, Agustín Cueva supo practicar en calidad de especialista el oficio de la polémica. Podemos afirmar que en las distintas etapas de su vida intelectual esa fue su “forma de trabajo”, la vía a través de la cual vehiculizó sus aportes en materia teórica. Ante cada disyuntiva que se planteara, allí se afirmó para expresar sus diferendos con vehemencia, sosteniendo a su vez la rigurosidad que ese ejercicio significaba. Tal actitud le valió las críticas de muchos de sus pares, que lo juzgaron como dogmático por defender con firmeza los principios del marxismo, así como por mostrarse reacio a aceptar ciertas reformulaciones de esa corriente teórica. Sin embargo, es interesante señalar que sus férreos y punzantes posicionamientos en variadas controversias, que lo presentaron infranqueable ante sus ocasionales contendientes, no le impidieron manifestar de forma expresa su humildad ante la riqueza e impredecibilidad de la historia.

Si sus adversarios coyunturales lo encontraron oportunamente en posiciones que difícilmente lograban mostrarse en conmoción, esa soberbia no se replicó en su actitud ante las derivas que podían asumir las fuerzas históricas. Más bien demostró apertura y humildad ante la historia, luciéndose expectante frente a las posibles sorpresas de los acontecimientos. Por eso, no dejó de reconocer la endeblez que en cierto sentido posee la práctica intelectual. Sus palabras de cierre en *El desarrollo del capitalismo en América Latina* son elocuentes al respecto: los investigadores, señalaba allí, “somos mejores profetas del pasado que arquitectos del porvenir” (Cueva, 2009, p. 238). La misma incerteza sobre el curso de la historia se puede hallar en el modo en que concluye su escrito sobre el proceso chileno de la Unidad Popular. Ese trabajo, en sus palabras finales, más que por afirmaciones, está compuesto por un mar de preguntas sobre las que navega su inquietud acerca del futuro de Chile y su clase trabajadora. Pues Cueva tuvo la convicción de que las respuestas frente a esos interrogantes no tienen resolución en el ámbito de la teoría, sino en el terreno de la política y de la historia. Paradojas de un intelectual cuyas posiciones parecían permanecer incólumes ante los cuestionamientos de sus interlocutores críticos, pero que conservaban su apertura y sus incógnitas cuando se trataba de las derivas históricas.

No creemos que esa paradoja haya estado desvinculada de las tensiones que atravesó la totalidad de su producción teórica. Durante el conjunto de su trayectoria, intentó comprender y explicar la realidad latinoamericana a la luz del marxismo, para lo cual se valió principalmente de la obra de sus clásicos: Marx, Engels y Lenin. Discutiendo incansablemente con numerosos intelectuales latinoamericanos a propósito de la utilización de sus categorías. Así, la pertinencia de ese arsenal teórico para analizar la realidad regional fue aquello que en la mayoría de esos intercambios apareció en debate. Esas discusiones se presentaron de forma explícita en ocasión de las querellas en torno de los modos de producción en América Latina, la dependencia y los regímenes dictatoriales, así como de manera subyacente en otras controversias e interpretaciones en las que se involucrara. En cualquier caso, el punto en común de aquellos debates estuvo dado por la fecundidad (o no) de diferentes conceptos marxistas a la hora de dar cuenta de dilemas específicamente latinoamericanos.

En ese sentido, nuestro objetivo a lo largo de este trabajo fue el de presentar cómo en Agustín Cueva se produjo recurrentemente el choque entre dos pulsiones. Por un lado, la de permanecer por completo al interior de la tradición marxista, acudiendo “en su defensa” cuando otro intelectual construía una explicación que desde su punto de vista tergiversaba el legado de los autores clásicos. Esa operación implicó ceñirse enteramente al lenguaje categorial constitutivo de esa tradición teórica. Así, conceptos como *modo de producción*, *clases sociales* o la *relación Estado/sociedad civil* fueron sometidos por Cueva a un examen riguroso con el fin de prevenir o cuestionar desviaciones pasadas (o posibles).

Por el otro lado, habitaba en el sociólogo ecuatoriano otra pulsión basada en su conocimiento profundo de la historia latinoamericana, de sus particularidades, así como en su interés a propósito del carácter que allí asumían las clases sociales y sus luchas. Aquel choque de pulsiones tuvo la particularidad, según nuestro modo de ver, de convertir su obra en un corpus inclasificable, al combinar un marxismo apegado a Marx, Engels y Lenin, con trabajos que configuran un recorrido por ejemplos

encargados de transitar el conjunto de la geografía latinoamericana, dando cuenta de la complejidad y riqueza de la historia de la región, así como de los conflictos políticos que en ella se suscitaron. Hemos buscado, por lo tanto, eludir el encasillamiento de la obra de Cueva, evitando ubicarla estáticamente en una corriente o grupo determinado al interior del marxismo. Es decir, optamos por indagar en aquel aspecto de sus trabajos que creemos resulta su dimensión más productiva. Nos referimos a la ponderación de la complejidad y riqueza del desarrollo histórico, así como del carácter crucial de la lucha de clases en tanto dinamizador de la historia. Pues esa dimensión orientó su utilización rigurosa de las categorías, e incluso, privilegió algunas de ellas por sobre otras (como en el caso del concepto de *formación económico-social*, acerca del cual hemos insistido en distintos capítulos).

Hemos tratado de explicar que, según nuestro punto de vista, el marxismo de Cueva asumió esas características como producto de una formación intelectual que resultaba incompatible con el dogmatismo. Por eso, intentamos recuperar especialmente su período inicial de trabajo como el terreno a partir del cual las explicaciones mecánicas de la sociedad, junto con la filosofía de la historia, se presentaron como elecciones improbables en su itinerario teórico. Sus tempranas incursiones durante los años sesenta en un “marxismo heterodoxo” (Sartre, Marcuse, Goldmann, Barthes, etc.) así como su inmersión en el clima cultural latinoamericano de esa misma década (fundamentalmente por medio de la literatura) y sus interrogaciones sobre los fenómenos artísticos, funcionaron como una suerte de antídoto frente a tentaciones reduccionistas que podrían haber empobrecido su concepción del marxismo, y con ello, sus análisis sobre Ecuador y América Latina. Todos estos elementos, creemos, resultaron fuentes enriquecedoras del marxismo de Agustín Cueva, que tensaron al máximo el vínculo entre teoría e historia, y cuyos ecos luego se hicieron sentir con vigor a lo largo de toda su trayectoria intelectual.

Asimismo, la primacía de lo político y de la lucha de clases como dimensiones de la riqueza histórica tuvo también en los trabajos de

Cueva una repercusión al nivel de sus aportes teóricos. Desde nuestra perspectiva, el predominio de esos aspectos en sus análisis operó como un impulso a la confección de elementos en materia de teoría política. O por lo menos, como una contribución al desarrollo del marxismo en ese campo. Sus miradas sobre el Estado, las clases sociales, la constitución de sujetos políticos y el vínculo entre lo político y la dependencia, resultaron un aporte sustantivo para la teoría política. Y en particular, para su despliegue en clave latinoamericana. Pues sus escritos demuestran un manejo en detalle de ciertas categorías fundamentales del dominio de lo político, tamizadas a su vez por un saber erudito acerca de las formaciones económico-sociales de la región. De esa manera, existen en Cueva análisis exhaustivos de la relación entre el Estado y las clases sociales, que encuentran también un condimento singular en su valoración de las *crisis* como momentos de emergencia de lo político, en especial en su vinculación con el concepto de *hegemonía*. Estas y otras categorías utilizadas en sus distintos trabajos, erigen a la política como una arena de conflicto donde (si bien nunca de manera indeterminada) se dirime fundamentalmente el destino de la sociedad.

Pues bien, ahora sí, para finalizar el recorrido de este libro, quisiéramos terminar estas páginas apuntando algunos aspectos que, creemos, nos hablan de la actualidad y vigencia de la obra de Agustín Cueva. Porque si un autor puede ser nuestro contemporáneo ya sea por el momento en que escribe sus textos, o bien, por la relación que pueda establecerse entre sus trabajos y los problemas más acuciantes de cada nuevo tiempo histórico, tenemos la convicción de que Agustín Cueva forma parte del segundo grupo. Estamos convencidos de que sus trabajos integran el nutrido arsenal de pensamiento crítico latinoamericano, que cuenta con la virtud de asistirnos en la tarea de inteligir los principales fenómenos sociales y políticos de nuestros días.

En ese sentido, a continuación intentaremos con cierta brevedad volver sobre algunos elementos presentes en la obra de Cueva, que para nosotros, persisten en su actualidad y vigencia. Porque, tal como trataremos de plantear en lo que sigue, consideramos que ellos contienen

estimulantes indicaciones para pensar críticamente sobre algunos de los problemas teórico-políticos más importantes de los comienzos de este siglo XXI.

Dando ya un puntapié a estas reflexiones finales, haremos referencia a tres problemas sobre los que, según nuestra perspectiva, Cueva realizó interesantes sugerencias teóricas que aún persisten en su validez para la comprensión de nuestro tiempo histórico: I) la caracterización de la fase neoliberal del capitalismo; II) la irreductibilidad de lo político a la dependencia; y III) la necesidad de adjetivar la democracia.

I. La derechización de Occidente: crisis, nacionalismo y xenofobia

En el ocaso de los años ochenta, Agustín Cueva esbozó un balance de lo que esa década había significado a nivel internacional. En el *posfacio* escrito en 1990 para la undécima edición de *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, se dedicó a ilustrar la *crisis* que había atravesado Occidente de forma reciente. Una *crisis* signada por un período de *estanflación*, desatado en las naciones capitalistas avanzadas entre la segunda mitad de los setenta y comienzos de los ochenta. Es que en 1973 los países del centro habían sido conmovidos por la “crisis del petróleo”, a partir de la cual declinarían definitivamente los “años dorados” del capitalismo occidental en el siglo XX.

Ante la envergadura de dicha *crisis*, Cueva buscó graficar la *salida política* que los países occidentales estaban experimentando frente a ella. Recordemos sucintamente. La reacción política de Occidente ante la *crisis* se efectuaba en ese entonces a través de un avance de la “nueva derecha”. Su pionera fue Margaret Thatcher en Inglaterra, en 1979. Un año después la siguió Ronald Reagan en Estados Unidos. Continuaron Yasuhiro Nakasone en Japón, Helmut Kohl en Alemania Federal, así como otras expresiones derechistas que llegaban en aquel entonces al poder en Bélgica, Holanda, Dinamarca y Austria. Europa del Sur tam-

poco brindaba señales alentadoras por aquellos años. Pues allí se desplegaba mientras tanto el proceso de conservadurización de la socialdemocracia, donde ésta última se convertiría en una versión levemente edulcorada del mismo camino de derechización que atravesaba el resto de Occidente.

Ahora bien, Cueva se encargó de destacar dos aspectos de aquel proceso conservadurizador ocurrido en los años ochenta, ambos de suma actualidad. Por un lado, su carácter no accidental, y por el otro, sus consecuencias sociales y políticas. En cuanto al primer aspecto, decía el ecuatoriano en el mencionado *posfacio*:

La actitud de esta “nueva derecha” no obedece, por lo demás, a una reacción improvisada y epidérmica frente a la crisis (...) sino que es fruto de una visión del mundo que ha venido construyéndose de manera meditada y paulatina, ya sea como respuesta a los avances del ideario socialista, ya como réplica a las reivindicaciones igualitaristas del Tercer Mundo, o bien en contraposición al mismo desarrollo del Estado benefactor en los países capitalistas avanzados (...) (Cueva, 2009, pp. 245-246).

La racionalidad neoliberal de gobierno que se estaba instalando en ese entonces -de la cual fue abanderada esta “nueva derecha”-, se erigió sobre fundamentos filosóficos cuyas características principales eran el anti-igualitarismo, la competencia y el egoísmo. Una cosmovisión cultivada por teorías que significaron, en palabras de Cueva, una verdadera “contrarrevolución cultural y ética”. Hablamos de una síntesis entre, por un lado, el rechazo al valor de la igualdad instaurado por los “nuevos filósofos” franceses (como Alain de Benoist y Guillaume Faye), y por el otro, la incitación a la competencia individual promovida por el “neodarwinismo” de la sociobiología norteamericana. Una síntesis que tendría su expresión económica por esos años en el programa de la Escuela de Chicago: ajuste fiscal, metas de inflación y redistribución regresiva del ingreso, sobre la base de una concepción del mercado como “selector natural” de las especies empresariales más aptas. En otras palabras, el “consenso conservador” de los años ochenta implicó un atropello

llo contra el Estado benefactor y contra la elevada participación de los trabajadores en el ingreso que había caracterizado a la entonces declinante etapa keynesiana.

El segundo aspecto resaltado por Cueva acerca de la *resolución política* de la *crisis* en Occidente, fue sus consecuencias políticas y sociales. El sociólogo ecuatoriano insistió en el carácter nacionalista y xenófobo de aquella “nueva derecha”. En relación al devenir europeo de esos años, en un trabajo de 1987, Cueva sostenía: “Recordemos que en Europa Occidental –supuesta cuna y lar del humanismo– han proliferado como nunca después de la derrota hitleriana, las formas más abiertas de racismo, no exentas de una coloración nacistascista” (Cueva, 1987b, p. 21). Entre las expresiones de tal clima de radicalización derechista, aparecía como ejemplo europeo la exitosa performance electoral que en 1986 cosechaba el dirigente francés Jean-Marie Le Pen. El racismo, la xenofobia y el nacionalismo arraigaban por aquellos años en las mayorías populares como explicaciones de los daños sociales que la *crisis* provocaba en Occidente.

En resumidas cuentas, el surgimiento de un neodarwinismo basado en el predominio omnímodo de las reglas del mercado; la proliferación del racismo y la xenofobia en Estados Unidos y Europa contra inmigrantes provenientes del “Tercer Mundo” (o generaciones de ellos nacidas ya al interior de aquellos países); y la aplicación de un programa económico de ajuste fiscal, flexibilización laboral y redistribución regresiva del ingreso, son algunas de las tendencias que Agustín Cueva supo reflejar en sus escritos de fines de los años ochenta como expresiones de una *salida política* frente a una *nueva crisis periódica del capitalismo*, tal como la que desde el año 2008 hoy vuelve a proyectarse sobre los propios países avanzados. Por lo tanto, desde nuestro punto de vista, la caracterización que realizara Cueva a fines de la década del ochenta sobre el orden global que en ese momento se estaba comenzando a configurar, nos indica, desde una perspectiva estratégica, la profundidad de sus lecturas sobre la irrupción del orden neoliberal.

II. La dependencia y lo político

Como ya hemos señalado más arriba, entre la segunda mitad de la década del sesenta y la primera de los setenta, las ciencias sociales latinoamericanas fueron testigos del protagonismo de una categoría que por excelencia predominó en aquel entonces en los análisis de la intelectualidad de izquierdas en la región: la *dependencia*. En ese sentido, nos interesa destacar un aspecto que consideramos actual de la intervención de Cueva en aquellos debates: la irreductibilidad de lo político a la dependencia.

Aquel aporte que quisiéramos recuperar especialmente de Cueva en este campo de discusiones es el énfasis colocado en la cualidad de los efectos provocados por las situaciones de dependencia. Pues, como ya fue señalado más arriba, algunos intelectuales de su época entendieron la dependencia como un *reflejo* de la expansión de los países desarrollados (ver Dos Santos, 1971). Mientras que Cueva cuestionó fuertemente la concepción de la dependencia como una determinación absoluta hacia los procesos sociales en el plano interno, motivo por el cual consideró que el talón de Aquiles del dependentismo fue precisamente el análisis de las clases y su lucha, y en particular, la *forma política específica* que asume esa lucha, evitando subsumirla tanto a los factores económicos como a los impulsos externos (Cueva, 1979d, pp. 24-25). Por eso, intentó comprender la realidad partiendo de sus múltiples determinaciones. En sus propias palabras: “(...) lo interno y lo externo, lo económico y lo político, van urdiendo una trama histórica hecha de múltiples y recíprocas determinaciones, que se expresan y desarrollan a través de una concreta lucha de clases” (Cueva, 2009, p. 12).

En definitiva, aquello que Cueva se dedicó a plantear es el lugar que ocupa el plano específicamente político en el análisis de situaciones de dependencia. Abonó una hipótesis de irreductibilidad de lo político, que promovía el estudio riguroso de las formaciones económico-sociales, para captar en ellas las contradicciones específicas que las atraviesan. En esa línea, Cueva afirmaba al respecto:

(...) la misma categoría de “dependencia” -cuya validez en modo alguno tratamos de negar- se torna insuficiente para explicar el desarrollo, en este caso político de nuestras sociedades, si es que no se articula dialécticamente a otras categorías teóricas, indispensables para el análisis de la estructura particular de cada formación social en un momento dado (Cueva, 1979e, p. 103).

Aquello que nos interesa señalar es que su contribución a los debates actuales sobre la temática reside en subrayar que, para un estudio en complejidad de las sociedades latinoamericanas, es necesario articular las determinaciones propias del funcionamiento del capitalismo a nivel global con los procesos concretos de lucha entre las clases que se producen en cada plano nacional. Pues ciertamente, el conjunto de los países latinoamericanos experimenta condicionamientos a los que se ven expuestos como consecuencias de su posición subordinada en el mercado mundial. Mas resulta fundamental, a la hora de analizar los procesos socio-políticos, observar con detalle la forma singular en que cada *formación económico-social*, con su estructura económica, sus clases sociales y sus sujetos políticos, procesa en términos de *relaciones de fuerzas* su condición dependiente. Tal articulación, observada y señalada oportunamente por Cueva, constituye desde nuestro punto de vista una clave sustantiva para comprender el fenómeno de la dependencia en la América Latina de este siglo XXI.

III. La democracia y su apellido

En sus escritos políticos, un autor marxista predilecto en Cueva (nos referimos a Lenin) solía afirmar que la democracia debe ser llamada por su apellido. No alcanzaba, desde su perspectiva, con hablar de ella “a secas”, sino que era necesario definirla con precisión. Como ha sido señalado más arriba, las ciencias sociales en la década del ochenta abonaron a una revalorización de la democracia, ocupando dicho concepto el centro de las preocupaciones teórico-políticas de vastos sectores intelectuales. Ahora bien, Agustín Cueva se erigió como un protagonista

de los cuestionamientos al modo en que la democracia era abordada en los debates intelectuales en aquel decenio.

La principal preocupación del sociólogo ecuatoriano radicaba en la abstracción de la democracia en relación con las nuevas correlaciones de fuerzas sociopolíticas a escala mundial y con las condiciones económicas de las sociedades nacionales. Sostenía Cueva al respecto:

(...) parece claro que la democracia no puede prosperar, como no sea en la mera apariencia, sobre la base del actual patrón de desarrollo económico impuesto por el capital monopólico. Es lícito, desde luego, pensar en el problema de la democracia ubicándolo dentro de la *relativa* autonomía que posee la esfera política; pero resulta puro idealismo absolutizar esa autonomía hasta el punto de olvidar sus determinaciones de orden económico (Cueva, 1980).

Es decir, que si bien para Cueva la política efectivamente posee una autonomía relativa, resulta fundamental subrayar que dicha esfera no goza de una autonomía absoluta. Pues de lo contrario, el derrotero de la democracia sería el ocurrido finalmente en los años noventa: su asimilación con mecanismos institucionales básicos y con la “governabilidad”, bajo la condición de una inalteración en los parámetros esenciales de un modelo económico radicalmente excluyente para las mayorías.

En el mismo sentido Cueva en los ochenta desarrolló una crítica hacia cierta relación que se establecía en ese entonces entre los conceptos de Estado y democracia. Fundamentalmente se refería a la ola “movimentista”, de moda en aquellos años en la izquierda europea, que identificaba a la democracia con los movimientos autogestionarios de la sociedad civil. Pues de ese modo se instrumentaba de forma subyacente una expulsión de las masas del Estado. Así lo explicaba el propio Cueva:

La propuesta de desplazar el “locus” de la política hacia fuera del Estado, tal como lo proponen algunos “movimientos” de Occidente, no supone ningún acuerdo que obligue también a la burguesía a retirarse de él. Por el contrario, se basa en un “pacto social” sui generis según el cual la burguesía permanece atrincherada en el Estado (además de no

ceder ninguno de sus bastiones de la sociedad civil), mientras que las clases subalternas se refugian en los intersticios de una cotidianidad tal vez más democrática, en la que el Estado no interviene en la medida en que las formas de sociabilidad elegidas no obstruyan la reproducción ampliada del sistema capitalista-imperialista (Cueva, 1981, p. 92).

El Estado, como espacio contradictorio, pasaba así a convertirse en un territorio exclusivo de los sectores dominantes, agudizando precisamente la subordinación de los sectores populares, y atentando contra una realización integral de la democracia.

Para terminar, quisiéramos resaltar que Cueva se dedicó a cuestionar con vehemencia aquellas interpretaciones sobre la democracia que instalaban un sentido conservador de tal régimen político, transformándolo en una isla separada de los continentes del desarrollo económico, la soberanía política y la justicia social (Cueva, 1994, p. 26). Vale pensar que los cambios atravesados por las democracias latinoamericanas en los primeros quince años del siglo XXI, recogiendo los ciclos de protesta contra el embate neoliberal y traduciéndolos (de formas bien diversas) en materia estatal, han recuperado de algún modo las mencionadas reflexiones críticas desplegadas en los años ochenta por Agustín Cueva. Un intelectual que, a 25 años de su muerte, aún continúa siendo nuestro contemporáneo.

Bibliografía de Agustín Cueva

- Cueva, Agustín (1973). Chile. En VV.AA., *Radicalización y golpes de estado en América Latina*. México: UNAM.
- _____ (1974). *El proceso de dominación política en Ecuador*. México: Diógenes.
- _____ (1976a). Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana. *Revista Ciencias Sociales*, 1, 23-32. Quito.
- _____ (1976b). Crisis del capitalismo y perspectivas del nacionalismo en América Latina (análisis del caso ecuatoriano). *Revista Mexicana de Sociología*, Año XXXVIII, Vol. XXXVIII, 4, 825-841, octubre-diciembre. México.
- _____ (1979a). El método dialéctico: un requisito teórico y a la vez político. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.
- _____ (1979b). Dialéctica del proceso chileno: 1970-1973. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.
- _____ (1979c). El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.
- _____ (1979d). Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.
- _____ (1979e). Comentario. En VV.AA., *Clases sociales y crisis política en América Latina*. México: Siglo XXI.
- _____ (1979f). ¿Vigencia de la *anticrítica* o necesidad de *autocrítica*? (Respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra). En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.
- _____ (1979g). Elementos y niveles de conceptualización del fascismo. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.
- _____ (1979h). La 'remodelación' fascista de la sociedad. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.
- _____ (1979i). La fascistización de América Latina. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.

- _____ (1979j): El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.
- _____ (1980). América Latina en el último quinquenio: 1976-1980. *Revista Araucaria de Chile*, 11, 7-18. Madrid.
- _____ (1981). El Estado latinoamericano en la crisis del capitalismo. *Revista Investigación económica*, 40 (157), 257-271, julio-septiembre. México.
- _____ (1984). Comentario de Agustín Cueva a Juan Carlos Portantiero. En Juan Enrique Vega (Coord.), *Teoría y política en América Latina*. México: CIDE.
- _____ (1986). *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*. Quito: Planeta.
- _____ (1987a). *Entre la ira y la esperanza*. Quito: Planeta.
- _____ (1987b). El viraje conservador: señas y contraseñas. En Agustín Cueva (Comp.), *Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de Occidente*. Quito: Editorial El Conejo.
- _____ (Comp.) (1987c). *Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de Occidente*. Quito: Editorial El Conejo.
- _____ (1988a): Clase, cultura y Nación. En *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*. Quito: Planeta.
- _____ (1988b): La cultura de la crisis. *Revista Difusión cultural*, 7, 56-64. Quito.
- _____ (1988c): “El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales”, en *Ideología y sociedad en América Latina*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- _____ (1988d): El populismo como problema teórico y político. En *Las democracias restringidas de América Latina*. Quito: Planeta.
- _____ (1988e). La concepción marxista de las clases sociales. En *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*. Quito: Planeta.
- _____ (1988f). Sobre exilios y reinos (notas críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana). *Estudios Latinoamericanos*, Vol. III, Año 3, N° 4, 8-15, enero-junio. México: CELA-UNAM.
- _____ (1988g). Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos temas y problemas. En *Las democracias restringidas de América Latina*. Quito: Planeta.
- _____ (1988h). Los límites de la democracia en América Latina (notas para una discusión). En *Ideología y sociedad en América Latina*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

- _____ (1988i). El 'sendero' de la nueva derecha: un modelo para desarmar. En *Las democracias restringidas de América Latina*. Quito: Planeta.
- _____ (1988j). La democracia latinoamericana: ¿forma vacía de todo contenido? En *Las democracias restringidas de América Latina*. Quito: Planeta.
- _____ (1988k). El fetichismo de la 'hegemonía'. En *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*. Quito: Planeta.
- _____ (1988l). El análisis 'postmarxista' del estado latinoamericano. En *Ideología y sociedad en América Latina*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- _____ (1989a). América Latina, en la encrucijada de su contradictoria unidad. (Apuntes de orden metodológico). En *América Latina en la frontera de los años 90*. Quito: Planeta.
- _____ (1989b). Sobre exilios y reinos, I: reflexiones sobre el desarrollo de los estudios latinoamericanos en México. En *América Latina en la frontera de los años 90*. Quito: Planeta.
- _____ (1989c). Vigencia y urgencia del 'Che' en la era del neoconservadurismo. En *América Latina en la frontera de los años 90*. Quito: Planeta.
- _____ (1989d). Apéndice: los vericuetos de la 'governabilidad' socialdemócrata. En *América Latina en la frontera de los años 90*. Quito: Planeta.
- _____ (1989e). Las democracias en crisis. En *América Latina en la frontera de los años 90*. Quito: Planeta.
- _____ (1989f). 'Democracia nostra' (Comentarios al documento 'Santa Fe II: una estrategia para América Latina en los años noventa'). En *América Latina en la frontera de los años 90*. Quito: Planeta.
- _____ (1991a). La crisis de 1929-1932: un análisis. En VV.AA., *Las crisis en el Ecuador: los treinta y ochenta*. Quito: Corporación Editora Nacional-Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Oxford-Instituto de Estudios Avanzados.
- _____ (1991b). América Latina ante el 'fin de la historia'. *Revista Ecuador Debate*, 22, 45-55. febrero, Quito.
- _____ (1992). Falacias y coartadas. En VV.AA., *Estado, nuevo orden económico y democracia en América Latina*. Caracas: ALAS-Centro de Estudios sobre América (La Habana)-Nueva Sociedad.
- _____ (1993). *Literatura y conciencia histórica en América Latina*. Quito: Planeta.
- _____ (1994). Introducción. Las coordenadas históricas de la democratización latinoamericana. En Agustín Cueva (Comp.), *Ensayos sobre una polémica inconclusa. La transición a la democracia en América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

- _____ (1995). La crisis de los años 60. En VV.AA., *Ecuador: pasado y presente*. Quito: Libresa.
- _____ (2001). Mito y verdad de la 'cultura mestiza'. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil*, 28, 39-58. Guayaquil.
- _____ (2009). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI.

Bibliografía general

- Althusser, Louis (1974). Prefacio. En Louis Althusser y Etienne Balibar, *Para leer El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____. (1983). “El marxismo como teoría ‘finita’”, en VV.AA., *Discutir el Estado*. Buenos Aires, Folios.
- Ansaldi, Waldo y Giordano, Verónica (2012). *América Latina. La construcción del orden*. Buenos Aires: Ariel, tomo I.
- Aricó, José (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Puntosur.
- _____. (1998). Prólogo. En Julio Labastida Martín del Campo, (Coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México: Siglo XXI-UNAM.
- _____. (2011). *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*. México: El Colegio de México.
- Báez, René (2013). Presentación. En Agustín Cueva, *Autoritarismo y fascismo en América Latina*. Quito: Centro de Pensamiento Crítico.
- Bambirra, Vania (1990). *El capitalismo dependiente latinoamericano*. México: Siglo XXI.
- Beigel, Fernanda (1995). *Agustín Cueva: estado, sociedad y política en América Latina*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- _____. (2001). Política, ideología y literatura en la obra de Agustín Cueva. En Estela María Fernández (Comp.), *Itinerarios del socialismo en América Latina*, 183-194. Córdoba: Alción Editora.
- _____. (2006). Vida, muerte y resurrección de las ‘teorías de la dependencia’. En *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO.
- _____. (2010a). Desde Santiago. Profesionalización, regionalización y ‘nacionalización’ de las ciencias sociales. En Fernanda Beigel (Dir.), *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*. Buenos Aires: Biblos.

- _____ (2010b). La teoría de la dependencia en su laboratorio. En Fernanda Beigel (Dir.), *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*. Buenos Aires: Biblos.
- Bernetti, Jorge y Giardinelli, Mempo (2003). *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Boron, Atilio (2003). El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina. En *Estado, capitalismo y democracia*. Buenos Aires: CLACSO.
- _____ (2008). Teoría(s) de la dependencia. *Revista Realidad Económica*, 238, 20-43, septiembre. Buenos Aires.
- Glucksman, Christine; Cueva, Agustín; Martínez Baracs, Andrea (1980). Entrevista con Christine Buci-Glucksman. *Revista Mexicana de Sociología*, XXXVII(1), 289-301, enero-marzo. México.
- Cardoso, Fernando H. y Faletto, Enzo (2007). *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carrera Testa, Fernando (2006). *Agustín Cueva (1937-1992): más allá del mito, por una democracia tercermundista*. (Tesis de Maestría). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Charles, Gerard Pierre (1980). "Fascismo y crisis del capitalismo", en VV.AA., *El control político en el Cono Sur*. México, Siglo XXI.
- Coutinho, Carlos Nelson (1986): "Gramsci en Brasil", en *Revista Cuadernos Políticos*, México, Era, N°46, abril-junio, pp. 24-35. Disponible en: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.46/CP46.4.CarlosNelsonCoutinho.pdf>, acceso 13 de marzo de 2016.
- Dos Santos, Theotonio (1971). La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina. En VV.AA., *La dependencia político-económica en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Engels, Federico (1986). *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Buenos Aires: Anteo.
- _____ (2011). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Faletto, Enzo y Ruiz, Eduardo (1970): "Conflicto político y estructura social", en VV.AA., *Chile hoy*. México, Siglo XXI.
- Frank, André Gunder (1965a). *¿Con qué modos de producción convierte la gallina maíz en huevos de oro?* Disponible en: http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/puiggros_franck.pdf, acceso 11 de enero de 2016.

- Frank, André Gunder (1965b): *Modesta respuesta*. Disponible en: http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/puiggros_franck.pdf, acceso 11 de enero de 2016.
- Frank, André Gunder (1970): *Subdesarrollo y capitalismo en América Latina*. Buenos Aires, Signos.
- García Márquez, Gabriel (1982). “La soledad de América Latina”, Discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura. Disponible en: http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1982/marquez-lecture-sp.html, acceso 01 de febrero de 2016.
- Giller, Diego Martín (2014). *Cada valle es una patria. El problema de la nación en René Zavaleta Mercado y sus principales aportes a la teoría social latinoamericana*. (Tesis de Doctorado). Universidad de Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio (2003). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____ (2007). Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metodológicos. En *Escritos políticos (1917-1933)*. México: Siglo XXI.
- Labastida Martín del Campo, Julio (Coord.) (1986). *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*. México: Siglo XXI-UNAM.
- _____ (Coord.) (1998). *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México: Siglo XXI-UNAM.
- Laclau, Ernesto (1974). Feudalismo y capitalismo en América Latina. En VV.AA., *Modos de producción en América Latina (Cuaderno N°40)*. Córdoba: Pasado y Presente.
- _____ (1980). *Política e ideología en la teoría marxista*. México: Siglo XXI.
- _____ (1998). Tesis acerca de la forma hegemónica de la política. En Julio Labastida Martín del Campo (Coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México: Siglo XXI-UNAM.
- _____ (2000). Teorías marxistas del Estado: debates y perspectivas. En Norbert Lechner (Comp.), *Estado y política en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Lechner, Norbert (2000). Presentación. En Norbert Lechner (Comp.), *Estado y política en América Latina*. México: Siglo XXI.
- _____ (2006a). Los patios interiores de la democracia. En *Obras escogidas 1*. Santiago de Chile: LOM.
- _____ (2006b). La crisis del Estado en América Latina. En *Obras escogidas 1*. Santiago de Chile: LOM.
- _____ (2012). “La democracia en Chile”, en *Norbert Lechner. Obras I*. México, FCE-FLACSO.

- Lenin, Vladimir I. (1969). *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. Buenos Aires: Anteo.
- _____ (2004). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Buenos Aires: Quadrata.
- _____ (2006). *El Estado y la revolución*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Lesgart, Cecilia (2003). *Usos de la transición a la democracia: Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Rosario, Homo Sapiens.
- Löwy, Michael (2007). *El marxismo en América Latina*. Santiago de Chile: LOM.
- Mariátegui, José Carlos (2005). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Buenos Aires: Ediciones El Andariego.
- _____ (2007). *Peruanicemos el Perú*. Buenos Aires: Ediciones El Andariego.
- Marini, Ruy Mauro (1978). Intervención en la mesa redonda “Las fuentes externas del fascismo”. Publicado en: *Revista Cuadernos Políticos*, 18, 13-34. México, ERA, octubre-diciembre. Disponible en: <<http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.18/CP.18.13.PioGarcia.pdf>>, acceso 13 de marzo de 2016.
- Marx, Karl (2003). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Prometeo.
- Marx, Karl y Engels, Federico (1946). *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*. Buenos Aires: Editorial Claridad.
- _____ (2003). *Manifiesto comunista*. Buenos Aires: Prometeo.
- Moreano, Alejandro (2007). Estudio introductorio. En Agustín Cueva. *Pensamiento fundamental*. Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura.
- _____ (2009). Agustín Cueva hoy. En Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO-Siglo del Hombre.
- O'Donnell, Guillermo (1977). *Apuntes para una teoría del estado*. Buenos Aires: CEDES-CLACSO.
- Polo Bonilla, Rafael (2012). *La crítica y sus objetos. Historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990)*. Quito: FLACSO.
- Portantiero, Juan Carlos (1984). Sociedad civil, Estado y sistema político. En Juan Enrique Vega (Coord.), *Teoría y política en América Latina*. México: CIDE.
- Poulantzas, Nicos (1974). *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. México: Siglo XXI.
- _____ (2005). *Estado, poder y socialismo*. México: Siglo XXI.
- Puiggrós, Rodolfo (1965a). *Los modos de producción en Iberoamérica*. Disponible en: <http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/puiggrós_franck.pdf>

- acceso 11 de enero de 2016.
- Puiggrós, Rodolfo (1965b): *¿Diálogo entre sordos?* Disponible en: <http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/puiggros_franck.pdf>, acceso 11 de enero de 2016.
- Puiggrós, Rodolfo (1965c): *Errando, corrigitur error*. Disponible en: <http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/puiggros_franck.pdf>, acceso 11 de enero de 2016.
- Sosa Elizaga, Raquel (1991-1992). Agustín Cueva: un itinerario crítico. En *Estudios Latinoamericanos*, 11, 12 y 13, 5-10. México: CELA-UNAM.
- ____ (1995). Agustín Cueva en la memoria. En Ruy Mauro Marini y Marga-
ra Millán (Coord.), *La teoría social latinoamericana. La centralidad del marxismo*. México: Ediciones El Caballito, Tomo III.
- Tinajero, Fernando (2012). Agustín Cueva, o la lucidez apasionada. En *Agustín Cueva. Ensayos sociológicos y políticos (Introducción y selección de Fernando Tinajero)*. Quito: Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizado.
- Tola Bermeo, Beatriz (2012). “Presentación”, en *Agustín Cueva. Ensayos sociológicos y políticos (Introducción y selección de Fernando Tinajero)*. Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizado.
- Vega, Juan Enrique (Coord.) (1984). *Teoría y política en América Latina*. México: CIDE.
- Verdesoto, Luis (1993). Hacia una relectura de Agustín Cueva. En *500 años historia actualidad y perspectiva. Seminario Agustín Cueva Dávila* (pp. 19-34). Cuenca: Universidad de Cuenca-Facultad de Filosofía-CO-NUEP-ILDIS.
- VV.AA. (1979). *Clases sociales y crisis política en América Latina*. México: Siglo XXI.
- ____ (1980). *El control político en el Cono Sur*. México: Siglo XXI.
- ____ (1995). *Ecuador: pasado y presente*. Quito: Libresa.
- Zavaleta Mercado, René (1988a). La burguesía incompleta. En *Clases sociales y conocimiento*. La Paz: Los amigos del libro.
- ____ (1988b). El fascismo y la América Latina. En *Clases sociales y conocimiento*. La Paz: Los amigos del libro.
- ____ (1990a): “Ni piedra filosofal ni summa feliz”, en *El Estado en América Latina*. La Paz, Los amigos del libro.
- ____ (1990b). El Estado en América Latina. En *El Estado en América Latina*. La Paz: Los amigos del libro.

- _____ (1990c). Notas sobre fascismo, dictadura y coyuntura de disolución. En *El Estado en América Latina*. La Paz: Los amigos del libro.
- Zermeño, Sergio (2000). Las fracturas del Estado en América Latina. En Norbert Lechner (Comp.), *Estado y política en América Latina*. México: Siglo XXI.



Este libro se propone recorrer las distintas etapas en la producción teórica del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva. Indaga en una tensión que se hace presente en toda su trayectoria intelectual: choque de pulsiones que se produce en su obra entre, por un lado, la adopción del corpus conceptual de los clásicos del marxismo (Marx, Engels y Lenin), y por el otro, realizar ese bagaje categorial en el estudio de la realidad latinoamericana. De ese modo, el libro de Andrés Tzeiman pretende mirar transversalmente la obra del intelectual ecuatoriano, colocando el foco de atención en aquella vocación que abre lugar y condensa una de las pulsiones más fecundas en Agustín Cueva: la de comprender las formaciones económico-sociales como el espacio donde se realiza el marxismo, y donde las clases se organizan y luchan en tanto sujetos históricos para acabar con la dominación capitalista.

Andrés Tzeiman: Es Licenciado en Ciencia Política y docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA, Argentina). Es Magister en Estudios Sociales Latinoamericanos (UBA). Es becario doctoral del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina) en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA). Y es investigador del Centro Cultural de la Cooperación (CCC) Floreal Gorini (Argentina).

